

COLECCIÓN ISRAEL CAVAZOS GARZA

A sepia-toned portrait of Mariano Escobedo, an elderly man with a serious expression, wearing a dark suit, white shirt, and dark tie. The portrait is framed by a decorative white border with a repeating diamond pattern.

**MARIANO ESCOBEDO:  
EL GLORIOSO SOLDADO  
DE LA REPÚBLICA**

Israel Cavazos Garza

## ISRAEL CAVAZOS GARZA

CIUDAD GUADALUPE, 2 DE ENERO DE 1923

MONTERREY, 5 DE NOVIEMBRE DE 2016

Historiador, escritor y catedrático. Después de estudiar en Monterrey hizo maestría y doctorado en El Colegio de México. Se dedicó principalmente al estudio de la historia del noreste de México, en particular del periodo novohispano. En 1944 entró a trabajar al archivo municipal de Monterrey, del que fue director. En la UANL, fundó en 1952 la Biblioteca Universitaria Alfonso Reyes y la dirigió por diez años, fue profesor en la Facultad de Filosofía y Letras y tuvo a su cargo la sección de Historia del Centro de Estudios Humanísticos.

De 1955 a 1975 dirigió el Archivo General del Estado de Nuevo León, en 1976 fue designado director vitalicio honorario. Colaboró en la organización del Museo Regional de Nuevo León y del Museo de Historia Mexicana. De 1971 a 1978 y de 1990 a 1991 trabajó como investigador del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la UNAM.

Fue miembro de la Sociedad Nuevoleonesa de Historia, de la Academia Nacional de Historia y Geografía y de las academias de Historia y Geografía en Jalisco, de Historia Potosina y de Ciencias y Artes de Cádiz. En 1978 fue nombrado miembro de la Academia Mexicana de la Historia, también formó parte del Consejo Consultivo de Ciencias de la Presidencia de la República.

Realizó investigaciones en archivos locales, nacionales e internacionales como el Archivo General de Indias en Sevilla, el de Simancas en Valladolid, el de la Corona de Aragón en Barcelona, los Archivos de Estado en Viena y el











Fotografía Juan Rodrigo Llaguno





COLECCIÓN ISRAEL CAVAZOS GARZA

MARIANO ESCOBEDO:  
EL GLORIOSO SOLDADO  
DE LA REPÚBLICA

Israel Cavazos Garza

Cavazos Garza, Israel.

*Mariano Escobedo: el glorioso soldado de la República.*  
Monterrey, Nuevo León: UANL, Fondo Editorial de Nuevo León, 2019.  
152 páginas ; 17x23 cm.

F1233 .E742  
972.07 .E74

Escobedo Mariano, 1826-1902. Biografía. Historia.

D.R. © Primera edición 1949  
Gobierno del Estado de Nuevo León

D.R. © Segunda edición 1988  
Gobierno del Estado de Nuevo León

D.R. © Tercera edición 2019  
Fondo Editorial Nuevo León, Universidad Autónoma de Nuevo León  
y Fundación Doctor Ildefonso Vázquez Santos

D.R. © Juan Rodrigo Llaguno. Fotografía de Israel Cavazos Garza

Coordinación editorial: Carolina Farías y Lizbeth Islas

ISBN

Impreso en México



FONDO EDITORIAL  
DE NUEVO LEÓN

Zuazua 105-2 Sur, Centro  
CP 64000, Monterrey, Nuevo León  
(81) 8344 2970 y 71  
[www.fondoeditorialnl.gob.mx](http://www.fondoeditorialnl.gob.mx)

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

COLECCIÓN ISRAEL CAVAZOS GARZA

COMITÉ EDITORIAL DE LA COLECCIÓN

Gabriel Cavazos Villanueva  
Celso José Garza Acuña  
Jorge Octavio Vázquez González  
Carolina Farías Campero  
César Morado Macías  
Lydia Espinosa Morales  
Ludivina Cantú Ortiz  
Antonio Ramos Revillas  
Jorge Pedraza Salinas



# ÍNDICE GENERAL

CAPÍTULO I	/ Entrada de don Martín de Zavala	11
CAPÍTULO II	/ El valle de los Labradores	15
CAPÍTULO III	/ Sitio de Monterrey	17
CAPÍTULO IV	/ Campaña contra los mezcaleros	19
CAPÍTULO V	/ Anexión de Nuevo León y Coahuila	22
CAPÍTULO VI	/ Toma de San Luis Potosí	25
CAPÍTULO VII	/ Intervención francesa	29
CAPÍTULO VIII	/ Se embarca a Nueva York	32
CAPÍTULO IX	/ Garza Melo gobernador de Nuevo León	36
CAPÍTULO X	/ Otras víctimas del Decreto del 3 de octubre	41
CAPÍTULO XI	/ Dupín derrotado en Dr. Arroyo	46
CAPÍTULO XII	/ Capitulación de Matamoros	49
CAPÍTULO XIII	/ Entrada del Ejército del Norte a Monterrey	52
CAPÍTULO XIV	/ Escobedo organiza el gobierno de Nuevo León	60

CAPÍTULO XV	/ Escobedo en su cuartel general de Linares	64
CAPÍTULO XVI	/ Avanzadas sobre el interior	69
CAPÍTULO XVII	/ Escobedo, jefe de las operaciones en seis estados	74
CAPÍTULO XVIII	/ Acción de la Quemada	77
CAPÍTULO XIX	/ Toma de Querétaro	81
CAPÍTULO XX	/ Felicitación de Escobedo a sus soldados	87
CAPÍTULO XXI	/ Regreso de las tropas fronterizas a Saltillo y Monterrey	90
CAPÍTULO XXII	/ Escobedo gobernador de San Luis Potosí	93
CAPÍTULO XXIII	/ Escobedo gobernador de San Luis Potosí	96
CAPÍTULO XXIV	/ Escobedo primer presidente del Senado	101
CAPÍTULO XXV	/ Escobedo revoluciona en la frontera	103
CAPÍTULO XXVI	/ Residencia del general Escobedo en Tacubaya	109
	Hoja de servicios del General de División Mariano Escobedo	114
	BIBLIOGRAFÍA	146





MARIANO ESCOBEDO:  
EL GLORIOSO SOLDADO  
DE LA REPÚBLICA





ENTRADA DE DON MARTÍN DE ZAVALA.  
DESCUBRIMIENTO DE LOS VALLES DE PABLILLO Y LABRADORES.  
GENEALOGÍA DE LOS ESCOBEDO.

Celebrada capitulación por el monarca español Felipe IV con el general don Martín de Zavala el 3 de abril de 1625, se hizo a la vela llegando a la Nueva España con los reales despachos que presentó al virrey don Rodrigo Pacheco y Osorio, marqués de Cerralvo.

Las audiencias de México y Guadalajara y los gobernadores y justicias de los demás reinos y provincias prestáronle todo su apoyo, conforme a lo prevenido por su majestad, emprendiendo por fin su marcha al Nuevo Reino de León y entrando solemnemente a Monterrey el 24 de agosto de 1626.

Acompañaban al señor Zavala, escribano, asesores de su excelencia, caballeros y regular número de familias con intento de asentar vecindad en estas tierras y de ayudar a su conquista y pacificación.

Una vez iniciado su gobierno, fue continua la afluencia de familias que de diversos lugares acudían a poblar esta provincia, y fue así como, en 1637, llegó con su familia y hacienda don Luis de Zúñiga y Almaraz, acaudalado labrador y encomendero procedente del pueblo de Huichapan.

El señor Zavala, luego de mercedarle dilatadas extensiones de tierra, como a los demás pobladores lo proveyó por justicia mayor y capitán a guerra de los chichimecas de este reino y le despachó comisión para que, en nombre del rey, fuese a tomar posesión del pueblo de Matehuala.

Organizada la expedición, de la que formaban parte el escribano Juan de Vargas, Juan de la Cruz, Gaspar Rodríguez y el intérprete Juan Domínguez, llegó a dicho pueblo el 21 de febrero de 1638 y alzó vara de la real justicia declarándolo jurisdicción de esta provincia; practicando enseguida un detenido reconocimiento de aquella región y descubriendo los parajes que llamaron Pablillo y Labradores.

La jurisdicción del Nuevo Reino creció con el descubrimiento de estos lugares, cuya mayor parte fue dada en merced al capitán Antonio de Orpinel, alcalde mayor de Matehuala. Su administración fue encomendada a don Juan Francisco de Escobedo, vecino entonces de aquel pueblo, quien pasó desde luego a fundar estancias de labor; y, no obstante ser región muy arriesgada por las continuas incursiones de los indios, "...mantuvo su vecindad en dicho puesto, con sus hijos y otras personas que truxo, y en las ocasiones que se ofrecieron la defendió y nunca despobló, aunque hubo muchas alteraciones de guerra, a que ayudaron mucho sus hijos desde que tuvieron edad competente de armas tomar".<sup>1</sup>

El 14 de enero de 1642 las tierras de Pablillo pasaron a ser de su propiedad, por compra hecha al capitán Orpinel. A partir de entonces pudo dedicarse a la cría de ganados mayores y menores, edificar casas y sustentar a su costa a los naturales que por este medio se reducían y pacificaban.

El mantenimiento de población en dicho valle, costó a su familia no pocos sobresaltos y lágrimas. Debido al poco o ningún auxilio que podían recibir de Monterrey o del Pilón, daban los indios el albazo. Hubo ocasión en que hicieron cautiva a su hija doña Agustina con sus hijos, dando muerte al esposo de esta.

Fue don Juan Francisco la raíz genealógica del apellido Escobedo en Nuevo León. Antes de venir a Matehuala tenía su residencia en Tezcoco y su linaje correspondía a las familias de su nombre establecidas en la Ciudad de México, descendientes de los conquistadores Diego y Juan de Escobedo, que acompañaron a Nuño de Guzmán y Juan de Oñate en la conquista y pacificación de la Nueva Galicia.

Un árbol genealógico que existe en el Museo del Alfeñique, de la ciudad de Puebla, señala a don Miguel de Escobedo como el primero de este apellido que vino al Nuevo Reino de León; pero, aunque efectivamente entró a poblar cuando el descubrimiento de Labradores, era entonces soltero y venía acompañando a sus padres y hermanos; debiendo, por lo tanto, reseñarse la sucesión genealógica de la familia del modo siguiente:

CAPITÁN JUAN FRANCISCO DE ESCOBEDO, casado con doña Juana Bautista, originarios de Tezcoco y vecinos después de Matehuala, de donde pasaron al valle de Pablillo. Fueron sus hijos:

---

<sup>1</sup> Relación de méritos en la merced a Francisco de Escobedo nieto.

DOÑA AGUSTINA DE ESCOBEDO, casada en Matehuala el 13 de junio de 1646 con Nicolás Vázquez, hijo de Juan Vázquez Romero y María de Torres, vecinos de Guadalajara, según consta en la carta dotal otorgada ante Juan Muñoz, teniente de alcalde mayor en dicho pueblo. En la *Historia del Nuevo Reino de León* escrita por Juan Bautista Chapa (1651-1690), se llama a Nicolás Vázquez "hombre de harto valor". Pobló en el valle de Labradores, hoy ciudad de Galeana, y tenía agregadas a su encomienda algunas rancherías de chichimecas y hualahuises, entre los que se contaban algunos de los que se habían llevado cautiva a la familia del mayordomo del Pilón y que, viendo a Vázquez lejos de auxilio, asaltaronle un día, (10 de junio de 1655), dándole muerte y llevándose también a su mujer e hijos a la sierra.

Muy doloroso fue para don Juan Francisco de Escobedo encontrar a su yerno deshecho a flechazos y comidas las manos y una pierna por los perros. Escribió al gobernador pidiendo justicia y, encomendado el castigo al capitán Antonio de Orpinel, supo, con regalos, atraer a los indios y, con astucia, meterlos en una galera, conduciéndolos luego al Pilón donde el sargento mayor Jacinto García Sepúlveda hizo cruel escarmiento. Algunos indios fueron perdonados; el capitán de ellos, llamado Martín, fue conducido a Monterrey ante el gobernador Zavala, quien, perdonándolo también, "le vistió de muy buen paño y presentó una espada dorada", congregándolos a él y a su gente a una misión que nombraron de San Cristóbal de los Hualahuises.

CAPITÁN JUAN FRANCISCO DE ESCOBEDO, hijo. Nació en Matehuala en 1637; casó en Saltillo con doña Josefa de Córdoba, viviendo en el valle de Labradores donde murió el 13 de abril de 1713. Hizo testamento ante el alcalde mayor de dicho valle, capitán Juan Sebastián de Orendain. Fueron sus hijos: Dámaso, Juan Francisco, Feliciano, casada con Miguel Espinosa, Manuel, casado con Micaela de Navo, y Juana, casada con Antonio Mantilla.

MIGUEL DE ESCOBEDO. Al igual que su padre, contribuyó a la pacificación y población del reino a costa de sus armas y caballos. Además de los bienes heredados de sus padres pobló con sus ganados, en 1673, una ciénega situada a dos leguas del río, con licencia del general Fernando Sánchez de Zamora, alcalde mayor de Río Blanco. El 4 de mayo de 1682, el gobernador don Juan de Echeverría le hizo nueva merced de cuatro caballerías de tierra y dos sitios

de ganado mayor, hacia la parte de la sierra, y dos de menor en los alamitos, "donde se juntan los ríos de la Purificación y San Antonio". Fueron sus hijos el capitán don Juan, que acompañó al general Alonso de León en sus célebres jornadas a la provincia de los Tejas y que casó con doña María de las Casas; José, doña María, casada con Francisco de Perales, muerto en 1721; doña Juana, casada con José de Ibarra, y Bartolomé, que pobló en 1699 a una legua de la misión de San José, fundada por los padres apostólicos. Otro de los hijos de Miguel de Escobedo fue:

ALFÉREZ ANTONIO DE ESCOBEDO. Tenía su residencia en Labradores. A la muerte de su padre pidió al gobernador don Francisco Báez Treviño, en nombre de sus hermanos, les fuese ampliada la merced de sus tierras, en razón de ser más numerosa la familia. Le fue otorgada con dos sitios más, "con obligación de salir a resistir las operaciones de los indios enemigos". Casó con doña Jacinta Sánchez de Zamora. Hijos: Francisco Javier, Inés, Micaela, Juan, Anastasia Victorina, María Francisca, Estanislada, Feliciano y

MANUEL DE ESCOBEDO, que nació en Labradores el 12 de julio de 1784. Ocupó en repetidas ocasiones distintos cargos concejiles en dicho valle y contrajo matrimonio con doña María Rita de la Peña el 20 de junio de 1814, apadrinando su enlace don José M<sup>a</sup> Moreno y doña Rosalía Lobo Guerrero.

Nacieron de este matrimonio Jacinto, Juan, Antonio, el presbítero don Pablo, doña María Guadalupe y el general de división Mariano Escobedo.

## II

### EL VALLE DE LABRADORES. NACIMIENTO DEL GENERAL ESCOBEDO. SUS PRIMERAS LETRAS. SU JUVENTUD.

San Pablo de Labradores, hoy Galeana, fue y es al presente lugar importante por su riqueza agrícola. Enclavado en la región montañosa del sur de Nuevo León a 1655 metros sobre el nivel del mar, disfruta de un clima muy agradable. Entre sus montañas se destaca el pico del Potosí y en las cercanías de la cabecera municipal, el cerro de Labradores.

Abundan las huertas de árboles frutales y de sus lugares de visitarse son dignos de mención la plaza, que lleva el nombre de Juárez, el Palacio Municipal y la antigua parroquia. Son notables en sus cercanías el pozo de Gavilán, el puente de Dios y la laguna de Labradores.

No muy lejos de Galeana, se encuentra El Tunal, "ranchito muy simpático y alegre –dice el P. López– situado entre colinas de alabastro, que a lo lejos semejan camellos tendidos, formando caravana y descansando en su camino". Perteneció este lugar en el siglo XIX a la familia Escobedo y sus moradores aseguran ser la cuna del vencedor de Querétaro. Sin embargo, la partida bautismal expresa claramente haber visto la luz primera en Labradores el día 16 de enero de 1826. A inmediaciones de la plaza existe aún la casa donde nació.

Fue el benjamín de la familia y recibió las aguas lustrales a los siete días de nacido, en la parroquia de San Pablo, de su pueblo natal, de manos del presbítero don Tomás Garza Morales, siendo sus padrinos el señor cura José Antonio Flores y la hermana de este doña María Guadalupe; poniéndosele por nombre Mariano Antonio Guadalupe. He aquí el texto de la partida:

BAUTISMOS. 1821 a 1826. Fol. 121. AL MARGEN: 17. Enero. 23. Mariano Antonio Guadalupe *de este Valle*. DENTRO DEL MARGEN: En esta Parroq. de San Pablo de Labrads. en 23 de Enero de 1826 el Presbo. Dn. Tomás Garza Morales mi

vicario bautizó solemnemente a Mariano Antonio Guadalupe de 7 ds. h. l. de Dn. Manuel Escobedo y de Dña. Rita Peña. P.P. el Sor Cura Dn. José Anto. Flores y Da. Guadalupe Flores a quienes advirtió su obliquidad y parentesco y pa. que conste lo firmo. José Anto. Flores. Rúbrica.

La relativa comodidad de sus padres permitió que sus hermanos mayores pasaran a Monterrey a educarse. Don Pablo ingresó al Seminario Conciliar, de donde salió investido de las órdenes sacerdotales.

Por cuanto a don Mariano, son muy pocos los datos que se tienen de su infancia. Solo se sabe que aprendió sus primeras letras en su pueblo, al lado de una buena mujer conocida por "la maestra Apolonia", quien, aun en las postrimerías del siglo, vivió pobre e ignorada.

Los manuscritos que se conservan de la primera mitad de su vida, revelan que en su instrucción primaria solo adquirió los más rudimentarios conocimientos de escritura y aritmética y que su desenvolvimiento cultural, del que dio altas muestras luego, lo obtuvo ya en su madurez.

Su inclinación le hizo dedicar su juventud al cultivo de sus tierras, al comercio y a la arriería, conduciendo recuas a Monterrey y algunos pueblos del interior de la República, dando con esto notable incremento al rancho del Tunal que heredó de sus padres.

Vivía esta vida agreste y sencilla cuando sobrevino la invasión americana.

En la mitad de septiembre de 1846, fue recibida en Galeana la urgente circular que con fecha 14 giró a todos los pueblos del estado el general Pedro de Ampudia.

Disponíase en ella que los alcaldes municipales, dejando en su lugar a algún anciano que por su edad no pudiera participar en la defensa de la patria, marcharan a Monterrey con todos los hombres de su jurisdicción capaces de tomar las armas.

En todos los ámbitos de Nuevo León fue acogido este llamado con patriótico entusiasmo. Organizado en Galeana un grupo considerable del que formaban parte ciudadanos de Iturbide y Rayones y del cual fue unánimemente electo capitán Francisco Martínez Salazar, encamináronse a Monterrey.

Con este puñado de hombres que se aprestaron a la lucha, venía el joven Mariano Escobedo.

### III

#### SITIO DE MONTERREY. ASALTO DE SANTA ROSA. BATALLA DE LA ANGOSTURA.

Monterrey estaba guarnecida por los restos del Ejército del Norte que, después de haber sostenido la batalla de Palo Alto y de la derrota sufrida en La Resaca, no pudiendo sostenerse por más tiempo en Matamoros, habíanse refugiado en esta ciudad, declarada en estado de sitio. El licenciado Juan N. de la Garza y Evia había cesado en el ejercicio de sus funciones como gobernador de Nuevo León, asumiendo los mandos político y militar el general Pedro de Ampudia.

Ocupábanse las fuerzas de construir parapetos en las calles y fortificaciones en los barrios del Puente de la Purísima, Tenerías, cerro del Obispado y Loma Larga, sirviéndose asimismo de los muros de la Catedral Nueva, que había quedado inconclusa desde tiempos del obispo Llanos y Valdés, fortín al que llamaron de la Ciudadela, en lo que es hoy la esquina de las calles de Juárez y Tapia.

El 9 de septiembre, después de una penosa jornada de casi dos meses, habían llegado a Monterrey las fuerzas federales enviadas por el gobierno del centro, a cuyos soldados llamó el pueblo, redentores. Ya a los veteranos del Ejército del Norte se les conocía con el nombre de *bocas de palo*, pues a fuerza de miserias y privaciones habían perdido la costumbre de comer.

Diez días después se supo que los angloamericanos habían movilizado sus fuerzas en Camargo, con el fin de hostilizar las brigadas de los generales Torrejón y Romero, destacándose esta última en la villa de Marín, para volver luego a la ciudad cuando el enemigo estaba en sus goteras.

La guarnición dispondría de unos cuatro mil infantes y dos mil caballos con cuarenta y seis piezas de artillería, incluyéndose las guardias nacionales procedentes de los pueblos.

El sitio de Monterrey duró del 21 al 24 de septiembre. Los fuertes de las Tenerías, Puente de la Purísima y cerro del Obispado fueron testigos de episodios heroicos.

El día 24 se trabaron combates en plena calle, en las aceras, en los patios y azoteas, en las ventanas y aun dentro de las casas.

Por desgracia para los nuestros hubo de celebrarse capitulación quedando la plaza en poder del invasor.

A tambor batiente y banderas desplegadas salieron de Monterrey los nacionales tomando el camino de Saltillo.

El arrojo y valor del joven Escobedo en la defensa de la plaza quedaron demostrados. Ocupada Monterrey volvió con los suyos a Galeana. En el mes de diciembre, participó en el asalto de un cuerpo del ejército enemigo que, al mando del coronel Nay, cuando el general Taylor iba de paso a la capital de Tamaulipas, hostilizó los pueblos del sur del Estado.

El patriota Martínez Salazar con un escaso grupo de hombres, (apenas si llegaban a 18) formado de medieros y mozos de Iturbide y de Galeana, se situó en el estratégico punto del cañón de Santa Rosa, sin más armas que unos cuantos rifles y las rocas que aflojaron en la cima de la sierra. Al amanecer del día 20, Blas Cázares, campesino que servía de vigía, anunció la proximidad del enemigo. Esperaron a que llegara la mitad del reducto y, luego de hacer unos cuantos disparos, dejaron caer su improvisada artillería, que lo llenó de pánico y lo hizo huir dejando abandonados víveres y pertrechos de guerra.

Cerca de Galeana el joven Escobedo se encargó de capturar a 37 extranjeros y debidamente escoltados los condujo al día siguiente a la hacienda de Potosí, lugar donde residían el Gobierno y Congreso del Estado.

Hay quien afirma que el coronel Nay, avergonzado por la derrota, se rapó la barba.

Durante el tiempo que duró la invasión, se mantuvo nuestro héroe con las armas en la mano, participando en diversas acciones, siendo la más notable la batalla de La Angostura, en los días 22 y 23 de febrero de 1847, en la que ya se le ve figurar con el grado de alférez en el estado mayor del general José López Uruga.



## IV

### CAMPAÑA CONTRA LOS MEZCALEROS Y COMANCHES. REVOLUCIÓN DE AYUTLA.

Firmados los tratados de Guadalupe el 2 de febrero de 1848 y restablecida la paz, volvió Mariano Escobedo a su hogar para consagrarse de nuevo a sus trabajos del campo; no sin inscribirse en las guardias nacionales que quedaron formalmente organizadas por ley de 15 de julio de ese año, promulgada por el presidente José Joaquín Herrera.

En Galeana fueron formadas dos compañías de caballería de guardia móvil y una mitad de caballería de la misma arma, de guardia sedentaria. Para formar la oficialidad resultaron electos Pedro Cortés, en calidad de teniente coronel y comandante de escuadrón, y como sargento mayor Benito Martínez. Los jóvenes Mariano Escobedo y Manuel Bernal quedaron en calidad de subtenientes de la primera compañía.

No obstante que la paz del país estaba hecha, Nuevo León continuaba intranquilo con el ancestral problema de las encarnizadas incursiones que hacían los bárbaros, asolando pueblos.

Los lipanes por el norte y los mezcaleros y comanches por el sur, tenían al estado en perpetuo sobresalto, constituyendo la eterna preocupación del gobierno desde los tiempos de la colonia. Don Juan Zuazua con las gentes de los pueblos del norte, y los guardias nacionales de Galeana, Iturbide y Rayones por el sur, hacían tenaz resistencia, en los tiempos que venimos refiriendo, a las tribus de salvajes.

Unas veces al mando del comandante Pedro Cortés, otras a las del teniente coronel José Silvestre Aramberri o de Mauricio Medellín, otras por sí solo y sin estipendio alguno del gobierno, participó Escobedo en diversos combates contra los indios, mereciendo muchas veces ser honrosamente mencionado en los partes oficiales. Observadas por el gobierno su intrepidez y bizarría, le valieron el ascenso

a teniente, en agosto de 1852, nombramiento hecho en su favor por el gobernador Agapito García; y en abril de 1854 el de capitán de caballería, por el general Pedro de Ampudia, designándosele como segundo jefe del 5° Cantón de Galeana.

El gobierno despótico de Antonio López de Santa Anna agitó de nuevo, en 1854, la tranquilidad de la República. Su absolutismo se había convertido en odiosa dictadura y provocó la protesta unánime de los ciudadanos de México. Proclamado el Plan de Ayutla el 1° de marzo de ese año por Florencio Villarreal, secundáronlo Álvarez, Comonfort, Guzmán y otros, surgiendo la revolución.

Nuevo León fue uno de los primeros estados que se adhirió a ella, constituyéndose en caudillo de la insurrección Santiago Vidaurri. Secretamente había estado en contacto con los principales pronunciados. Siendo secretario de Gobierno salió de Monterrey rumbo a Lampazos seguido de prominentes individuos. proclamando en dicha población el plan que llamó "Restaurador de la Libertad".

Apoyados militarmente por el entonces capitán Juan Zuazua, volvieron a la capital, atacándola el 22 de mayo (1855). Vidaurri asumió el gobierno de Nuevo León.

José Silvestre Arramberry y el capitán Mariano Escobedo tuvieron a su cargo la organización de fuerzas en Galeana, procediendo desde luego a practicar operaciones por Matehuala y otros pueblos del interior. Es de alta significación el hecho de que el gobernador Vidaurri confiara al joven Escobedo la empresa de contener a las fuerzas santanistas del general Valentín Cruz, gobernador de Coahuila. El 5 de junio aceptaba tan delicado encargo, expresando:

No me es desconocida mi insuficiencia para llevar con buen éxito la empresa que se me encomienda, pero puede usted estar seguro de que no me será caro ningún sacrificio en obsequio de sus disposiciones y de recuperar la libertad perdida no solamente en el Estado de Nuevo León, sino de los demás que forman la Unión Mexicana. Mañana saldré, y tanto yo como los valientes que me acompañan, hemos jurado ante Dios no volver a nuestras casas hasta que usted no nos lo ordene o se consume la obra que dió principio en Lampazos en los últimos días del mes anterior.

Con el absoluto respaldo de las patriotas autoridades de Galeana se movilizó Escobedo a Doctor Arroyo, enfrentándose allí con las fuerzas de Cruz.

Enterado Vidaurri de esta acción de armas, así como de que el general Francisco Güitián marchaba a Saltillo en auxilio de Cruz, se dirigió rápidamente

a aquella ciudad, desde Camargo, donde a la sazón se encontraba. Formadas las columnas a las órdenes de los capitanes Zaragoza, Hinojosa y Escobedo, asaltaron Saltillo bizarramente obteniendo la victoria después de una lucha sangrienta en que se hizo prisionera a la casi totalidad de la guarnición.

Escobedo y los demás oficiales recibieron el ascenso a comandantes de escuadrón y, vueltos a Monterrey, marcharon con Zuazua al interior de la República, con tan buen éxito que, a su paso, iban engrosando sus filas con simpatizadores y voluntarios.

Defendida la plaza de San Luis Potosí por el mismo Gutiérrez y por el general Parrodi, salió este último al encuentro de las fuerzas fronterizas, atacándolas repetidas veces sin éxito alguno y optando al fin por contramarchar a Moctezuma.

Decidido a apoderarse de la capital potosina encomendó Zuazua a Mariano Escobedo el entorpecimiento del avance de Parrodi, lo que verificó con solo dos escuadrones, sosteniéndose por más de dos días en tanto Zuazua entraba a San Luis ante el asombro de Haro y Tamariz, que no se imaginaba hubiera podido resistir a Parrodi.

Refiere Hermenegildo Dávila en su *Biografía del Gral. Zuazua*, que cuando Aramberri se presentó a intimar la rendición de la plaza, don Antonio de Haro y Tamariz le preguntó azorado: –¡Y Parrodi! ¿Dónde está?– Ese individuo no es soldado de mi cuerpo”, le respondió Aramberri irónicamente.

Después de estas acciones que pusieron en alto el nombre de Nuevo León, volvió don Mariano a su pueblo. Allí asumió el mando que tenía de las fuerzas destinadas a repeler a los indios, con los que libró frecuentes combates. El grupo de patriotas que mandaba llegó a componerse de doscientas plazas. Autorizado por el gobierno, aunque sin percibir remuneración alguna, hizo jornada a Matamoros en agosto de 1856, para proveerse de armas y poder de este modo salvar a su pueblo del hacha del salvaje.

Los encuentros de San Antonio de las Alazanas (22 febrero) y Cañón de la Majada de Herevia (29 julio) fueron de los más notables. En el primero quedaron más de 30 muertos en el campo enemigo y por su victoria le otorgó Vidaurri el nombramiento de teniente coronel; en el segundo, el parte oficial rendido al gobierno consigna la muerte de Ignacio Aramberri y la de los soldados Pedro Cortés, hijo, Manuel Casas, Benigno Luna, Vicente Ayala, Juan Santa Ana y Lugardo Carmona, vecinos todos de Galeana.

## V

### ANEXIÓN DE NUEVO LEÓN Y COAHUILA. GUERRA DE REFORMA. CAMPAÑA AL INTERIOR.

Las controversias surgidas con motivo de la anexión de Nuevo León y Coahuila, decretada por Vidaurri, hicieron que fuera enviado el general Juan José de la Garza por el gobierno del centro a someter a Vidaurri. En las cercanías de Cadereyta fue derrotado el comandante Escobedo quien, como Zuazua y otros jefes, había salido a impedirle la entrada al estado. No obstante ser sus fuerzas inferiores en número resistió a De la Garza por más de cinco horas, viéndose por fin obligado a retroceder a Monterrey.

Incorporado a las fuerzas de Ignacio Zaragoza, esperaron al enemigo en la Ciudadela. Allí tuvieron lugar los combates del 1º y 3 de noviembre de 1856 y, con la oportuna llegada de los rifleros de Zuazua, fueron rechazados los tamaulipecos. El conflicto concluyó al ser firmados los convenios de paz de la Cuesta de los Muertos.

Como siempre que terminaba la lucha, volvió Escobedo a su hogar, fijado esa vez temporalmente en San Miguel Allende. En 1851 había contraído matrimonio con doña Juana Martínez, en la Hacienda de Agostadero, Guanajuato. Residió por algún tiempo en la ciudad de San Luis Potosí y después, durante la Guerra de Tres Años, en San Miguel, donde vivía también su hermana doña María Guadalupe, casada con don Mariano Jara.

Pero las delicias de la familia y la tranquilidad ciudadana no se habían hecho para el hombre que estaba destinado a consagrar la mayor parte de su vida al servicio de la patria.

Con motivo del golpe de estado del presidente Comonfort, hubo de salir Santiago Vidaurri, al frente del Ejército del Norte, a contener el avance de Miramón sobre San Luis.

La vanguardia de estas fuerzas fue encomendada a la pericia militar de Escobedo. Situándose en la hacienda de Solís, con 116 hombres de su escuadrón

y algunos rurales de Matehuala, recibió el ataque del general Valentín Cruz el 7 de febrero de 1857. Reñidísimo fue el combate que duró desde las primeras horas hasta las dos de la tarde.

El triunfo más completo coronó este hecho de armas. Se hicieron al enemigo 130 prisioneros, incluso el propio general Cruz. Satisfecho Vidaurri por esta victoria escribía a Escobedo:

Sea para bien, mi querido amigo. El triunfo que acaba de obtener usted con tanta gloria, será el timbre de honor que inmortalice su memoria y el principio de otros y otros que exige de su valor y pericia la madre patria, que con enternecimiento llenará a usted de bendiciones y le prodigará tiernos recuerdos como a uno de sus hijos predilectos...

Sin envanecerse por los laureles conquistados contestaba a Vidaurri diciendo no haber hecho otra cosa que cumplir con deberes del soldado que luchaba por asegurar la libertad de sus hijos y el bienestar de su patria. "Ella –decía más adelante– me tendrá siempre como el último de sus hijos, de centinela avanzado en el camino del peligro..."; promesa que habría de cumplir con fidelidad.

Restablecido de las heridas que recibiera en el combate, se incorporó a las fuerzas del general Zuazua que emprendía la campaña contra Miramón. Como teniente coronel del 2º Regimiento de Rifleros que mandaba el coronel Miguel Blanco participó en la batalla de la hacienda de Carretas, el 17 de abril de 1858.

Después de la toma de Zacatecas, la brigada de Blanco, por indicaciones de Zuazua, salió rumbo a Guadalajara, a reforzar las tropas con que Santos Degollado marchaba a tomar aquella ciudad. En el camino se les interpuso el coronel Calvillo.

Escobedo lo atacó el 25 de mayo, con tan buen éxito que, apoderándose de San Juan de los Lagos, pudo libremente continuar a Guadalajara. Allí quedó con el mando absoluto de la brigada, en virtud de que el general Degollado había nombrado a Blanco su segundo en jefe.

Efectuada el 24 de junio la toma de la ciudad salió Escobedo con las fuerzas de su mando, incorporadas a las de Degollado, al encuentro de Miramón, contra quien se libró la histórica acción de las serranías de Atenquique. Escobedo resultó nuevamente herido. Fue en esta jornada donde Santos Degollado le

expidió despacho de coronel efectivo (que ya le había sido dado en Guadalajara, negándose a aceptarlo), y en donde, en premio a su valor, se le hizo honrosa mención en la orden del día.

Seis días después, yendo de regreso a la capital jalisciense, recibió órdenes terminantes de permanecer en el pueblo de Santa Anita. Con solo quinientos hombres tuvo que enfrentarse allí a más de dos mil del general Casanova. En este heroico, pero desastroso encuentro sufrió más de cien bajas en sus filas.

Al saberse la derrota de Vidaurri en Ahualulco, fue opinión de los principales jefes marchar directamente a México, atacándola el 14 de octubre. Correspondió al coronel Escobedo el asalto a la garita de San Cosme, que tuvo luego que dejar para cubrir la retirada de los demás jefes que, en su intento de tomar las demás posesiones, habían sido rechazados.

Después de este fracaso y perseguidos por las fuerzas que guarnecían la capital, contramarchaban las tropas liberales teniendo continuos combates en el trayecto de México a Zitácuaro, de donde se encaminaron de nuevo a Jalisco.

Habiendo ocupado Escobedo el pueblo de Juanacatlán, permaneció en él por más de quince días dando tiempo a la reorganización de las tropas. Como en el triunfo de Atenquique, merecieron esta vez Escobedo y los soldados de su mando, la distinción de hacerse mención a su heroísmo públicamente.

## VI

### TOMA DE SAN LUIS POTOSÍ. REBELDÍA DE VIDAURRI. DISOLUCIÓN DEL CONGRESO Y SU INSTALACIÓN EN GALEANA. SALEN DEL ESTADO LOS PRINCIPALES JEFES.

Sin desalentarse por el fracaso de esta campaña, se organizó una nueva expedición que, encabezada por Zaragoza, se movilizó al interior ocupando Zacatecas y, uniéndose más tarde al general Degollado, participó, en abril de 1859, en la funesta derrota de Tacubaya.

Por su parte Zuazua se había apoderado de San Luis Potosí, donde se formó una división cuyas fuerzas nuevoleoneras acordó el gobernador Vidaurri poner al mando del coronel Escobedo. Lo participó así a este, quien no obstante encontrarse en Galeana al lado de su madre gravemente enferma, aceptó el cargo que se le confería.

La grata de usted que recibí ayer –le decía Vidaurri desde Saltillo en carta de 17 de agosto– me deja impuesto de que hoy emprende su marcha para San Luis... no obstante dejar a su señora madre enferma de gravedad. Este paso es en efecto sensible, porque después de Dios debemos a nuestros padres no solo un amor grande sino cierta especie de veneración como a los autores de nuestros días; pero el hombre en sociedad tiene obligaciones que llenar y estas obligaciones son más sagradas todavía que aquellas porque miran a la Patria que demanda mayores consideraciones que la familia. Comprendiendo usted este deber se desprende de su madre moribunda para marchar al campo del honor, a donde lo llaman otros más grandes. Dios y la Patria premien tal virtud...

Una vez en la capital potosina asumió el coronel Escobedo el mando de las fuerzas nuevoleoneras, que dejó luego en Aguascalientes para hacerse cargo de las caballerías con que batió en Silao a los generales Woll y Mejía, regresando más tarde a Guanajuato.

La lectura de la hoja de servicios de Escobedo en la parte correspondiente a estos episodios nos da a conocer la abnegación, disciplina y honradez de los soldados de su regimiento, al custodiar trescientos mil pesos de la Casa de Moneda de Guanajuato a la villa de San Felipe, llevando cada soldado una talega y llegando íntegra la cantidad a su destino.

En San Luis, Zuazua se puso a las órdenes del general Degollado. Fue entonces cuando este ameritado jefe fronterizo presentó ante el ministro de la Guerra al coronel Escobedo y demás oficiales, con particulares recomendaciones.

El disgusto de Vidaurri por la unión a las fuerzas de Santos Degollado, le hizo librar órdenes para que emprendiera su regreso a Monterrey. Esta medida no dejó de sorprender a los principales jefes, Garza Ayala, Zaragoza y Escobedo; (Zuazua estaba ya en Nuevo León por motivos de salud). Consultando con el señor Degollado llegaron al acuerdo de comisionar a Escobedo para hacer presente al gobernador de Nuevo León la necesidad de continuar en el frente de lucha.

Llegó don Mariano a Monterrey, pasando inmediatamente al despacho de Vidaurri en el Palacio de Gobierno.

Apenas si recibió respuesta a su saludo, pues el gobernador le inquirió, ante todo, por las tropas, pregunta a la que contestó Escobedo exponiéndole su comisión.

El carácter irascible de Vidaurri se deshizo en improperios contra quien había llegado hasta el sacrificio por obedecer sus disposiciones y que, ofendido en su dignidad, llegó hasta hacer ademán de llevar la mano al cinto para empuñar su pistola. Inmediatamente detenido en el salón de sesiones del Congreso, de donde salió a instancias del general Zuazua; y, aunque Vidaurri le presentó reiteradas y amistosas excusas, el distanciamiento que surgió entre ellos fue radical. Escobedo, después de este lamentable incidente, se retiró a Galeana.

Consecuencia de la rebeldía de Vidaurri, fue que Santos Degollado desconociera su gobierno, nombrando en su lugar al general Aramberri. Esto ocasionó una funesta división en el estado, pues los mismos jefes iban a luchar entre sí.

Zaragoza y Aramberri, sorprendiendo la plaza de Monterrey (septiembre de 1859), hicieron salir de Nuevo León a Vidaurri, haciéndose cargo Aramberri del gobierno.

Llegose por fin a un convenio, por iniciativa de Zuazua, en el sentido de efectuarse elecciones conforme a las leyes. Mientras estas se verificaban asumió el poder el presidente del Supremo Tribunal, licenciado Domingo Martínez.



Vidaurri salió electo gobernador y, de nuevo en el poder, desató una tenaz persecución en contra de los principales jefes simpatizadores de Aramberri. Desconoció a la vez algunas facultades del H. Congreso que, a propuesta de la mayoría de los diputados, se disolvió, reinstalándose al fin, en junio de 1860, en Galeana, donde recibió el apoyo de los mismos caudillos liberales.

Escobedo, que a la sazón tenía a su cargo la comandancia militar de Saltillo, la dejó para acudir a secundar el movimiento iniciado en su pueblo natal. El Plan de Galeana reconocía a don José Silvestre Aramberri como gobernador de Nuevo León, por estar legítimamente autorizado para fungir como tal por el Ministerio de la Guerra.

Vidaurri envió al coronel Julián Quiroga a contener aquel movimiento que él calificaba de motín y sublevación. Destacó asimismo al capitán Urbano Rodríguez por el rumbo de China, Terán y Los Aldamas, donde empezaban ya a preocupar al gobierno las guerrillas acaudilladas por Jerónimo Treviño y Darío de la Garza.

Rechazado Quiroga en el cañón de Santa Rosa y Boca de Morelos por las fuerzas de Escobedo, logró Aramberri entrar a Linares, población que, generosa, le proveyó de armas y gente. A mediados de julio marcharon rumbo a Saltillo, hacia donde ya personalmente se dirigía al frente de sus tropas el gobernador Vidaurri con intento de atacar Galeana por el sur.

Un cuerpo de exploradores de Aramberri, mandado por el teniente coronel Eugenio García, se encontró con Vidaurri en San Gregorio, sorprendiéndole en la madrugada del día último de ese mes (julio de 1860), resultando muerto el general Zuazua.

El tener militarizado a casi todo el estado, valió a Vidaurri el triunfo en estos acontecimientos. Aramberri, Escobedo, Blanco, Garza Ayala y los demás caudillos, salieron de Nuevo León para incorporarse al ejército del gobierno general, que continuaba luchando en contra del partido conservador.

Escobedo y Treviño, con un escaso número de amigos, salieron por el lugar llamado La Maroma, rumbo a Venado, donde se separaron, pasando don Mariano a Matehuala, población en la que permaneció por espacio de algunos meses.

Llamado por el gobernador de San Luis, Chico Sein, aceptó el nombramiento que este hizo en su favor como comandante militar del distrito de Catorce. En esta época figuró en algunos importantes hechos de armas, como lo fueron el asalto de la Merced en la ciudad de San Luis y la defensa de Río Verde,

atacada por los generales Mejía y Olvera, en los primeros días de enero de 1861. En este último lugar, la superioridad numérica del enemigo obtuvo la victoria. Escobedo, con el resto de la oficialidad y buen número de soldados, fue hecho prisionero. Altos jefes militares del bando enemigo se empeñaban en instruirle proceso y condenarlo a la última pena, pero se libró de ser fusilado merced a la intervención del general Tomás Mejía, con quien le ligaron desde entonces lazos de sincera amistad, sin embargo, de la oposición de ideales por que luchaban. Conducido a Bucareli, lugar insalubre enclavado en la sierra de Querétaro, apenas si estaría algún mes, porque burlando a sus guardias se fugó de la prisión, presentándose al gobierno del centro que le encomendó la campaña contra los conservadores Trujeque y Cobos, a quienes persiguió con una brigada de Cazadores de Morelia hasta derrotarlos en Calpulalpan.

## VII

### INTERVENCIÓN FRANCESA. BATALLAS DE ACULTZINGO Y 5 DE MAYO. SITIO DE PUEBLA. ESCOBEDO PRISIONERO. JUÁREZ EN MONTERREY.

Concluida la campaña de Tlaxcala volvió el coronel Escobedo a San Luis Potosí. Ahí consagró su tiempo a la organización de la Legión del Norte, con la que batió repetidas veces en Venta del Aire, Tlacotepec y Acatlán a las fuerzas del general Márquez. Con la misma legión marchó más tarde a incorporarse al Ejército de Oriente, con motivo de la llegada del invasor francés a playas mexicanas.

Este suceso era como el preludio de una época de glorias y de fama para don Mariano Escobedo.

Emprendida la expedición al oriente del país, le tocó participar en la batalla de las Cumbres de Acultzingo, (27 abril 62), ganada por Lorencez al general Zaragoza y sus subalternos Negrete y Arteaga, continuando después con el mismo ejército a la ciudad de Puebla.

Zaragoza, su antiguo amigo y compañero, puso las fuerzas de Escobedo bajo las órdenes del joven general Santiago Tapia, quien le encomendó el mando de la reserva de Santa Inés, la Compañía y Garita de Amozoc.

Después de esta fecha prosiguió con el mando de distintas brigadas en el sur de la República, siempre bajo las órdenes del general González Ortega, con quien volvió nuevamente a Puebla, a principios de 1863. El 16 de marzo era sitiada la ciudad por las fuerzas francesas que ascendían a más de 30,000 hombres.

Durante el tiempo que duró el sitio (16 marzo, 17 mayo), se tuvieron importantes acciones de armas, como fueron las de San Javier y la de las Fortificaciones de Santa Inés que el día 25 de abril fueron asaltadas por las columnas que mandaba el general Castagny.

Las nacionales estaban bajo las órdenes del general Felipe Berriozábal y su oficialidad la integraban los generales Régules y Ghilardi y los coroneles Auza,

Ramírez, González Cossío, Caamaño y Escobedo. Este último combate fue sangriento. Se había iniciado en las primeras horas del día y fue hasta las once cuando el enemigo se retiró definitivamente. El coronel Escobedo cargó a la bayoneta pereciendo heroicamente gran parte de su brigada. Cerca de quinientas bajas sufrieron las fuerzas mexicanas, entre muertos y heridos.

No siendo posible continuar la defensa de la plaza por falta de víveres y municiones, disolvió González Ortega el ejército, destruyendo ante todo el armamento y rindiéndose a discreción.

Escobedo con los demás generales, jefes y oficiales se negó a firmar el documento en que se pretendía obligarlos a no tomar las armas contra Francia.

Efectuada la rendición de la plaza y desterrados los altos jefes prisioneros de guerra, salieron de Puebla el 20 de mayo, siendo conducidos a Orizaba. El exconvento de San José de Gracia, cuartel de las fuerzas francesas en aquella ciudad, sirvió de prisión provisional a quienes habrían de ser embarcados al extranjero; pero, burlando la vigilancia fueron muchos los que en la noche del día 25 evadieron la prisión. Escobedo con algunos de sus compañeros, salió, disfrazado por la puerta principal. Empezó a pie una peligrosa travesía por terrenos completamente desconocidos y logró al fin llegar a la capital de la República en los primeros días de septiembre.

Ascendido a general de brigada por su importante participación en la defensa de las fortificaciones de Santa Inés, le fue encomendada por el gobierno del centro la Mayoría General de la División de Caballería. Con este carácter salió de México, precisamente en los días en que el gabinete presidencial dejaba también la capital.

Poco después era facultado para presentarse a las autoridades militares de San Luis Potosí, donde se le destinó a Querétaro, con el mando de la 1ª División de Infantería. No asumió esta jefatura por estar dicho cuerpo en completa decadencia y habersele dado el mando de una brigada de caballería compuesta de los cuerpos Legión del Norte, Lanceros de San Luis y Carabineros de Morelos. A la cabeza de estas fuerzas marchó a Oaxaca, llamado por el general Díaz, con quien colaboró eficazmente en la reorganización del Ejército de Oriente.

Operó en Oaxaca, Guerrero, Puebla y México; alcanzando a entrar a Michoacán y Querétaro. Una de sus principales acciones en esta prolongada campaña fue la toma de Taxco, efectuada a mediados de noviembre de 1863.

El espíritu de lucha se mantenía latente en gran parte de los estados del centro y sur del país. En la frontera manifestábase inactivo a causa de la tirantez de relaciones de Vidaurri con el gobierno federal.

La llegada del presidente Juárez a Monterrey, en febrero de 1864, había sido una esperanza de resurgimiento. Instalado con sus ministros quiso entrevistar a don Santiago, pero este no acudió a su llamado hasta que se hubo alejado de la ciudad la división que mandaba el general Doblado.

La actitud del gobernador tuvo como consecuencia un distanciamiento definitivo con Juárez, quien, trasladándose a Saltillo, decretó allí la separación de Coahuila y Nuevo León y se dispuso a volver, entrando de nuevo a Monterrey el 2 de abril, haciendo que Vidaurri abandonara el estado.

Mientras tanto las tropas imperiales empezaban a ocupar ya la frontera. Al mando del general Castagny, avanzaban sobre Nuevo León y Coahuila, al mismo tiempo que Quiroga, enviado por Vidaurri, atacaba Monterrey.

Insuficientes las fuerzas de que Juárez disponía para hacerse fuerte en esta ciudad, salió de ella por Santa Catarina, continuando hasta Monclova para de allí marchar a Chihuahua donde instaló el gobierno general.

Monterrey fue ocupada por los franceses el 26 de agosto. Por medio de bando nombró Castagny prefecto político del departamento, magistrados del Tribunal y alcaldes; expresando que quien se negase a desempeñar estos empleos, sería castigado inmediatamente con seis meses de prisión.

Invitados Quiroga y Vidaurri a unírseles no vacilaron en reconocer al imperio. En Salinas Victoria firmaron el documento de defección, emprendiendo desde luego el viaje a México para presentarse a Maximiliano.

## VIII

SE EMBARCA A NUEVA YORK.  
INICIA LA CAMPAÑA EN LA FRONTERA.  
JUÁREZ LE NOMBRA GOBERNADOR DE NUEVO LEÓN.  
OCUPACIÓN DE MONTERREY.

Los periódicos imperialistas, alterando los acontecimientos de Nuevo León, llevaron al general Escobedo la noticia de la defección de tan notables jefes fronterizos.

Encontrándose en tierras yucatecas, en el desempeño de comisiones conferidas por el gobierno general, recibió el llamado de Juárez para venir a la frontera.

Los escasos elementos de su brigada, puestos al mando de Jerónimo Treviño y de Pedro Martínez, emprendieron desde Oaxaca su marcha por el corazón de la República, invadido todo por los franceses. Escobedo, acompañado de unos cuantos amigos, se embarcó en un puerto tabasqueño, cruzando el Golfo de México, para llegar a Nueva York. Desde allí se trasladó más tarde a Laredo por Nueva Orleans y Brownsville.

Fue en ese puerto fronterizo donde Escobedo inició con solo once de sus antiguos compañeros de armas, el movimiento que arrollaría a su paso al enemigo y contribuiría a la restauración de la República.

El 7 de marzo de 1865 es la fecha que la historia consigna como paso de ese grupo de patriotas a suelo mexicano.

Volvió Escobedo a Nuevo León después de prolongada ausencia. Conocía palmo a palmo la región y con la audacia y el valor de sus improvisadas guerrillas, habría de acosar al invasor.

Los coroneles Falcón, Méndez y Díaz adhirióonle con regular número de hombres, procediendo desde luego a expedicionar por el norte de Coahuila. En Piedras Negras hizo adeptos suyos a sesenta soldados que acaudillaba Pedro Ríos, a quien batió e hizo huir luego Francisco Naranjo.

Triunfantes unas veces, vencidos las más, continuaban luchado por diversos rumbos. Treviño, Gorostieta, Naranjo, Viesca, De la Fuente, Carranza y muchos

otros; aquellos con su valor y manteniendo levantado el espíritu cívico de los pueblos fronterizos.

Su actividad empezaba a preocupar al enemigo. El imperialista Feliciano Olvera que ocupaba Monterrey, por conducto del coronel Santos Benavides, residente en Texas, pidió a Escobedo una entrevista; prometiéndole halagadoras garantías y honoríficos cargos a cambio de su renuncia por la causa de la República.

Fingiéndose atraído, se encaminó don Mariano a Lampazos, lugar fijado para la conferencia, exigiendo previamente se alejaran las fuerzas de López y Tabachisky.

López, contra lo convenido, hostilizó a Escobedo, pero este, conocedor del terreno que pisaba se dejó perseguir por lugares difíciles y accidentados, haciendo perder a su adversario gran parte de su gente. Entretanto él, por los pueblos que pasaba, aumentaba considerablemente sus fuerzas y se arbitraba recursos; decidiendo volverse a Coahuila sin haber verificado la entrevista, que pretextó eludir por la actitud de López.

El 26 de marzo de 1865 el presidente Juárez lo nombraba gobernador de Nuevo León, pero Monterrey continuaba ocupada por los franceses. Incorporado Escobedo a las fuerzas de Negrete le dio este el mando de las caballerías. Marchó a Saltillo, recuperando la plaza que poco antes dejara el coronel Francisco Aguirre, obligado por los imperialistas Olvera y López, quienes nuevamente salieron de allí el 10 de abril.

Dos días después tras una tenaz persecución al enemigo y de encuentros armados en Ojo Caliente, Rinconada y Cuesta de los Muertos, entró el general Escobedo a Monterrey en medio del regocijo desbordante del pueblo.

En todos los pueblos se hicieron públicas demostraciones de entusiasmo. He aquí como don Herculano Vargas, alcalde de Linares, informaba haberse recibido, a las 11 de la noche del 13 de abril (Viernes Santo), la grata nueva de la ocupación de Monterrey:

Inmediatamente di conocimiento al pueblo que me obedece como su primera autoridad; este pueblo que siempre ha sacrificado sus recursos en sostener la libertad, llevando más de una vez la iniciativa para derrocar al tirano; este pueblo, no pudo contener el júbilo al escuchar de mi boca tan plausible como merecido suceso. Sin embargo, de que hoy celebra nuestra religión la mayor

de sus festividades, y que las campanas están mudas por la muerte del Salvador, no pude resistirme a las simultáneas excitativas del pueblo para que se publicase de una manera más solemne esta importante noticia y fue a continuación solemnizada con un repique a vuelo, descargas de fusiles y cohetes, terminando con un paseo cívico alentado por las siempre dulces y armoniosas voces de la música...

Dueños de Monterrey los republicanos, tomó Escobedo posesión del gobierno, nombrando como su secretario al licenciado Simón de la Garza Melo, a quien facultó para resolver todos los negocios en sus frecuentes ausencias. Proveyó de recursos a la división con que el general Negrete marchaba a su desastrosa expedición de Matamoros, y consagró sus actividades a la reorganización del extinguido Ejército del Norte.

Bien pronto comprendió que el sentimiento de independencia y libertad mantenía vivo en la frontera. En una patriótica proclama decía:

No os ofrezco la envidiable tranquilidad a que aspira el habitante honrado y laborioso, porque esto no es posible cuando falta la paz y se trabaja precisamente por conseguirla. Por el contrario, las circunstancias exigen desprendimiento, sacrificios, abnegación; y como no hay medio entre sucumbir con oprobio, o afrontar con gloria y con honor aquellos pasajeros males, yo os conjuro para que así lo verifiquéis, bien satisfechos que con un esfuerzo unánime abreviaremos la restauración de la nacionalidad, sin cuyo advenimiento serán interminables vuestros padecimientos... Miserable –decía más adelante– el que se resigna a vivir degradado, porque no conseguirá ni la paz humillante del esclavo.

Hizo además un llamado a la lucha a sus antiguos compañeros de armas, a los que desde 1855 por derrocar al dictador y en la guerra de tres años habían militado con él, diciéndoles:

Centenares de leguas me separaban de vosotros cuando los periódicos del imperio que gobierna en México, con patente y descarada mofa de los cándidos o traidores mexicanos que lo mendigaron en Europa, me anunciaron que habíais sucumbido bajo su administración. Mi corazón se conmovió como mexicano y se indignó como fronterizo: porque, en verdad, mis amigos, ¿no es cierto que pudisteis y debisteis hacer una más digna resistencia?



Yo no analizaré los causales; no quiero recordar hechos que ya pasaron; *pero sí debo de jurar ante Dios, que vengo a ofrecer mi sangre por garantía de que esos hechos no se volverán a repetir.* ¡Los fronterizos, mis compañeros de armas en mil jornadas gloriosas, aquellos que con su rifle y su imperiosa voluntad derrocaron al odiosísimo Alteza y que jamás admitieron el gobierno arbitrario de Miramón, ceded ahora y no tronéis mil y más de aquellos rifles contra los robadores de nuestra independencia nacional...!

Yo los desmentiré y vosotros sostendréis mi negativa. Vengo para que probemos lo contrario: *Habéis aprendido a ser libres y ningún descendiente de reyes tiene derecho para inscribiros en el registro de sus esclavos.*

¡A las armas!, mis amigos. Rebajada, ultrajada está nuestra nacionalidad, y envilecido el nombre de mexicano. Si antes éramos desgraciados; si las guerras civiles, inevitables en todos los países que han querido caminar por el sendero de la libertad y de la reforma, nos tenían débiles y poco considerados; hoy el imperio, sin hacernos más poderosos ni menos desgraciados, nos humilla y degrada, sea cual fuere la forma con que se le revista.

¡A las armas! La hora de reparación ha llegado y tened presente que la unión, el respeto a las personas y propiedades, la disciplina, la abnegación, en fin, y el patriotismo, han bastado siempre para pulverizar las más firmes monarquías del mundo.

Pronto, muy pronto caerá en nuestro poder el puerto de Matamoros. Marcha ya el valiente e infatigable general Negrete con su intrépida y bien organizada división para ocuparlo. Nuestros hermanos los tamaulipecos se les unirán, y después todos compactos, contribuiremos a la salvación de la República. Este es vuestro deber; desempeñadlo y sobrepujad, si no en patriotismo, sí en hechos gloriosos, en inteligencia y acciones afortunadas, a vuestro antiguo y fiel compañero MARIANO ESCOBEDO. Monterrey, Abril 12 de 1865.

## IX

GARZA MELO GOBERNADOR DE NUEVO LEÓN.  
ESCOBEDO MARCHA A RÍO VERDE.  
SITIO DE MATAMOROS.  
ATAQUE A MONTERREY.  
HEROÍSMO DE PEDRO TREVIÑO.

Muchos nuevoleonenses acudieron al patriótico llamado, y fue así como el general Escobedo pudo organizar algunas fuerzas de consideración, a cuyo frente, vuelto el general Negrete, salió, por disposiciones del mismo, a disputar el paso a los franceses en La Angostura. Las fuerzas republicanas hicieron un atrevido movimiento sobre San Luis, después de haber sido rechazadas el 2 de julio por obedecer arbitrarias disposiciones del ministro de la Guerra, en el sentido de movilizarse a Chihuahua.

Investido como estaba de omnímodas facultades, decidió desde entonces Escobedo practicar por sí solo las operaciones de guerra.

Volvió a Monterrey el 7 de junio, y delegó el gobierno en el licenciado Garza Melo, brillante jurisconsulto que no solo aceptó el cargo sino que personalmente salió a organizar fuerzas en la frontera de Coahuila.

Escobedo, por su parte, siguiendo el plan de campaña que se había formado, salió a San Luis por Boca de Morelos a unirse en la hacienda de Potosí con su Legión del Norte, que al mando de Treviño había llegado ya del interior de la República. Hostilizó Matehuala ocupada por los imperialistas, pasando más tarde a Río Verde. Estableció allí su cuartel general y continuamente, por espacio de dos meses (junio y julio de 1865), libró frecuentes acciones de armas en diversos pueblos de aquella región.

Apoderados de Río Verde los franceses, Escobedo se internó a Nuevo León por las montañas del sur. En Galeana dejó al coronel Pedro Martínez encargado del reclutamiento y dispuso pasara Treviño a Linares, población en que se batió el día 14 de agosto con las fuerzas imperialistas del general Nay.

En unión del joven general Albino Espinosa, hizo Escobedo una tenaz persecución en el sur del estado a Felipe Tinajero, tocándole en suerte a

Espinosa darle alcance y derrotarlo completamente en Paso de las Cabras, del río de San Juan, el 16 de agosto. Más de cien bajas entre muertos y heridos se hicieron al enemigo que dejó en poder de los republicanos buen número de fusiles y tres carros de parque.

Como consecuencia de la expedición al interior, apenas si quedarían a Escobedo cuatrocientos o quinientos hombres, mal armados. La campaña se había hecho muy a la ligera –dice Juan de Dios Arias– de modo que las tropas estuvieran dispuestas siempre a practicar con desembarazo sus operaciones en la sierra. En tales circunstancias resolvió pasar al centro del estado y, por China, a Camargo, para proveerse de pertrechos de guerra; situando antes sus escasas tropas en Villaldama, Cerralvo, Mier y Camargo, bajo las ordenes de Naranjo, Treviño, Canales y Cortina, respectivamente.

Mientras tanto el licenciado Garza Melo desplegaba su actividad en Coahuila, aunque con algunos obstáculos, porque el general Negrete pretendía desconocer sus facultades. Con el apoyo decidido del gobernador de aquel estado Andrés S. Viesca, continuó trabajando en la adquisición de armas y parque por medio de uno de los jefes separatistas que intentaba pasar a México.

Estando Garza Melo en la villa de Rosas recibió órdenes de Escobedo en el sentido de marchar sobre Monterrey. Empezó su salida el 16 de agosto llegando dos días después a Lampazos; poniendo a las órdenes de Escobedo poco más de seiscientos infantes que, unidos a los que el coronel Cavada había organizado en Cerralvo y a los que el mismo Escobedo movilizara en Monclova, ascendían a poco más de mil hombres.

Organizada la campaña sobre Matamoros marcharon a Cerralvo las fuerzas republicanas estableciendo allí la residencia del gobierno. (octubre de 1865). En dicha población quedaron los cuerpos Legión del Norte y Río Grande, al mando de Treviño, en observación de Monterrey, en tanto el resto del ejército emprendía su expedición al puerto tamaulipeco.

El 22 de octubre estaban ya frente a aquella importante plaza que ocupaban los imperialistas al mando del general Tomás Mejía.

Iniciado el sitio, dura once días. Se improvisaron fortificaciones con una actividad verdaderamente asombrosa y, habiendo sido rechazados los nacionales, volvieron con más brío obteniendo la victoria.

Entretanto las guerrillas de chinacos, acercándose con arrojo a Monterrey, libraban continuas escaramuzas que no dejaban de preocupar al enemigo. Martín

Hernández en General Terán se batía el 20 de septiembre con el subteniente imperialista Espeleta, teniendo doce muertos; y en Allende, Carlos Salazar y Esteban España, con un grupo de valientes, se enfrentaron a los “Rurales de Cadereyta”, el 16 de octubre. En este encuentro perecieron doce mexicanos. Sus dos jefes fueron conducidos a Monterrey y fueron las primeras víctimas del decreto promulgado por Maximiliano trece días antes. El 25 de octubre fueron fusilados por disposición del comisario imperial Luis G. López. Veintiocho años tenía el patriota Carlos Salazar y era oriundo de Allende; Esteban España era natural de Morelia y tenía 35 años.

En los primeros días de noviembre los republicanos que en Cerralvo observaban los movimientos del enemigo, supieron que Jeanningros emprendiendo una campaña sobre Monclova había dejado la plaza de Monterrey muy debilitada.

Recibida la noticia por Escobedo en Matamoros y levantando el sitio de aquel puerto, marchó a Cadereyta con la brigada del coronel Naranjo, uniéndose allí con las fuerzas de Treviño, quien, con la actividad que le era característica, tenía ya todo preparado para el ataque a Monterrey. Instalado el gobierno en Cadereyta se hicieron allí los demás dispositivos de combate. El 22 de noviembre fue emprendida la marcha.

Los coroneles imperialistas Julián Quiroga y Felipe Tinajero, enterados de sus movimientos, salieron inmediatamente a su encuentro cuando los republicanos estaban ya en la villa de Guadalupe. El combate fue sangriento y se libró el día 24 en plena población. Desde la azotea del templo eran tiroteados los republicanos que con las alas izquierda y derecha de su línea envolvían al enemigo, a la vez que la caballería de Treviño le hacía volver a sus posiciones en la ciudad, dejando en el campo ochenta muertos y cincuenta prisioneros. Algunos ancianos de esa villa al referirse a este suceso, lo llaman “la batalla de la parroquia”.

Los nacionales perdieron en esta jornada poco más de veinte soldados y varios oficiales, a los que se dio sepultura en el cementerio de la iglesia, por ser peligroso conducirlos al panteón, situado a inmediaciones de Monterrey.

En la tarde del día siguiente, 25 de noviembre de 1865, estaban dispuestos de nuevo al ataque.

Escobedo puso entonces a las órdenes de Naranjo la primera columna de rifleros con la consigna de asaltar el fortín de Carlota y llegar hasta la plaza,

auxiliado por los coroneles Cavada y Ruperto Martínez quienes atacarían por los flancos izquierdo y derecho, respectivamente.

El ataque al fortín del Pueblo fue encomendado al coronel Joaquín Garza La ciudad había quedado casi deshabitada. Muchas fueron las familias que salieron a refugiarse a Santa Catarina y otros pueblos circunvecinos. Debilitada como estaba Monterrey por la salida de las fuerzas de Jeanningros, valiéronse los franceses de todos los medios para su defensa. Los jóvenes estudiantes del Colegio Civil fueron obligados a formar una compañía que, armada con fusiles inservibles, fue puesta en avanzada en la ribera del río.

La acción fue tan violenta que en solo dos horas estaban los republicanos dentro de la plaza. Los franceses se vieron precisados a encerrarse en la Ciudadela. Otros tomaron rumbo a Santa Catarina, encontrándose una columna de los suyos que venía ya a auxiliarlos. Vueltos a la ciudad, dieron esa misma noche sobre la plaza, siendo tal su cautela que lograron sorprender a Escobedo y a su estado mayor, sobre quienes hicieron varias descargas.

No obstante que la confusión fue inevitable, Rocha y Treviño improvisaron una carga terrible a sable y bayoneta. Sus soldados hicieron huir a los atacantes obligándolos a atrincherarse en la loma del Obispado. De este modo los republicanos, ya al mando de Escobedo, lograron improvisar sus fortificaciones en la calle de San Joaquín, (hoy Padre Mier, poniente) y en la Plazuela de la Purísima.

Mientras tanto el general Jeanningros al frente de la división con que emprendiera la campaña de Monclova, regresaba violentamente a Monterrey.

Es en esta parte de nuestra narración donde corresponde escribir el hasta hoy desconocido nombre de un nuevoleonés que, en un rasgo de admirable heroísmo, libró a las tropas del general Escobedo de un seguro y total aniquilamiento.

Cuando Jeanningros venía en auxilio de Quiroga, hizo un ligero alto en la hacienda de Santa Rosa, del municipio de Apodaca, exigiendo pasturas a Pedro Treviño, juez auxiliar del lugar. So pretexto de conseguírselas con algunos vecinos salió Treviño en su caballo y tomando por entre el matorral, llegó a las fortificaciones de la plazuela de la Purísima y dio violento aviso a Escobedo del riesgo inminente en que se hallaban.

Pedro Treviño fue el modesto campesino que prefirió la salvación de los defensores de la patria a la tranquilidad de su hogar que Jeanningros mandó

dinamitar dejando a su familia en la más espantosa miseria. Pedro Treviño solicitó incorporarse a los Rifleros de Nuevo León, de Ruperto Martínez.

Dejar la plaza era lo más prudente, vista la superioridad numérica del enemigo. Escobedo así lo hizo, saliendo sus fuerzas con bandera desplegada, por la villa de Guadalupe.

Una columna francesa salió a su alcance librándose desigual encuentro cerca de la Pastora, en la ribera norte del río la Silla. En esta acción de armas fue acometido Escobedo por un oficial enemigo. Iba este a asestarle mortal sablazo, pero Escobedo logró esquivarlo merced a su pericia como jinete y pudo ponerse a salvo al caer su adversario por el ímpetu con que lo acometía.

Al mismo tiempo que esto sucedía, el coronel Rocha, que con una sección de tropas marchaba a la vanguardia, era también alcanzado por un batallón imperialista al mando del general De la Hayrie, trabándose el combate en Los Lermas con un saldo de diez muertos por cada bando contendiente.

## X

OTRAS VÍCTIMAS DEL DECRETO DE 3 DE OCTUBRE.  
CARTA DE JUÁREZ.  
BATALLA DE SANTA ISABEL.  
MUERTE DE URBANO CANTÚ.

Los franceses celebraron este triunfo. El mariscal Bazaine obtuvo del emperador la Cruz de Guadalupe y otras condecoraciones que “en premio a sus méritos” envió a Monterrey a Jeanningros, nombrado gran oficial, De la Hayrie, oficial y en grado de caballeros a Barutel, De Casablanca, Etienne, Grimaldi, Garnier y demás extranjeros que mandaban las fuerzas ocupantes de la ciudad.

El 3 de junio el emperador otorgó esta misma condecoración a Julián Quiroga, Indalecio Vidaurri, licenciado Juan de la Garza Evia, licenciado Francisco Sada y Juan Treviño. A iniciativa del conde Liverman, sabio médico que vino a Monterrey con los franceses, Maximiliano otorgó la condecoración de Guadalupe al doctor Gonzalitos, quien solía decir que mejor le hubiera agradecido un donativo para atole de sus enfermos.

Algunos regiomontanos afectos al imperio salieron hacia Saltillo a recibir al general Dovay, al Regimiento de la Emperatriz y a los batallones de la Legión Belga, mandada por el coronel Van der Smissen. Con fundamento en el Decreto de 3 de octubre, fueron fusilados en Monterrey: Catarino Guerrero, Juan Quintanilla y más tarde el patriota Isaac Garza.

Los imperialistas solo en algunos lugares que ocupaban, y esto por la fuerza, conseguían imponer obediencia. Su radio de acción era reducido y contados los pueblos que ejecutaban sus disposiciones.

Una idea bien clara de la aversión que en Monterrey se tenía al imperio, la da el siguiente epigrama que bajo el seudónimo de “Un Liberal” se publicó en el *Periódico Oficial* de 12 de enero de 67 y que se hizo popularísimo:

No temas ofenderme con tu labio  
llamándome ladrón a boca llena,

si me dices hereje, no me agravio,  
si traidor y soez, no me da pena;  
llámame bajo y ruin, tampoco rabia,  
y cornudo también, aunque suena mal,  
idólatra, salvaje y agareno;  
¡no me llames francés... y todo es bueno!

Refiere Hermenegildo Dávila en su *Biografía del Dr. José Eleuterio González*, que, en febrero de 1866, los estudiantes del Colegio Civil celebraron con un baile el natalicio de su sabio maestro. “Nos propusimos los alumnos –dice– no invitar a oficial francés alguno: –agregando– ¡Era tan doloroso ver en esta fiesta a los instrumentos de las desgracias nacionales!”.

Escobedo se retiró con sus fuerzas a Camargo, con el propósito de reorganizarlas y obrar conforme a los movimientos del enemigo.

Restablecidas un tanto sus tropas, resolvió expedicionar sobre la pequeña población de Bagdad, asaltada por aventureros texanos que, adelantándose a sus propósitos, la habían desalojado de franceses introduciendo allí el desorden.

Enérgicamente protestó don Mariano ante el jefe de la línea americana, consiguiendo que una columna de tropa marchara a someterlos. Esto le dio ocasión de resistir por dos veces, durante su permanencia en aquella población, el cañoneo de un buque francés que costaba el Golfo.

Estuvo más tarde en Reynosa, donde concentró las fuerzas de su mando, decidiendo emprender su marcha a Linares, donde estableció su cuartel general.

De los lugares donde se encontraba, estuvo siempre en constante comunicación con el gobierno general. En carta de 1º de diciembre, imponía al señor Juárez de sus últimas operaciones sobre las plazas de Matamoros y Monterrey; lamentándose de no disponer de mejores medios para acabar de una vez por todas “con el usurpador de nuestras libertades”.

Muy complacido he quedado –decía el presidente en su respuesta del 13 de enero de 1866– de todo lo que usted ha hecho; por lo bien combinado de sus planes, por el acierto con que se ha ejecutado y por los hechos gloriosos que han tenido lugar repetidas veces. Si no se ha podido obtener un éxito completo no es culpa de usted; nuestro deber es obrar poniendo todos los medios que están en nuestra posibilidad. No tenemos obligación de acertar ni de triunfar.



No hay, pues, por qué desalentarse, sino seguir trabajando como lo ha hecho usted y por lo que a usted y a todos los valientes que lo acompañan los felicito a nombre de la Patria y les doy las gracias...

Y expresaba en seguida su plena confianza en el triunfo dado que en todos los demás estados se continuaba luchando también con entusiasmo.

Refiriéndose a los decretos de 8 de noviembre anterior, el primero prorrogando sus funciones en la Presidencia de la República, y el segundo mandando enjuiciar a González Ortega por sus actos en desconocimiento del gobierno, expresaba haber sido acatados por todas las autoridades y no implicar el menor trastorno al país; añadiendo:

He creído que era mi deber expedirlos, aunque esto ha sido a costa de mi bien particular y de mi delicadeza; mi amor a mi patria y mi buena intención me salvarán de los ataques que se me dirijan por este hecho.

Recomiendo a usted mucho –decía más adelante– la interceptación de los correos del enemigo y que haga lo posible por tener siempre una imprentita, a fin de que la guerra se haga también con la pluma.

Establecido su cuartel general en Linares, se propuso el general Escobedo hostilizar constantemente a Monterrey con las brigadas de Treviño y Naranjo. Al general Espinosa lo destacó cerca de Matehuala, con la encomienda de impedir el paso a Douay.

En Coahuila, mientras tanto, Andrés S. Viesca y Pedro Martínez asediaban Saltillo. En el trayecto de esta población a Parras fueron batidos por las fuerzas del imperialista Máximo Campos, que ocupaba aquella plaza.

Treviño, que a la sazón se encontraba en Villaldama con el mando de la Primera División de Caballería, recibió órdenes de Escobedo para hacer un movimiento sobre las columnas de Briant, comandante imperialista de Saltillo, quien acudía ya en auxilio de Campos al que se unió en Parras sin que lo alcanzara a batir.

Continuó Treviño su plan de operaciones sobre dicha población. En la cercana hacienda de Santa Isabel se le incorporó poco después la Brigada de Coahuila. El ataque por las fuerzas enemigas (1º de marzo de 1866) compuestas de 900 hombres de los cuales 665 eran mexicanos, no se hizo esperar, recibidos

el fuego del Escuadrón de Monclova al mando del teniente coronel Ildefonso Fuentes. Naranjo lo contuvo en su ataque a la izquierda de la línea, a la vez que Treviño ordenaba una carga con las columnas de caballería. Intervinieron también en esta jornada Joaquín Garza Leal, comandante del cuerpo Legión del Norte; teniente coronel Pablo Gómez, de Lanceros de la Guardia de Supremos Poderes; teniente coronel Emiliano Laing, de Lanceros de Coahuila, y los patriotas Ruperto Martínez con sus Rifleros de Nuevo León, Salvador Fernández y coronel Pedro Gómez, quienes rechazaron vigorosamente a los atacantes. La lucha fue sangrienta. Al enemigo le fueron hechos 116 prisioneros y perecieron 113 imperialistas, contándose entre ellos al mismo Briant en tanto que en las filas mexicanas hubo solo 32 bajas entre muertos y heridos.

En esta batalla demostraron los fronterizos no solo su valor sino su pericia militar ante el poderoso ejército francés. Era la primera victoria después de tantos sucesos aciagos que redujeron al Supremo Gobierno al último rincón de la patria.

Y la lección dada no fue solamente de valor y disciplina. Refiere el licenciado Simón de la Garza y Melo que:

Quando, después del glorioso triunfo de Santa Isabel, alcanzado por Treviño, nuestras fuerzas conducían a los prisioneros que allí habían cogido, muchos de nuestros soldados, compadecidos de verlos caminar pie a tierra, envueltos en nubes de un polvo abrasador y sofocante y sufriendo todos los rigores de un sol de fuego, se bajaban de sus caballos, se los ofrecían, y caminaban a pie, para aliviar las penas de sus prisioneros. ¡Sublime generosidad, – agrega– que revela la mucha nobleza de alma y que constituye una nueva y más alta victoria del soldado mexicano sobre el francés!.

Como una coincidencia, el mismo día 1º de marzo en que se escribía en Santa Isabel tan brillante página de nuestra historia, en Nuevo León tenía lugar otro acontecimiento pleno de heroísmo.

Estando la avanzada de Narciso Dávila en observación del enemigo en la villa de Santiago, salió de Monterrey una columna de cuatrocientos imperialistas al mando del capitán Achili. Sorprendida en el Yerbaniz por la avanzada republicana, hizo el capitán Urbano Cantú que los suyos se retiraran y, con solo quince hombres entre soldados y vecinos, salió a enfrentarse al enemigo. Por más de tres leguas lo batió en retirada haciendo alto repetidas veces para resistirlo el

tiempo necesario a fin de salvar no solo a su cuerpo Rifleros de China, sino a los vecinos que se les habían unido.

En la hacienda de San Pedro cayó bajo la lluvia de la metralla francesa este valiente nuevoleonés que había acompañado a Escobedo en Acultzingo y en Puebla. Era originario de China, Nuevo León, donde nació en 1829.

## XI

### DUPIN DERROTADO EN DOCTOR ARROYO. ATAQUE A LINARES. BATALLA DE SANTA GERTRUDIS.

Hostilizadas las plazas de Matehuala y Catorce por el general Escobedo y tomando esta última el 23 de abril, emprendió su regreso a Linares dejando sus fuerzas en los pueblos del sur del estado al mando de Albino Espinosa, quien dio nueva lección a los franceses en las inmediaciones de Doctor Arroyo, derrotando a Dupin.

Victoriosos los republicanos volvían a Linares, en tanto que Escobedo disponía su viaje a la frontera con objeto de recibir armas y parque adquiridos recientemente. Pero apenas había salido cuando el enemigo, “acostumbrado a emprender campañas solo a donde no había fuerzas mexicanas” –dice el licenciado Garza y Melo–, inició el ataque a dicha población por diversos rumbos. Volviéndose el general Escobedo violentamente hasta Terán, activó de tal suerte las operaciones para evitarlo, que Douay no llegó más que a Iturbide y Río Blanco. Jeanningros mientras tanto, eludía el empuje de los ochocientos rifleros de Escobedo y contramarchaba por el camino de Allende, jamás recorrido por trenes pesados, pero que le prestaba seguridad.

Fue por esos días cuando por correspondencia interceptada al enemigo, tuvo noticia Escobedo de que, custodiada por una columna de franceses, austriacos, y belgas, al mando del imperialista Feliciano Olvera, venía de Matamoros, camino a Monterrey, un convoy compuesto de cerca de doscientos carros con una carga estimada en dos millones de pesos.

Pospuso Escobedo su proyectada campaña contra las fuerzas que asediaban Matehuala y Saltillo y, forjando un nuevo plan de maniobras, decidió salir al encuentro de los extranjeros de Matamoros.

Simultáneamente salían de Monterrey en auxilio de la caravana de carros, la brigada de Jeanningros, parte de la Guardia Rural del Departamento, una columna del Regimiento Belga y un escuadrón de caballería del Regimiento de la Empera-

triz, cuyo mando llevaban el comandante Saussier y el teniente coronel De Touce, "por enfermedad" (?) del general francés; fortificándose en Cerralvo precisamente en la víspera en que los republicanos se acercaban también a dicha población.

Simulando que los atacaba, destacó Escobedo al cuerpo Rifleros de Nuevo León, mandando por el coronel Ruperto Martínez, quien con su avanzada los entretuvo eficazmente, en tanto que el general en jefe hacía la jornada con el resto de sus soldados a encontrar la columna de Olvera.

Como campo de batalla fue escogido el escueto lomerío de la mesa de Santa Gertrudis, situado entre los municipios de Mier y Camargo. Las fuerzas nacionales estuvieron en espera del adversario, que bien pronto se divisó en la lejanía. Propuesto el general a sorprenderlos ordenó el más absoluto silencio.

Anhelantes de lucha, el regocijo se pintaba en el rostro de los mexicanos. La inactividad parecías desesperante.

Su cuerpo se había amoldado ya a las inclemencias del tiempo y no les inquietaba en lo más mínimo su lamentable situación.

Despedazados sus huaraches, sucia y hecha girones su blusa de manta y en más tristes condiciones su sombrero, solo se distinguían los oficiales por sus voces de mando y la tropa por su rústico distintivo, que lo constituía muchas veces una punta de pita o alguna rama de granjeno o de mezquite.

Refieren algunos ancianos, por haberlo oído así de sus padres a quienes les tocó ser actores en esta jornada, que el lapso que estuvieron emboscados en espera del enemigo, lo emplearon en afilar en los mollejones naturales de las lomas sus machetes y sables, "hasta dejarlos como navajas de rasurar".

Descubiertos por el enemigo a causa de la imprudencia de uno de los jefes que llevado de su fogosidad salió a hacerle frente, se trabó un primer encuentro que fue favorable a los republicanos.

En esa misma noche, por estimarlo así prudente el general Escobedo, mudaron de frente de batalla, verificando esta maniobra en el mejor orden y con todas las precauciones del caso.

Providencias similares se dictaban mientras tanto en el campo contrario. Improvisando sus fortificaciones con el mismo tren de carros y esperando el alba practicaron un reconocimiento donde el día anterior fuera teatro de un primer combate, iniciando el fuego sin que fuera contestado.

Dando una alta demostración de disciplina los soldados republicanos no alteraron su quietud. Esperaron pecho en tierra la aproximación de su adversario

que, a una orden dada, fue sorprendido intempestivamente y arrollado por tan inesperado empuje.

La confusión fue terrible. En medio de las densas nubes del polvo y del humo de la metralla brillaban los machetes y los sables.

Rechazado el enemigo hasta un montículo cercano, fue impotente a la carga de las caballerías de Rocha y de Treviño, y la de las infanterías de Escobedo. La rendición fue completa, al quedar abandonadas las tropas, que dejó el general Olvera huyendo con un pequeño grupo de los suyos.

Doscientas cincuenta bajas entre muertos y heridos sufrieron las filas republicanas. Al enemigo le fueron hechos 1001 prisioneros, de los cuales 143 eran europeos, dejando en el campo 396 muertos y 166 heridos, más la totalidad de su equipo de guerra e íntegro el convoy que custodiaba.

Es esta acción de armas una de las más notables que registra la historia del noeste. En ella alcanzaron fama de valientes los batallones Zaragoza, Hidalgo, Rifleros de Naranjo, Rifleros de China, Tiradores del Bravo y Libras de la Frontera; y los cuerpos Legión del Norte, Cazadores de Galeana, Mixto, Supremos Poderes y Carabineros de Lampazos. Formaron la oficialidad los generales Treviño, Canales y Díaz de León; los coroneles Sóstenes Rocha, Francisco Naranjo, Miguel Palacios, Alonso Flores, Adolfo Garza, Salvador Fernández, Julián Cerda y Joaquín Garza Leal, también se distinguieron los tenientes coroneles Edelmiro Mayer, Higinio Villareal, Juan N. Sáenz y Vicente Mariscal.

Concluida esta memorable batalla cuya fecha, 16 de junio de 1866, quedaba escrita en los fastos de la patria; y despejado el campo que le sirviera de escenario, llevó Escobedo sus tropas victoriosas a inmediaciones de Camargo, en auxilio de Ruperto Martínez que en Cerralvo resistía tenazmente a los franceses.

Durante su permanencia en Camargo, en un gesto que es honra no solo de su nombre sino de la República, restituyó la cuantiosa carga del convoy a sus respectivos dueños, satisfecho el doble pago de contribuciones el tesoro público de la nación, y dispuso únicamente de lo que se comprobó pertenecer al enemigo. Fue entonces cuando hubo regocijo en las desnudas tropas. Por primera vez después de tanto tiempo de privaciones y miserias, percibieron sus exiguos haberes y trocaron sus andrajos por flamantes pantalones de mezclilla, sombrero de lana, camisa de manta y blusa de bayeta colorada.

## XII

### CAPITULACIÓN DE MATAMOROS. DESOCUPACIÓN DE MONTERREY Y SALTILLO. ENTRADA DE ESCOBEDO A CADEREYTA.

La victoria obtenida por las fuerzas republicanas en Santa Gertrudis había atemorizado a las tropas imperialistas que quedaban guarneciendo Matamoros. Ya Escobedo a marchas dobles avanzaba sobre esa plaza, pero le privó de verificarlo José María Carvajal, gobernador de Tamaulipas, quien por esos días regresaba de los Estados Unidos. Por conducto del licenciado Juan José de la Garza, entabló negociaciones con los imperialistas facilitando su salida de la ciudad. La entrega de la plaza se hizo solemnemente en el salón del ayuntamiento el 23 de junio. Después de dieciocho meses de estar en el puerto, salieron los franceses embarcándose rumbo a Tampico en los vapores Halcolm, Eugenia y Benedict. En este último iban los generales Olvera y Mejía con sus estados mayores.

La actitud de Carvajal, que bien podría haberse calificado de traición, indignó a Escobedo. Dio cuenta de ella al presidente Juárez y decidió permanecer en Matamoros y Camargo el tiempo suficiente para el arreglo de la devolución de las mercancías y efectos del convoy, así como para equipar convenientemente sus tropas.

Mientras tanto la guarnición imperialista de Cerralvo, enterada también del descalabro sufrido por Olvera resolvió no oponer más resistencia, contramarchando a Charco Redondo (actual villa de Melchor Ocampo). Allí consumaron sus habituales tropelías. Redujeron a prisión a vecinos indefensos y los amenazaron de muerte si en veinticuatro horas no les entregaban dos mil pesos y setenta bestias, por no haberles dado oportuno aviso de la derrota de Santa Gertrudis.

El 19 de junio tuvieron uno de sus últimos encuentros en esa misma población con las fuerzas de Ruperto Martínez, quien los hizo huir, amagándolos durante todo el trayecto a Monterrey.

Todo hacía suponer que, una vez en la ciudad, opondrían alguna resistencia, porque refaccionaron las fortificaciones y tomaron otras medidas de defensa.

Pero, cambiando de improviso su resolución, como a las doce de la noche del 25 de julio, empezaron a movilizar la guarnición haciendo aparecer la evacuación como una medida militar pues dejaron enclavadas las piezas en las calles de la ciudad. A las cinco de la mañana del día 26 estaba Monterrey completamente desocupada. Los imperialistas marcharon, rumbo a Saltillo, de donde salió a su encuentro el general Douay hasta el rancho de Carvajal, con las fuerzas de su mando.

Dejaban la ciudad "bajo el cuidado del Ayuntamiento", al que autorizaron para designar alcalde interino. Reunido el Cabildo en sesión extraordinaria, (a la que no asistieron los señores Quiroga, Madero, Quiroz, Gutiérrez y Garza Treviño), decidió nombrar al Doctor Gonzalitos, pero este recto ciudadano no aceptó el cargo asumiéndolo Gabino Sanmiguel.

Aunque sin órdenes expresas, por estar solamente en observación del enemigo, al día siguiente, 27 de julio a las 11 de la mañana, entró Ruperto Martínez a ocupar la plaza. Las campanas se echaron a vuelo y hubo entusiastas vítores y aclamaciones del pueblo de Monterrey que veía de nuevo en las calles al cuerpo Rifleros de Nuevo León y al de Exploradores de Cadereyta.

En espera de disposiciones superiores se ocupó Martínez de vigilar los movimientos de los franceses. Hizo avanzar dos piquetes de soldados hacia los puertos de Nacataz y del Durazno y destacó otro en el camino a Santa Catarina, por donde había salido el enemigo. Mandó también destruir las fortificaciones en las calles de la ciudad, por constituir un verdadero estorbo para el tránsito y un peligro para la salud por estancarse el agua en tiempos de lluvias.

El auxilio que recibieron las tropas fue generoso, Monterrey supo apreciar los sufrimientos de los soldados. "Su alimento ordinario en los campos –decía el mismo Ruperto Martínez en escrito presentado al alcalde de la ciudad– ha sido la carne sin tortilla ni sal; y si alguna vez han llegado a poblado no han recibido un solo medio para comprar tabaco...".

Deseando restablecer el gobierno de Nuevo León y activar la organización de la campaña del interior, dejó Escobedo al general Hinojosa en Matamoros y emprendió también su marcha a Monterrey.

El 30 de julio entraban sus tropas a Cadereyta, siendo encontradas algunas leguas antes por una comisión del Ayuntamiento de dicha ciudad, presidida por don Agapito García.

Serían las nueve de la mañana cuando las campanas anunciaban su arribo que se verificó por la calle principal, profusamente adornada.



Tierno era y conmovedor el espectáculo que presentaron algunos niños de dos y tres años –dice la crónica oficial– que, al pasar la comitiva, salían a las puertas de las pobres chozas agitando sus pequeñas banderitas de los colores nacionales, cuya asta de carrizo apenas si podían sostener en sus débiles manecitas...

En el salón del Ayuntamiento se les tributó cálida recepción. Las niñas Josefa y Delfina Prieto pronunciaron sentida salutación y en seguida las niñas de la ciudad presentaron al general Escobedo coronas de laurel y ramilletes de flores, que recibió conmovido. Después pasaron a la iglesia parroquial donde se entonó un solemne *Te Deum*.

Instalado en su alojamiento continuó siendo objeto del afecto de sus amigos y del pueblo. Estas demostraciones se repitieron al día siguiente y en los días dos y tres de agosto, en que entraron la infantería y resto de las fuerzas al mando de Rocha y Treviño.

Bajando de su habitación entregó el general las coronas y ramos a los jefes y oficiales y, montando sobre la cureña de un cañón, arengó a la tropa en medio de las aclamaciones del pueblo.

En la noche del día cuatro, las principales familias se dieron cita en el baile organizado en honor de la oficialidad que, a su entrada en el salón, fue entusiastamente ovacionada. Las señoras doña Cesárea Quintanilla de Vargas, doña Guadalupe Nieva de Margáin, doña Ramona Quintanilla de Treviño y la señorita Elvira Sánchez Zambrano, acompañadas al piano por un soldado alemán que había pertenecido al ejército francés, cantaron un hermoso himno patriótico compuesto por el joven poeta Cayetano E. Treviño, que hubo de repetirse, esta vez con el acompañamiento al piano del coronel del Batallón Zaragoza, Edelmiro Mayer.

Una de las estrofas decía:

Mil coronas de mirtos y flores  
Colocad con amor en la frente  
Del ejército heroico y valiente  
Que humillara al francés y traidor;  
Porque es digno de honor el soldado  
Que se arroja en los campos de Marte  
Tremolando el glorioso estandarte  
¡De la Patria, el pendón tricolor!

## XIII

### ENTRADA DEL EJÉRCITO DEL NORTE A MONTERREY. DISCURSO DEL LICENCIADO GARZA MELO. VERSOS POPULARES.

De mayores homenajes eran dignos aquellos hombres por su infatigable tesón en la defensa de la patria; aquellos que en solo catorce meses de lucha en la frontera habían logrado esta victoria; aquellos “monumentos vivos de la independencia”, como los llamara el general Aureliano Rivera en una proclama que les dirigiera en Zacatecas: aquellos que faltos de armas, remontábanse en los desiertos (como los de Ruperto Martínez) a hacer arcos y flechas como los primitivos salvajes de estas regiones, para con ellas arrebatar al enemigo sus propias armas.

Monterrey hacía también preparativos para recibir dignamente al victorioso Ejército del Norte. El Ayuntamiento designó en comisión a los ciudadanos Francisco Quiroz y Martínez, licenciado Jesús M<sup>a</sup> Salinas y Miguel Martínez Cárdenas, para que salieran a su encuentro hasta Cadereyta. En sesión extraordinaria de 31 de julio acordó las solemnidades que deberían hacerse.

El general Escobedo entró en Monterrey en la media noche del 8 de agosto, acompañado de su estado mayor.

Al amanecer del día siguiente lucía la ciudad sus mejores galas. Aseadas las calles, ostentando hermosas colgaduras tricolores las puertas y ventanas, y ondeando en los edificios públicos y particulares el pabellón nacional.

A las ocho de la mañana hacían alto las tropas en la ribera del río, para formarse en el orden en que habrían de hacer su entrada a la ciudad.

Comisiones de particulares acudieron ahí para presentar sus parabienes a los generales Rocha y Treviño quienes venían al frente de las fuerzas y que eran objeto de las aclamaciones del pueblo. A Treviño le fue obsequiada por la señorita Adelaida Negrete una hermosa banda tricolor, trabajada expresamente por ella para este memorable día.

El general Escobedo salió al encuentro de su ejército que momentos más tarde, en medio del alborozo popular, avanzó hasta la entrada de la calle principal. Allí fue recibido por una comisión del Ayuntamiento de la ciudad, presidida por el licenciado Trinidad de la Garza y Melo. En nombre de la corporación municipal, hablaron los licenciados Ramón Treviño y Manuel P. de Llano.

Emprendida la marcha, confusión de toques marciales, tronar de cohetes y repicar de campanas llenaron el espacio. Una alfombra de laureles y de flores naturales arrojadas desde los balcones y azoteas tapizaba el suelo, y llovían a su paso millares de pequeñas hojas impresas con versos alusivos. Bajo un arco triunfal continuaron hasta la plaza de Zaragoza. En sus portales se había dispuesto un amplio templete al que fueron conducidos los jefes y oficiales. Allí se encontraban más de setenta señoritas vestidas de blanco, ceñidas de bandas tricolores y teniendo en sus manos coronas de laurel y ramilletes de flores para presentar a los vencedores de Santa Gertrudis.

Saludados nuevamente por el alcalde y la comisión nombrada, subió a la tribuna el licenciado Trinidad de la Garza y Melo, quien, en nombre de la ciudad, dijo:

Ciudadanos generales, jefes y oficiales del Ejército del Norte:

A vuestra constancia, a vuestra sublime abnegación, a vuestro ardiente valor y patriótico esfuerzo y al de vuestras beneméritas tropas, debemos los habitantes de estos pueblos el gozar hoy de libertad y garantías de que nos tenía absolutamente privados la bárbara opresión extranjera en nombre de la civilización francesa.

Vuestros heroicos hechos, y muy especialmente las brillantes jornadas de Dr. Arroyo, Santa Isabel y Santa Gertrudis, hicieron conocer a los franceses que en vano se pretende sojuzgar a un pueblo cuyos imprescriptibles y sagrados derechos tienen defensores tan esforzados como vosotros y vuestras valientes tropas. Por esto, al simple anuncio de la aproximación del Ejército del Norte, abandonaron los franceses precipitadamente esta plaza y la de Saltillo, cuyos habitantes quedaron libres de la odiosa dominación extranjera. Con justicia vuestro tránsito por las poblaciones del Estado ha sido una verdadera ovación. Los pueblos agradecidos os han recibido con sinceras aclamaciones como a sus libertadores y defensores de la independencia, de la dignidad y del decoro de la gran nación mexicana.

Nosotros también, ciudadanos generales, jefes y oficiales, en nombre de esta capital, que por disposición de la Autoridad tenemos la honra de repre-

sentar en este acto solemne, de este pueblo, decimos, sobre el cual pesó más rudamente la férrea mano de nuestros opresores, os manifestamos a nuestra vez nuestro más puro reconocimiento y os felicitamos muy cordialmente por los inmarcesibles laureles que habéis alcanzado en vuestras victorias sobre los enemigos del país, por la imperecedera gloria de que os habéis cubierto con vuestras ínclitas hazañas y por vuestra generosa conducta con los vencidos. Propias son del hombre valiente y esforzado la generosidad y la clemencia; y vosotros, nobles e ilustres generales, habéis sabido ejercer estas virtudes en vuestros enemigos. Habéis dado un bello ejemplo de civilización a los que osaron decir que venían a civilizarnos. Aun en esto habéis tenido la gloria de vencerlos. Por esta victoria moral os felicitamos de nuevo, en nombre del generoso pueblo de Monterrey, cuyas demostraciones de regocijo son la expresión de su verdadero sentimiento.

Seguid, pues, ilustres campeones, conduciendo a vuestras valientes tropas por el camino de la gloria, y unidos a nuestros hermanos del interior, arrojad al odio extranjero que con su inmundicia ha profanado el suelo de nuestro hermoso México; destruid esa farsa llamada "Corte Imperial de Maximiliano"; derrumbad ese trono que ya tiembla al oír vuestra voz robusta y varonil; afianzad nuestra independencia y libertad, y la generación presente, y las generaciones venideras bendecirán vuestros ilustres nombres y la Patria agradecida os colocará al lado de los ínclitos Hidalgo, Morelos, Zaragoza, declarándolos beneméritos héroes de nuestra segunda independencia.

Ciudadanos: (al pueblo) ¡Viva la República Mexicana! ¡Viva el Supremo Gobierno Nacional! ¡Viva el valiente Ejército del Norte! ¡Viven sus beneméritos caudillos!.

Después del licenciado Garza y Melo ocuparon la tribuna las señoritas Elvira Sánchez Zambrano y Margarita Prado, saludando la primera al joven general Jerónimo Treviño y pronunciando la segunda la siguiente

#### COMPOSICIÓN

Truene mi voz cual encendido rayo  
Contra la Francia y Napoleón Tercero  
Y su feroz ejército altanero  
Que en derrota mirara el sol de Mayo.

Truene sin tregua, con vehemente acento,  
Contra sus viles siervos corrompidos  
Que a su déspota imperio sometidos  
De su ambición han sido el instrumento.

Pese la execración de todo el mundo  
Sobre esos monstruos crueles y malvados  
Que a las playas de México lanzados  
Han su encono cebado furibundo.

Hanse teñido sus nefandas manos  
Con la sangre de mártires preciosa...  
Y esa matanza horrible y espantosa  
Ha sido de patriotas mexicanos.

De dolor rebosando y de ira mi alma  
Se han secado mis lágrimas ardientes.  
¡A la lid! ¡A pelear, héroes valientes!  
Y aún otra ganaréis gloriosa palma.

Henchidos de ardimiento y de coraje  
Vuestros serenos pechos, valerosos  
Volaréis sin tardanza, presurosos,  
A vengar tanta sangre, tanto ultraje.

Y en los gloriosos campos de batalla  
Gloriosos se alzarán vuestros pendones,  
Porque el Señor de Reyes y Naciones  
Doquiera que peleéis propicio se halla.

Y fugitiva esa cobarde tropa  
De los rifles del libre mexicano,  
Maldiciendo el capricho del tirano  
Avergonzada volverá a la Europa.

Con horribles colores las hazañas  
La historia escribirá de estos campeones;  
Galos esclavos ¡Pese a sus blasones!  
Del Nerón que devora sus entrañas.

Libre patria de Hidalgo y de Morelos,  
Hasta tu cielo hermoso se alza humeante  
La pura sangre del patriota amante  
Que en tus aras rindió vida y desvelos.

¿Y a los traidores? ¡Ah, desventurados!  
¡Atrás, oh, fratricidas! Quién creyera  
Que en su desgracia México tuviera  
¡Hijos espurios, viles y malvados!

¿Cómo esas negras páginas luctuosas  
de nuestra historia, oh, Dios, borrar podremos?  
¿Cómo olvidar los bárbaros extremos  
De sus negras venganzas horrorosas?

Sin tardanza perdón arrepentidos  
Pedirán confesando sus errores...  
Muy agudos han sido sus dolores  
¡Oh, Patria! por tus hijos fementidos.

Y lejos de tu suelo idolatrado,  
Consumidos de cruel remordimiento  
Vivirán con el hórrido tormento  
De haberte sin piedad asesinado.

Tu faz aparta, ¡cara Patria mía!  
De maldad tan atroz, y con tu manto  
Cubre a tus fieles hijos y tu canto  
Sea de gloria en tan hermoso día.

Con las sienes de lauros ceñidas  
En pelear proseguid invencibles;  
No soltéis vuestras armas terribles  
Mientras tanto que hubiere un francés.

Por ciudades y campos desiertos  
En pos de él sin descanso volad...  
Nuestro grito será: ¡Libertad!  
Y la gloria: ¡a los galos vencer...!

Pasadas estas felicitaciones presentaron las muchachas reineras los laureles y flores a los generales, jefes y oficiales. Estos a su vez los entregaron al general Escobedo, quien procedió a colocarlas en las banderas victoriosas.

La señorita Refugio Pérez-Maldonado obsequió también al general Treviño una banda tricolor, con un águila exquisitamente bordada en relieve. Recibida afectuosamente por Treviño la cedió a Escobedo quien, luego que concluyó de coronar las banderas, subió a la tribuna y expresó a Monterrey su agradecimiento por tan brillante recepción, exhortando al pueblo a continuar en la lucha hasta consumir la total restauración de la soberanía nacional.

Habló en seguida el general Rocha protestando no dejar las armas hasta morir o ver a México libre e independiente. Terminado su discurso, pasó la comitiva en medio de una valla de honor al Palacio de Gobierno. Momentos después y según costumbre invariable en estos actos, se dirigió a la catedral en la que el señor Deán entonó un solemne *Te Deum*, para volver al Ayuntamiento donde se sirvió un almuerzo a la oficialidad.

He aquí algunos de los versos populares que con profusión fueron esparcidos en las calles al hacer su entrada el Ejército del Norte:

¿A quién el pueblo gozoso  
Manifiesta hoy su cariño  
con júbilo estrepitoso?  
A Escobedo valeroso,  
Al denodado Treviño.

¿Veis aquellos que ordenados  
Marchan a tambor batiente  
Llena de polvo la frente  
Y de fatiga abrumados?  
Son los valientes soldados,  
Los hijos de Nuevo León,  
Que poco ha dura lección  
Dieron a muchos traidores  
Y hoy cual bravos vencedores  
Reciben su galardón.

Venid triunfadores  
Ilustres leoneses  
Que ya los franceses  
Esquivan la lid.

Ya van desengañados los esbirros  
Del iluso y tirano Napoleón  
Que no es posible doblegar el cuello  
De los hijos del libre Nuevo León.

Venid generosos  
Valientes guerreros,  
Venid nuestros fueros  
A restablecer.

Una dama de Monterrey compuso los siguientes:

AL C. GENERAL MARIANO ESCOBEDO

Escobedo tuviste la gloria  
De vencer al traidor insolente  
Y de verle humillada la frente  
Ante ti, valeroso campeón.



Es tu nombre el terror del tirano  
Tus virtudes admira la Europa  
Bendiciones a ti y a tu tropa  
Les prodigue la mano de Dios.

AL C. GENERAL JERÓNIMO TREVIÑO

Tú has sufrido muy duras fatigas  
Con que quiso probarte la suerte,  
Mas tú firme arrostraste la muerte  
Y triunfaste del vil invasor.

Hoy la Patria con gran entusiasmo  
De mil lauros corona tu frente,  
Pues supiste, oh, noble valiente,  
Al francés infundir el terror

## XIV

ESCOBEDO ORGANIZA EL GOBIERNO DE NUEVO LEÓN.  
RESTABLECIMIENTO DEL COLEGIO CIVIL.  
ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA.  
NUEVO MUNICIPIO.

Las precisas atenciones que ameritaba el ramo militar, de que seguía siendo comandante, hicieron a Escobedo facultar a su secretario, licenciado Juan C. Doria, encargado de la Secretaría General de Gobierno, para ejercer todas las funciones de la administración interior en sus frecuentes salidas.

Hizo cesar las jefaturas políticas y comandancias militares creadas durante la ocupación de los franceses, e instalado el gobierno del estado, la Constitución y las leyes recobraron todo su valor.

Depuso de sus cargos a los integrantes del antiguo Tribunal designado para formar el nuevo al licenciado Simón de la Garza y Melo, como presidente; como magistrados a los licenciados Jesús M<sup>a</sup> Martínez y Manuel P. de Llano; al licenciado Francisco Quiroz y Martínez como fiscal; y, como jueces de las distintas fracciones judiciales, a los licenciados Jesús Dávalos, Canuto García, Rafael Treviño Garza, Genaro Echevarría, José Ortega y Trinidad de la Garza y Melo.

Organizó asimismo el Ayuntamiento de la ciudad, de cuyos cargos tomaron posesión el 21 de agosto Teófilo Dávalos, José M<sup>a</sup> Zambrano, Félix Grimma, Eduardo Zambrano, Jacobo Ramos, licenciado Jesús M<sup>a</sup> Salinas y Carlos M<sup>a</sup> Ayala.

Una de sus principales preocupaciones fue la reapertura del Colegio Civil, centro de cultura que el gobierno imperial había clausurado convirtiéndolo en cuartel, despojándolo de su mobiliario.

El benemérito doctor Gonzalitos, en su informe de 1867, dice que Escobedo, tres días después de su entrada a Monterrey:

Dictó órdenes más terminantes para el restablecimiento del Colegio, facilitando los necesarios auxilios, a pesar de las notorias y apuradas circunstancias del erario. –Agregando– ¡Qué diferencia de procedimientos! ¡Qué contraste!

Un alienígena que nada en la abundancia rodeado del esplendor del trono, ocupa los fondos de instrucción pública y manda que en los Departamentos no se enseñen facultades mayores, a título de iniciarnos en la ciencia del buen gobierno; y un patricio, un soldado de la libertad, cuando apenas tiene con qué sostener escasamente a sus fieles compañeros de armas, y sin desechar todavía el cansancio ni sacudirse el polvo de los combates, solo piensa en restablecer a todo trance la educación pública con la plenitud de libertad que exige nuestro dogma político: La enseñanza es libre.

Encomendó su dirección al mismo doctor González y no escatimó esfuerzos por contribuir a su resurgimiento. En una comida que le ofreció el vecindario de la villa de Santiago el 28 de agosto, luego de brindar por dicho pueblo

que durante la campaña prodigó sus recursos a la causa contra el invasor, contra el tirano que cerraba las fuentes de la ilustración en que el mexicano pudiera aprender a distinguir la humillación de los pueblos gobernados por déspotas extranjeros, de la dignidad de hombres libres, dijo que había que fundar escuelas en las que se inspiraran a la juventud ideas de patriotismo y amor a los héroes; que el Colegio Civil había sido cerrado pero que para su resurgimiento no se necesitaban grandes sacrificios de cada ciudadano en particular; que una tabla, una viga, un clavo que diese cada uno serían suficientes para lograr este fin.

¡La crónica de este homenaje a Escobedo en la villa de Santiago, en que se recordó con veneración el heroísmo de Urbano Cantú, no señala el nombre de una señorita que brindó “porque ninguna joven diese su mano al que no fuese capaz de empuñar su acero y teñirlo con sangre francesa...!”.

Después de su visita al antiguo valle del Huajuco, en los primeros días de septiembre fue invitado Escobedo por las autoridades y pueblo de Montemorelos, patriota población que, agradecida, obsequió entusiasta a los vencedores de Santa Gertrudis, quienes estuvieron de nuevo en Monterrey para celebrar el aniversario de la independencia.

El 15 por la noche se efectuó la ceremonia cívica en el teatro del Progreso. El doctor Esteban Tamez, secretario de la Junta Patriótica, leyó el acta de Chilpancingo y el general Escobedo vitoreó a los héroes y al presidente Juárez.

A las cuatro de la tarde del día siguiente, en el mismo teatro, tuvo lugar un nuevo festejo. El licenciado Simón de la Garza y Melo pronunció brillantísimo discurso y hablaron también de las glorias nacionales Manuel Gordette y Pedro J. Morales.

Del teatro se encaminó después la concurrencia al Colegio Civil, en cuyo frontispicio colocó el general Escobedo un busto del presidente Juárez, obra del escultor Mateo Matei. El general Herrera y Cairo y el comandante Barrón pronunciaron las oraciones patrióticas, y los jóvenes poetas Hermenegildo Dávila y Cayetano E. Treviño desgranaron su inspiración.

Subió en seguida a la tribuna don Mariano Escobedo –dice el *Periódico Oficial*– y con el acento que dan la firmeza de principios y la intención constante de procurar el bien de los pueblos; y con la elocuencia que producen la convicción y el sentimiento, dijo: “que al colocar el busto en el plantel que el gobierno destinaba para la educación de la juventud nuevoleonesa, abrigaba la esperanza de que los jóvenes sabrían aprovechar las saludables lecciones que el C. Presidente había escrito, con la conducta de un héroe, en las páginas de nuestra historia. Que el mejor adorno del colegio sería la imagen del hombre que estaba consagrado ya, aún por las naciones extranjeras, como uno de los más avanzados en ilustración y un genio de su siglo. Que la colocación del busto testimoniaba la gratitud del Ejército del Norte a la constancia y amor a la Patria. Vitoreó a los héroes y el pueblo prorrumpió en estrepitosas vivas y entusiastas palmoteos.

A sus ideas de progreso débese también que, el 19 de octubre de ese mismo año de 66, decretara su gobierno la canalización de las aguas de los ojos de Santa Lucia. Desde tiempo inmemorial constituía una seria amenaza a la salud; y conforme el proyecto presentado por la Junta de Higiene designada por el Ayuntamiento, se aprobó una primera erogación de veinte mil pesos para la iniciación de los trabajos.

En ocasión del mismo aniversario de la independencia, el Congreso decretó con fecha 16 de septiembre, la erección de un nuevo distrito municipal. Este quedó compuesto por la congregación de San José, los ranchos de San Francisco y San Lázaro y las minas del Dulce Nombre y La Joya, titulándosele: Villa del General Zaragoza, en honor del héroe del 5 de Mayo.

No obstante que la Ley de 16 de agosto de 1863 prevenía la confiscación de bienes a los que directa o indirectamente hubieran servido al imperio, solo

aplicó sanciones de quinientos pesos a algunos magistrados del depuesto Tribunal.

El 30 de julio Julián Quiroga enviaba desde Saltillo una carta al general Escobedo, manifestándole

que desde que entró al servicio de las armas había estado en acecho de una oportunidad para utilizarlas en favor de la patria, pero que se habían encadenado las cosas de manera que no lo había podido hacer y que, cambiadas notablemente, ofrecía sus servicios y los de Máximo Campos a los hombres de Nuevo León, prometiendo enviar hasta la fábrica La Aurora un comisionado con quien daría mayores explicaciones.

La indignación y el silencio fueron la única respuesta de Escobedo.

## XV

### ESCOBEDO EN SU CUARTEL GENERAL DE LINARES. SEGUNDO SITIO DE MATAMOROS. SUBLEVACIÓN DE CANALES.

Impuesto con satisfacción el presidente Juárez de la desocupación de Matamoros, Monterrey y Saltillo, felicitó a Escobedo y a su ejército en nombre de la patria, y no solo aprobó su nuevo plan de campaña, sino que le autorizó a disponer de los productos de las aduanas fronterizas de Mier y Laredo para la atención de sus fuerzas.

Estas habían sido ya convenientemente provistas de excelente equipo, auxiliándose también a las que marcharon sobre Zacatecas, Durango y San Luis Potosí. Treviño, al mando de su división, avanzaba ya sobre este último estado, hacia donde se retiraban en completa desmoralización las huestes francesas.

En sus asiduas tareas por la reorganización del ejército, Escobedo fue a su cuartel general en Linares.

Apenas se supo de su próximo arribo, dispuso la ciudad una recepción. El cariño del Ejército del Norte, principalmente de la división de infantería, hacia esta población, era entrañable, porque Linares, "cual una madre cariñosa, alimentó a sus desfallecidos hijos; y cuando hubieron recobrado sus fuerzas, como una madre espartana les enseñó el deber que tenían de combatir por la patria". Linares, por su parte, veía en Escobedo

a su caudillo en el combate, su director en los movimientos y su compañero en toda la penosa y larga campaña; y a quien mil veces habían visto infatigable en el trabajo, solícito en procurar la moralidad y disciplina de los soldados, en proveerlos de alimentos, de vestuario y de materiales de guerra y hacer frente con abnegación a obstáculos gravísimos que se tenían casi por invencibles.

A las diez de la mañana del día 21 salió una nutrida comisión a recibirle, obsequiándole con un almuerzo en la hacienda de Camacho y haciendo su entrada a la

ciudad a las cuatro de la tarde, en medio de dos columnas de niños de las escuelas y de gentes del pueblo.

Gallardetes, colgaduras y retratos de héroes engalanaban los balcones. A su paso por un hermoso arco triunfal fue simbólicamente coronado por la niña Luisita Gómez, quien le dirigió “una alocución enternecedora”. En medio de los vivas y aclamaciones del pueblo pasó la comitiva a la iglesia parroquial y concluido el acto religioso que se tenía dispuesto volvió a la plaza. El licenciado Salvador González le dio la bienvenida en nombre del Ayuntamiento. Habló después el general Escobedo “quien, con voz firme, aunque muchas veces conmovida por las fuertes emociones de ese día”, expresó su reconocimiento a la ciudad “que en días aciagos había cubierto la desnudez del soldado, abrigándolo, calmando su hambre y aún más enviando a la lucha a muchos de sus hijos”.

Por la noche varias músicas recorrieron la ciudad dándole serenatas. Los edificios públicos estuvieron profusamente iluminados, algunos con los colores nacionales.

Al día siguiente, durante el almuerzo que le fue obsequiado, se desprendió del pecho la medalla de las Cumbres de Acultzingo y la donó a la ciudad. Esa misma noche hubo un lucido baile en los salones de la escuela y en la plaza. Una comisión de señoritas se acercó a él para devolverle la medalla con la súplica de que la ostentara en su pecho hasta que no hubiera invasores a quienes combatir, y él aceptó el depósito diciendo que solo muerto se la arrebatarían. “Dios me dé vida –agregó– para poder decir a mis amigos: el pueblo de Linares conserva con aprecio la medalla que le ofreció el general en jefe que era del Cuerpo del Ejército del Norte en el año de 1866”.

Todo estaba listo para que el general Escobedo marchara a unirse a las fuerzas avanzadas sobre el interior, pero sucesos que pudieron haber sido fatales, impidieron su salida.

La capitulación de Matamoros, arbitrariamente celebrada por Carvajal con Mejía a raíz de la victoria de Santa Gertrudis, mereció la absoluta reprobación del presidente Juárez, quien el 4 de agosto dispuso que pasara a responder de su conducta.

El coronel Servando Canales, en su ambición de mando y secundado por el Ayuntamiento de aquella ciudad, provocó un movimiento militar de la guarnición de la plaza, que lo elevó a la primera magistratura del estado, al quedar destituido Carvajal. Pero Juárez había designado ya para este cargo al

general Santiago Tapia, cuartel maestro del Ejército del Norte, quien salió de Monterrey en los primeros días de septiembre. El día 7 llegó a Matamoros. Transmitidos a Canales sus despachos eludió este su reconocimiento hasta saberse la resolución del gobierno respecto de su actitud. Esta se recibió desfavorable a Canales a quien se ordenaba reconocer a Tapia. “La autoridad –decía Juárez en carta dirigida a este último jefe– no ha de establecerse por la violencia de la fuerza armada, sino por las leyes que emanen del voto libre de los ciudadanos”.

Sin embargo, reuniendo Canales a sus jefes y oficiales, se rebeló, obstaculizando con esto las operaciones sobre el interior y provocando graves conflictos en días tan difíciles para la nación.

Encomendada al general Escobedo la sumisión de este jefe tamaulipeco delegó el gobierno de Nuevo León en el licenciado Manuel Z. Gómez el día 8 de noviembre, marchando a Matamoros con 1500 hombres. Emprendía apenas su marcha cuando le fue comunicada por el licenciado León Guzmán, secretario particular del general Tapia, la noticia de la muerte de este ameritado militar, acaecido en Arroyo del Lobo la noche del 9, víctima de un ataque del cólera.

No obstante, las facultades de que estaba investido, a nadie nombró para substituirlo, sino que apresuro su marcha para encargarse de solucionar personalmente aquellas dificultades.

En vista de la imputación que se le hacía, en el sentido de que lo que Nuevo León pretendía era esclavizar a Tamaulipas atentando contra su soberanía, el 22 de noviembre lanzó en Matamoros un manifiesto expresando la misión que llevaba de someter a Canales y el sentimiento que le causaba el desatender la campaña contra el invasor.

A su llegada a dicha población fronteriza pasó a Brownsville a invitación que le hiciera el general Thomas D. Sedgwick, comandante del Subdistrito de Río Grande, quien luego de haberle manifestado su esperanza de un arreglo pacífico en este conflicto, le ofreció su más absoluto respaldo.

Disponía su plan de operaciones cuando supo, por el mismo Sedgwick, sus convenios celebrados con Canales en el sentido de que este, a cambio de garantías para él y los suyos, entregaba la plaza a las fuerzas americanas, a consecuencia de la protesta que estos hicieron por las facultades libradas por Canales a sus soldados para arbitrarse recursos de donde los hubiera, provocando con ello el desorden.



Desconociendo Escobedo la intervención extranjera en los negocios de México, con violación del derecho internacional, envió a los licenciados León Guzmán y Juan de Dios Arias a pedirle explicaciones. Sedgwick ofreció darlas personalmente al general Escobedo de quien pedía una entrevista. Celebrada esta, el jefe americano ofreció avisarle de la retirada de sus fuerzas, dejándolo en absoluta libertad de operar sobre Matamoros, ocupada por ellos "con el objeto de cuidar de los intereses de los americanos allí residentes".

Este aviso se hizo esperar demasiado. Las fuerzas americanas continuaban en la ciudad, amparando ostensiblemente a los rebeldes. Escobedo comunicó entonces a Sedgwick las órdenes terminantes que del gobierno de México tenía para ocupar Matamoros, requiriéndole para que le pusiera en posesión de la ciudad que consideraba invadida; agregando:

Sus habitantes e intereses quedaran tan garantizados bajo mi autoridad como pueden estarlo bajo la más vigilante y circunspecta. Respecto del señor Canales y las fuerzas que le obedecen, si usted quiere darles protección, no puedo impedir que lo haga bajo su responsabilidad en territorio de los Estados Unidos.<sup>2</sup>

A tan categórica resolución siguieron nuevas comunicaciones entre ambos jefes, Escobedo accedió a que el extranjero destacara un piquete de 50 o 60 hombres protegiendo los intereses de los suyos y evitando la salida de los rebeldes, a condición de que arriara la bandera americana.

Al amanecer del día 27, dispuestas las columnas republicanas al asalto, hubo indignación. La bandera americana no había sido retirada. Escobedo, que había recurrido a todos los medios para evitar un conflicto internacional y considerando que tal intervención comprometía el decoro de México, mandó romper el fuego. Llevados de su entusiasmo avanzaron los nacionales hasta los fosos mismos del enemigo, empeñando reñidísimo combate en el que cayeron muchos de los atacantes, entre estos el valiente general Albino Espinosa.

Tocado parlamento por los sitiados cesó el fuego. Con bandera blanca acercáronse hasta Escobedo un oficial americano y dos mexicanos, previniéndole no tomar la plaza por estar bajo la protección de la bandera y tropa de los

---

<sup>2</sup> "Documentos relativos al sitio de Matamoros", *Periódico Oficial de Nuevo León*, diciembre 1866, enero 1867.

Estados Unidos. A esto el general en jefe contestó que no hacía más que cumplir con su deber y que no reconocía derecho alguno para hacer tal intimación.

Recomenzó el combate, pero con resultados funestos. Los sitiados, aprovechando el lapso de la entrevista habían recuperado sus parapetos. Escobedo dispuso tocar retirada por no exponer sus fuerzas a un seguro aniquilamiento a causa de la deslealtad de Sedgwick, quien cínicamente mandó ofrecer sus médicos para curar a los heridos.

Indignado rechazó Escobedo esta oferta en una enérgica nota enviada al jefe americano, quien atribuyó a errores de sus intérpretes la participación de sus fuerzas en la acción de armas: excusas que fueron ratificadas más tarde con amplias explicaciones dadas por Sedgwick al licenciado Arias.

El conflicto pareció solucionarse.

A las dos de la mañana del día 1º de diciembre el coronel Canales, acompañado de su padre el licenciado don Antonio y de dos oficiales, se presentó en el cuartel general ofreciendo a Escobedo la entrega incondicional de la plaza.

Algunos autores califican de imperdonable la actitud de Escobedo para con Canales que, habiendo caído ya bajo la sanción de la ley de 25 de enero, fue recibido no como jefe rebelde, sino como amigo extraviado. Se le dejó en el mando de la fuerza sublevada que fue provista de lo necesario e incorporada al ejército que emprendía la campaña sobre San Luis Potosí y que, reincidiendo, se sublevó más tarde prosiguiendo sus desórdenes en Tamaulipas.

Escobedo encomendó a Cortinas la persecución y pasó a ocupar Matamoros, haciendo renacer la tranquilidad y el orden. Dispuso la subsistencia de las comandancias militares repartiéndolas en tres distritos, cuyo mando encomendó a los generales Felipe Berriozábal y Ascensión Gómez y al coronel Francisco Vargas.

Durante su permanencia en Matamoros, pasó a entrevistarle el general Sheridan reprobando la actitud de Sedgwick contra las instrucciones que se le tenían dadas. El 9 de diciembre recibió también la visita del señor Lewis D. Campbell, ministro plenipotenciario de los Estados Unidos en México, acompañado del general W. F. Sherman, quienes le expresaron ser muy satisfactorios sus sentimientos hacia la causa republicana.

## XVI

### AVANZADAS SOBRE EL INTERIOR. ESCOBEDO SALE A PONERSE AL FRENTE DE LAS FUERZAS. DESPEDIDA.

Resuelto este conflicto "...que dejaba expeditos a los defensores de la Independencia Nacional –dice el parte oficial– para encaminarse al interior del país y realizar la grande obra de la salvación de la Patria", se movilizaron las fuerzas hacia Monterrey.

Puso en camino el general Escobedo armas y municiones que daban carga para 80 o 90 carros. "La salud de la Patria –decía– depende de las armas y es necesario armar a los pueblos".

Las tropas y trenes de equipo de guerra entraron a Monterrey el 31 de diciembre de 1866. Al 1<sup>er</sup> Batallón de Guardia Móvil del Estado, le fue obsequiada una hermosa bandera costeadada por el Ayuntamiento y que el coronel Miguel Palacios recibió de manos del gobernador, licenciado Manuel Z. Gómez.

Mientras tanto, la división que al mando de Treviño operaba sobre San Luis Potosí obtenía frecuentes victorias y paso a paso rechazaba las fuerzas invasoras.

Los infatigables Cepeda, Martínez y Naranjo no daban tregua al enemigo y asediaban Matehuala, ocupada por los imperialistas Quiroga y Campos quienes al fin salieron de ella el 28 de octubre.

Naranjo salió a hostilizarlos hasta la hacienda de Bocas, con su 1a. Brigada de Coahuila y 1<sup>a</sup> y 3<sup>a</sup> de Nuevo León, oportunamente auxiliadas por los Carabineros de Lampazos. En el combate de Bocas hicieron al enemigo 43 prisioneros y le causaron más de 20 bajas entre muertos y heridos.

En carta particular del coronel Pedro Martínez al general Escobedo le dice en tono festivo: "...están nuestros soldados muy orgullosos; tanto a franceses como a traidores les zurren la badana cada vez que se ofrece..."

A consecuencia de la ocupación de Guadalajara por el general García de la Cadena el 26 de diciembre, después de su triunfo en San Juan de los Lagos, la

capital de San Luis fue evacuada por los imperialistas. El general Treviño la ocupó el 2 de enero en medio del regocijo de sus habitantes.

El gobierno general, desocupada toda esa región, lograba al fin salir de Chihuahua el 10 de diciembre e instalarse en la ciudad de Durango, donde fue apoteóticamente recibido el 26.

Permanecer más tiempo en Monterrey era dar tregua al enemigo. Su deber consistía en ponerse al frente de sus tropas para dirigir sus movimientos sobre el invasor.

El día 7 de enero de 1867, dispuso el general Escobedo las cosas relativas a su salida y, al despedirse del gobernador y de sus amigos se encontró con que se le tenía preparada una reunión de despedida en el hotel de San Fernando de la calle del Teatro, esquina noroeste de las actuales calles de Hidalgo y Escobedo.

En su honor hubo allí brindis entusiastas. El gobernador alzó su copa el primero, proponiendo que "así como salvó el lapso de mil penalidades y miserias desde el comienzo de la campaña hasta ese día, afrontase la que esta vez se iniciaba y tornara al Estado duplicando sus laureles y con un nombre digno de los héroes de nuestra Independencia".

Habló luego Rodolfo Dressel, norteamericano residente en esta ciudad, suce-diéndole en la palabra el licenciado don Juan de Dios Arias, quien con consonantes forzadas que le apuntó otro de los asistentes improvisó el siguiente:

#### SONETO

La Francia ante los libres vale	nada
Que hablar entre los libres se le	veda
Al tener yo la lira de	Espronceda
Dijera que la Francia es carne	asada
Sale Escobedo, ante su invicta	espada
La Francia no se arrastra, sino	rueda
Y más blanda que un guante y que la	seda
Todo el mundo le niega una	palmada
Pobre Francia, perdiste la	partida
Y tuviste un entierro en vez de	boda
Juzgándote coqueta y muy	querida
Vete chica, por Dios, no estás de	moda
Que mi Patria tan libre cual	sufrida
De su gloria ya canta la épica	Oda.

Los jóvenes poetas nuevoleonese Cayetano E. Treviño y Hermenegildo Dávila, vertieron también su inspiración; el primero pronunció unos versos en recuerdo de los héroes y Hermenegildo Dávila, dijo el siguiente:

#### BRINDIS

Contemplo allí una virgen seductora,  
De tez rosada, de mirar risueño,  
Más que los rayos de gentil aurora;  
En sus manos de nácar  
Tiene mil palmas de laurel tejidas,  
Que, de resplandores nítidos circundas,  
Llenan de admiración al mundo entero;  
El dedo de esa virgen, que es la fama,  
En ellas estampó líneas brillantes,  
Que al mexicano dicen; ¡Salve, Gloria!,  
A los bizarros ínclitos guerreros  
Que vencieron la chusma maldecida,  
Que Napoleón lanzó de aventureros  
Para manchar nuestra querida Historia,  
Para privar a México de vida;  
Que el no gozar de dulce independencia  
Es estar de la tumba en la existencia.

Funesto error. ¡Los viles asesinos  
Que incendiaron los campos de mi Patria,  
Que dieron muerte al digno mexicano,  
Porque sentía férvida ternura  
De esta Patria anegada en desventura  
Esos esclavos, réprobos verdugos  
Que nos mancharon con su vil aliento,  
Vivirán en su suelo  
Llorando de dolor de noche y día  
Y les dará el quebranto su dolencia;  
Porque llevan un Juez, que es la conciencia  
Que les hará escuchar los dolorosos

Lamentos de las víctimas queridas  
Que en su enojo en la huesa sepultaron,  
Que al verlas ya sin vida  
Frenéticos de gozo se llenaron.

Dignos sicarios del imbécil déspota,  
Que se sienta en las márgenes del Sena,  
Del Tercer Napoleón, el orgulloso,  
El fermentado, bárbaro, asesino.  
¿Dónde están los laureles de Magenta  
Que trajisteis acá y de Solferino?  
Hoy los huella el patriota más potente  
En su infortunio mismo, que vosotros  
En medio a la opulencia del tirano  
Que quiso sujetar al mexicano,  
Con cadenas de oprobio  
A las gradas del trono aborrecido  
Del iluso y servil Maximiliano.

Mas ya os miró con ira la victoria,  
Que no concede al cruel jamás el triunfo  
Y ya palpó vuestro señor que el yugo  
Que trajo para México era débil  
Que se hizo polvo al choque poderoso  
Del que, en febril deseo de venganza,  
Por el honor de Anáhuac y la gloria,  
Hoy infundiéndoos el temor avanza;  
Avanza, no perdona  
Desvelos, ni fatigas, que es su anhelo,  
Lavar con vuestra sangre, de mi patria  
La horrible mancha impura,  
Que en su rostro estampó vuestra locura.

A tal te lleva plácido el Destino  
Impávido guerrero,

Cumple pues tu misión cual Zaragoza,  
Sigue esa senda que, de honor y gloria  
De mi patria adorada  
Te traza con amor dedo divino.  
Corona con laurel el estandarte  
Que el pueblo te confía;  
Circúyelo de lampo centellante  
Humillando al francés cruel y arrogante  
Y nunca olvides, nunca  
Que el no gozar de dulce independencia  
Es estar de la tumba en la existencia...!

Terminadas las demostraciones de afecto, Escobedo tomó la palabra para decir que brindaba porque todos sus amigos que lo escuchaban, "le recordasen siempre que como en aquellos instantes desatendía sus ocupaciones: que él no se pertenecía a sí mismo, sino al interés público; que agradecería mucho que en tales casos se le dijera: ya es tiempo de que nos dejes, para que sigas en el cumplimiento de tu deber; que tales demostraciones serían para él, en la boca de sus amigos, la mejor muestra de aprecio...".

Hubo de nuevo expresivas despedidas y algunos amigos le acompañaron hasta la salida de la diligencia que, dos horas después, le conducía a San Luis Potosí.

También como despedida al general Escobedo, se tenía preparada en Monterrey una función teatral por la compañía de Antonio Siliceo.

No obstante haber salido el general, este homenaje se verificó tres días después con mucho éxito en el teatro del Progreso, representándose con toda propiedad el drama histórico titulado "La Independencia de Milán" o "La Rendición de los Franceses", de Ventura de la Vega.

Como primer número se cantó el Himno Nacional por toda la compañía en trajes de guerreros nacionales, presentando las armas al pabellón mexicano, sostenido por Eloísa Siliceo, vestida de vivandera. Esta misma artista al final de la función cantó brillantemente la hermosa aria de la ópera "La Dama de las Camelias", "La muerte de Traviata".

Por "los crecidos gastos que demandó la función" los precios de entrada fueron los siguientes: palcos y plateas con ocho asientos, \$8.00; luneta y balcones, \$1.00; lunetita en galería, tres reales y entrada general a galería dos reales y medio.

## XVII

### ESCOBEDO, JEFE DE LAS OPERACIONES EN SEIS ESTADOS. BATALLA DE SAN JACINTO.

Doce días después de su salida de Monterrey llegó Escobedo a San Luis Potosí.

Su presencia bastó para infundir nueva confianza en el éxito de las operaciones militares. El pueblo potosino se regocijó con la llegada del caudillo del Ejército del Norte. Por disposición del gobernador hubo fiestas e iluminaciones públicas en los días 19, 20 y 21.

El Presidente Juárez depositando en él la más firme esperanza, le confirió además del mando y facultades como general en jefe del Ejército del Norte, el mando superior de todas las fuerzas de los estados de Querétaro, Guanajuato, San Luis Potosí, Aguascalientes y Zacatecas, en cuya virtud los gobernadores de dichos estados deberían cumplir las órdenes que dictara en relación a las operaciones de guerra que se hicieran durante la campaña.

Por ausencia del ministro de la Guerra firmó este despacho el de Relaciones, licenciado Sebastián Lerdo de Tejada, el día 28 del mes de enero en Ciudad García (Jerez), donde a la sazón se hallaba el Gobierno Nacional.

El joven general Jerónimo Treviño se había apoderado de la capital potosina, pero al mismo tiempo se había visto obligado a permanecer en ella reorganizando sus fuerzas, insuficientes para hacer frente a las columnas de Mejía.

Este y el imperialista Liceaga, aniquilado en Guanajuato por las tropas de Florencio Antillón, contramarcharon a Querétaro donde empezaban ya a concentrarse casi todos los elementos militares de que disponía el imperio.

De esta ciudad hacían frecuentes salidas a los lugares hacia donde avanzaban las fuerzas republicanas.

En su cuartel general de San Luis tuvo noticia el general Escobedo de que, con dirección a dicha ciudad y a la de Zacatecas, se habían movilizado en Querétaro dos fuertes columnas a cuyo frente venían los generales Miguel Miramón y Severo del Castillo.



Enviar sus fuerzas en auxilio de Zacatecas donde se encontraba el Gobierno General significaba dejar la ciudad de San Luis debilitada y a merced de Castillo, quién simulando un ataque sobre dicha población, fácilmente podría acudir a reforzar a Mejía por los diversos caminos que había a Zacatecas; o bien, atacar indistintamente cada columna ambas poblaciones.

Previstas estas probables operaciones y a fin de evitar toda sorpresa, protegió la plaza de San Luis con la 2ª División que puso al mando del licenciado y general León Guzmán, seccionándola en los poblados de San Felipe, San Bartolo y San Francisco, en observación de los movimientos de Castillo.

Jerónimo Treviño se movilizó a Zacatecas con la 1ª División compuesta de las tres armas y auxiliado por el general Arce, quien quedó en Mezquitic desde donde reforzaría a cualquiera de las divisiones.

En tanto se efectuaban estas operaciones, Miramón se apoderó de Zacatecas, desalojando de ella al Gobierno.

Dejando en San Luis al general Francisco Paz, comandante general de Artillería, decidió Escobedo salir a ponerse al frente de las fuerzas que marchaban a Zacatecas. Con la columna de Arce emprendió su salida a marchas dobles, alcanzando a Treviño en Salinas del Peñón Blanco. De allí siguió hasta la hacienda del Carro por el camino central de los tres que iban a Zacatecas, con ánimo de encontrar a Miramón.

Organizadas convenientemente sus fuerzas en este lugar, en la madrugada del 31 de enero avanzó hasta Santa Elena, donde le fue comunicada la violenta desocupación de Zacatecas por Miramón que marchaba rumbo a Aguascalientes. Haciendo este una travesía fue alcanzado por las columnas republicanas como a las diez de la mañana del día 1º de febrero, en San Diego, lugar donde tomaron posesiones ambos contendientes. Iniciado un primer ataque, Miramón se vio obligado a contramarchar hasta San Francisco, situado a inmediaciones de la hacienda de San Jacinto, a doce leguas de Aguascalientes.

Envueltos sus flancos por las caballerías de Blanco y Martínez, cargó Escobedo por el centro de la línea, apoyado por Treviño y por los cuerpos Carabineros de Parras, Legión del Norte y Cazadores de Galeana. El encuentro duraría apenas diez minutos, al cabo de los cuales era completa la victoria para las fuerzas republicanas, que tuvieron 35 muertos.

Miramón, perseguido por las columnas de Treviño y Martínez, logró escapar con algunos de los suyos y unirse a Castillo, dejando en el campo de batalla

142 muertos y 476 prisioneros. Sufrió además la total pérdida de su artillería, armamento, municiones, equipajes y pertrechos de guerra.

Los prisioneros en su casi totalidad, se refundieron en las filas mexicanas. Muchos de los extranjeros fueron canjeados terminada la guerra de intervención; pero, para aquellos a quienes se comprobó ser autores de los atentados y crímenes perpetrados en Zacatecas, decretó el general Escobedo su ejecución, “por hacerse indispensable –dice la orden respectiva– presentar en ellos un ejemplo que satisfaga la vindicta pública”.

## XVIII

### ACCIÓN DE LA QUEMADA. INICIACIÓN DEL SITIO DE QUERÉTARO. ENTRADA DE JUÁREZ A SAN LUIS POTOSÍ. ANÉCDOTAS DEL GENERAL ESCOBEDO.

Tras la victoria republicana, el imperialista Castillo movilizó sus tropas a Querétaro. El general Anacleto Herrera y Cairo que había tomado el mando de la división de León Guzmán por enfermedad de este, salió de San Luis Potosí a hostilizarlo. En la hacienda de la Quemada el 3 de febrero sostuvieron un encuentro que fue adverso para las fuerzas nacionales. En esta jornada murió el general Herrera y Cairo.

Miramón, después de su derrota en San Jacinto, marchó por Ojuelos a reunirse con Castillo, para emprender juntos su retirada a Querétaro. Ya se dirigían a esa ciudad el general Méndez, de Oaxaca y el propio archiduque Maximiliano, desde México, cuyos contingentes, unidos a los de Mejía, pasaban de nueve mil hombres.

Por su parte el ejército republicano efectuaba su concentración. Escobedo había salido de San Luis Potosí el 16 de febrero. En Dolores y Chamacuero celebró diversas conferencias con el general Ramón Corona sobre los planes de operación.

Riva Palacio, Régules y demás jefes que tenían bajo su mando los ejércitos del Centro y de Occidente no tardaron en incorporarse, formando un solo y poderoso ejército.

En todas partes había expectación por los acontecimientos que estaban por desarrollarse y que serían decisivos para el destino de México.

En su avance sobre el interior del país, acamparon las huestes republicanas en la hacienda de Alvarado. El 10 de marzo y casi a tiro de cañón de la tienda del emperador, el general Escobedo pasó revista a sus fuerzas que ascendían a más de 25,000 hombres. Este acto duró cerca de cinco horas.

Cuatro días después se iniciaba el sitio a Querétaro.

Practicados los reconocimientos sobre el campo contrario y hecho el intento de apoderarse de las importantes fortificaciones del cerro de San Gregorio, se libró la primera acción de armas. Algunos de los cuerpos alcanzaron a penetrar a las primeras calles de la ciudad de donde hubieron de retroceder al empuje de las fuertes columnas imperiales.

La disposición del general Escobedo de llamar la atención del enemigo simulando un ataque al convento de la Cruz, tuvo como consecuencia la ocupación de San Gregorio por las fuerzas republicanas.

Libres muchos de los pueblos del norte y centro del país al paso del Ejército del Norte, permitían la entrada del gobierno general a San Luis Potosí.

El 21 de marzo, cumpleaños de Juárez, entró con sus ministros a dicha ciudad. Fueron recibidos en medio de las demostraciones más sinceras de regocijo. La Unión de Artesanos obsequió a Juárez una banda tricolor con grandes bordados de oro, y la Junta Popular una medalla conmemorativa; se sirvió una cena en palacio y "hubo fuegos artificiales superiores a los de Venecia, siendo tal el entusiasmo del pueblo que la fuente de la plaza se llenó de sangría". (Crónica Oficial).

No es nuestro intento relatar uno a uno los episodios que tuvieron lugar en los dos meses que duró el sitio de Querétaro, sobre los cuales tanto se ha escrito.

Las batallas de Casa Blanca, San Sebastián, Hacienda de Calleja, Cimatario, San Gregorio, etc., fueron episodios que requerirían muchas páginas.

Escobedo recorre la línea de fuego. Su caballo "Cabrito" le conduce al sitio donde son indispensables su espada o su palabra. "Sentado con holgura, recto el cuerpo, estiradas las piernas, bien pisados los estribos... atiende infatigable las cosas de su alta investidura".<sup>3</sup>

Su cuartel general estaba situado en una gruta del cerro de la Cantera, frente a Querétaro. El 5 de abril, con motivo del cumpleaños del general Riva Palacio que gozaba de muchas simpatías en el ejército, sus compañeros de armas y las bandas de música de los cuerpos acudieron a felicitarle en su campamento de la hacienda de Calleja.

Se dispuso una mesa con más de treinta cubiertos y fueron invitados el general Escobedo con su estado mayor y otros jefes y oficiales.

Ignacio M. Altamirano, al relatar sus impresiones de esta reunión, dice:

---

<sup>3</sup> Ángel Pola. *Cómo se hizo la luz sobre el sitio de Querétaro*. México. 1900.

Las flores abundaron. Aquí el momento era solemne y más grave, y tenían que mezclarse el perfume de las flores y el olor de la pólvora, el chasquido de las copas y el estallido del cañón; los brindis risueños y los discursos graves por las circunstancias, pues quizá lo estaban diciendo momentos antes de morir.

Momentos antes de que pasasen a la mesa y estando en un extremo del corredor los generales y en el centro y el otro las músicas, cruzaron una tras otra a poca distancia de ellos dos granadas que les envió el fuerte de la Cruz frente al cual nos encontramos precisamente. Hicieron explosión y, lo repito, a poca distancia de nosotros; pero ni las músicas omitieron por eso una sola nota, ni los generales turbaron su jovial y risueña conversación. Al contrario, esta ocurrencia del enemigo produjo la más franca hilaridad.

Designado Altamirano para presidir el banquete fue el primero en brindar, haciéndolo por el general Riva Palacio y cediendo luego la palabra al general Escobedo.

Que, aunque a cada momento repite que es un hijo rudo del Norte, educado en la labranza y poco experto en el hablar, es lo que puede llamarse un hombre elocuente y tiene un modo de decir fluido, elegante y grandioso. Ayer nos hizo llorar y casi sollozar al general Riva Palacio, porque evocó y de la manera más vehemente y más tierna, un recuerdo que hierde la fibra más delicada del corazón de un esposo y de un padre. Dijo que no brindaba por Guerrero, abuelo del héroe de la fiesta, porque Guerrero era un gran hombre que ya no pertenecía a este mundo; que no brindaba por Riva Palacio porque sus trabajos como patriota y como soldado eran ya bien conocidos y bien apreciados de sus conciudadanos; pero que proponía un brindis por la virtuosa y bella matrona que se había resignado santamente a la ausencia del amado de su alma y tal vez a su pérdida, pensando que tal sacrificio era para procurar la salvación de su Patria y que había tenido que sufrir seis años de amargas penas en medio de los enemigos de México y de su esposo. Que brindaba por su hijo tierno y adorado que había quedado en los bordes de la orfandad en el regazo de una madre llena de dolor.

Yo no recuerdo todas sus frases –sigue diciendo Altamirano–, pero fueron hermosas, sentidas, pudiera yo decir terribles para el corazón de los que estábamos allí; y como no pudimos contener la emoción y las lágrimas el festín mismo se olvidó y solo después de un momento de religioso recogimiento fue que pudimos continuar.

Corona, Vélez, Rocha y muchos otros hicieron votos no solo por la felicidad del festejado sino por el triunfo de la República; y, “húmedos todavía los ojos por las lágrimas y trémulos los labios por la emoción”, habló Riva Palacio para agradecer tantas demostraciones de afecto.

Se brindó también por el general Vicente Jiménez quien se negó a asistir a la reunión por estar en el frente de línea. “En el firmamento de los héroes, ese hombre es un sol”, dijo el general Escobedo al brindar por él.

En medio de la más franca armonía y de los acordes del Himno Nacional y de las populares notas de “Mamá Carlota”, de que era autor el mismo Riva Palacio, continuó esta convivialidad hasta las seis de la tarde. Hablando Escobedo por última vez, fueron sus palabras una orden de volver todos a sus puestos.

El pasaje anterior nos muestra al Escobedo de gran corazón y nobles sentimientos.

El periodista don Ángel Pola nos cuenta que, por aquel tiempo en que su aureola deslumbraba, solo había un ser a cuya voz, siempre sentenciosa, obedecía Escobedo con mansedumbre de fanático devoto. Esta voz era de la que le dio a luz, doña Rita Peña. Cuando el valiente soldado alzaba la voz para alguna reprensión, aquel ser la acallaba como por encantamiento.

—Mariano, le decía dulcemente.

—Mande usted.

—Ven.

Y ya que estaba presente:

—Siéntate, hijo. ¿Qué es eso?

Y el severísimo general, jefe de miles de hombres, vencedor de todo un imperio, sumiso ante aquel ángel del bien, sentábase cerca, encogido y silencioso, guardando compostura.

A veces este adorado ser, al empezar la sobremesa, se levantaba para perderse de vista. Algún comensal, de entre los muchos que a diario había, llegó a preguntarle por qué se alejaba, y contestó en secreto:

—Para que Mariano pueda fumar.

## XIX

### TOMA DE QUERÉTARO. RENDICIÓN DE MAXIMILIANO. LA NOTICIA EN MONTERREY.

El cerco de la plaza era cada día más estrecho. Barrios enteros desaparecían. Querétaro estaba sembrado de escombros. Todo era ruina y desolación. Centenares de cadáveres insepultos hacían el ambiente insoportable. Las epidemias y el hambre causaban estragos horribles en la ciudad.

Agotados los víveres y las municiones entre los defensores de la plaza, su situación era desesperante. La carne de perro y de caballo sirvió de alimento muchas veces aún a los jefes más prominentes. Para hacer balas hubieron de recurrir al plomo de los techos, al hierro de las rejas y al bronce de las campanas.

El 22 de marzo, protegidos por un batallón, salieron a México Márquez y Vidaurri, enviados por Maximiliano en busca de auxilio, pero, por más que este era ansiosamente esperado, jamás vino.

Escobedo, enterado de esta salida, comisionó al general Amado Antonio Guadarrama para que, con la 2ª Brigada de la 1ª División del Norte, saliera a batirlos e impidiera su llegada. Hecha una jornada de más de 80 leguas, 27 de las cuales se hicieron sin tregua alguna y sin comer ni beber, el 10 de abril fue Márquez completamente derrotado en San Lorenzo y obligado a retroceder por Calpulalpan, dejando 53 carros de municiones, 4 piezas de artillería y 143 prisioneros.

En consejo de guerra celebrado por los jefes imperiales habían decidido defenderse hasta lo último y, desechando toda idea de capitulación, lo habían dispuesto todo para el día 14 dar un ataque general y romper el sitio.

Sin embargo, comprendiendo Maximiliano que, de caer su ya reducido ejército en poder de las numerosas fuerzas republicanas, era indudable que todos sus jefes y aun él perecerían; y que, de entregar la plaza, habría al menos la esperanza de que, con la ulterior intervención de los gobiernos extranjeros sobre el gobierno mexicano, su vida estaría a salvo, optó por lo último.

La Brigada de San Luis Potosí, 2ª de la División de Rocha, al mando del coronel Julio Cervantes, ocupaba las posiciones más avanzadas de la ciudad. Encontrábase este y otros jefes comiendo cuando recibió parte del subteniente Concepción Soberanes de que un oficial enemigo hacía señas con un pañuelo. Conducido hasta ellos se dio aviso al general Escobedo e interrogado el oficial imperialista, dijo ser Miguel López, coronel del Regimiento de la Emperatriz y traer una misión que desempeñar ante el general en jefe.

Escobedo, que avisado de la salida que por San Jerónimo intentarían los sitiados, recorría aquella línea, se dirigió al puesto de Cervantes, donde le fue presentado el citado coronel quien expresó de nuevo traer una comisión secreta.

Separados un tanto de los presentes, López manifestó al general, en nombre del emperador, que este, deseando no derramar más sangre, le pedía que se le permitiera salir hasta Tuxpan o Veracruz donde se embarcaría a Europa. Aseguraba además haber abdicado y se comprometía a no volver a México, ofreciendo para ello las seguridades que le fueran exigidas.

Categorica fue la respuesta del general en jefe, en el sentido de las órdenes recibidas del gobierno sobre no tener más arreglo que la rendición incondicional de la plaza.

Insistiendo López, dijo que el archiduque consideraba inútil la continuación de la defensa de Querétaro; que, efectivamente, estaban dispuestas sus columnas para una salida, pero que temía no ser obedecido pues aún entre los principales jefes era completa la desmoralización. Que, no obstante, ordenaría la suspensión de la salida y dispondría, obedecieran o no, que las fuerzas destacadas en el panteón de la Cruz se reconcentraran en el convento del mismo nombre, proponiendo al general Escobedo que hiciese cualquier intento por tomar este punto donde se entregaría prisionero sin condición.

Al manifestar el jefe republicano su incredulidad a las proposiciones del enviado del príncipe austriaco, dijo este que no hacía más que cumplir estrictamente las órdenes de su emperador.

Escobedo, poniendo fin a esta conferencia, hizo que López volviera a su línea, llevando al archiduque la noticia de que, hubiera o no resistencia, a las tres de la mañana se apoderaría de la Cruz.

Con la actividad que le era característica ordenó el general Escobedo a los jefes de línea dispusieran sus fuerzas para operar sobre la plaza.



Luego de comunicar al general Francisco M. Vélez su conferencia con López y su deseo de tomar la Cruz, le encomendó tan delicada empresa, poniendo bajo su mando los batallones Nuevo León y Supremos Poderes, mandados por el teniente coronel Margáin y por el general Pedro Yépez, respectivamente.

A las dos de la mañana Escobedo condujo personalmente la columna de Vélez hasta la línea avanzada, dictando sus últimas providencias sobre el modo de emprender la operación.

Esta se efectuó con todo éxito.

A la hora indicada fueron sorprendidos el convento de la Cruz y el cementerio penetrando las columnas republicanas a la plaza.

Las fuerzas imperialistas en medio de la confusión refundíanse unas a las filas nacionales y, en completa desorganización, salían otras a refugiarse al Cerro de las Campanas, a donde se habían dirigido también Maximiliano y sus generales.

Iniciado el fuego, Corona se arrojó sobre Casa Blanca; Rocha manteníase defendiendo la garita de Celaya y Guadarrama circundó el Cerro de las Campanas; logrando para las ocho de la mañana adueñarse de tan importantes posiciones.

La actitud de los jefes imperialistas en el Cerro de las Campanas se reducía a recibir el fuego de las columnas republicanas sin oponer la menor resistencia.

Enarbolando bandera blanca envió Maximiliano al subteniente Agustín Pradillo y a otros dos oficiales con la oferta de que se rendiría. Encontrados estos emisarios por Corona, envió aviso al general Escobedo, encaminándose en unión del general Cortina al encuentro del archiduque y sus generales que principiaban ya a descender del cerro.

Por disposición de Escobedo los prisioneros empezaron a ser conducidos al cuartel general, encargándose personalmente Corona de custodiar a Maximiliano y principales jefes.

Momentos después llegaba Escobedo acompañado de su estado mayor y escolta.

Vestía un "capote de paño azul con forros rojos, pantalones ajustados, chaleco abrochado hasta el cuello, sombrero de fieltro a la francesa y botas federicas".

Al principiar a subir, dice el general Escobedo, bajaba el archiduque con los generales Mejía y Castillo y su estado mayor.

A una distancia como de 15 metros suspendió la marcha de estos, continuando solo. Hice yo lo mismo con mi estado mayor y escolta. después de

un saludo de cortesía, me significó su deseo de marchar a Europa por Tuxpan, asegurándome cuantas garantías fuesen necesarias de no volver al país, compromiéndome su palabra y la de los soberanos de Europa.

Le contesté que a nada podía acceder, pues las órdenes de mi gobierno eran terminantes para que no se aceptara más proposición que la que había mandado a hacer: de entregarse prisionero sin condición. Su contestación fue que esperaba que se le tratara con las consideraciones de prisionero de guerra. Le contesté.

Eso es usted mismo.

Se desciñó la espada y, al dármele, hice la tomase el coronel Jesús Fernández García, diciéndole:

*Conserve usted esa espada, que pertenece a la República.*

Los ilustres prisioneros escoltados por 20 hombres de la Brigada Naranja, fueron conducidos al convento de la Cruz.

En tanto el general Escobedo dictaba enérgicas disposiciones para establecer el orden en la ciudad. Ordenó que fuesen procesados quienes ocultasen en su casa a los enemigos o tuviesen armas o documentos de los franceses; decretó la última pena para los civiles o militares que fuesen sorprendidos robando y para los jefes imperialistas que en el término de 24 horas no se presentaran al Cuerpo General.

Los partes telegráficos enviados al gobierno dicen:

Campo sobre Querétaro, Mayo 15 de 1867. A las cuatro de la tarde. A las tres de la mañana de hoy se ha tomado la Cruz por nuestras fuerzas, que sorprendieron al enemigo en dicho punto. Poco después fue hecha prisionera la guarnición de la plaza, que ocuparon nuestras tropas a la sazón que el enemigo con parte de las suyas se replegaba al cerro de las Campanas. Batido eficazmente por nuestra artillería, entró en gran desorden. Por fin, como a las ocho de la mañana, se rindió a discreción Maximiliano, con sus generales Castillo y Mejía, en el expresado cerro.

Sírvase usted dar al C. Presidente mis felicitaciones por este importante triunfo de las armas nacionales. M. Escobedo.

C. General Mariano Escobedo. San Luis Potosí, Mayo 15 de 1867. He recibido y dado cuenta al C. Presidente con el parte de V. de hoy, comunicado

por telégrafo, y en que participa la toma del punto de la Cruz por nuestras fuerzas y en seguida la completa ocupación de esa plaza. El C. Presidente de la República, me encarga que manifieste a V. para que lo haga también a ese Cuerpo de Ejército, la satisfacción con que ha visto este importante triunfo, debido al valor y sacrificios de las tropas a su mando, por el que los felicita por mi conducto. Mejía.

Los anteriores mensajes, publicados en "La Sombra de Zaragoza", de San Luis Potosí, fueron enviados a Monterrey por extraordinario violento, recibándose en esa ciudad la noticia el día 19.

La crónica oficial de este suceso, dice:

Al esparcirse la nueva de que venía un extraordinario, corrió la gente al Palacio de Gobierno, ansiando saber el resultado de los esfuerzos de nuestros soldados.

Todos presentían un triunfo. Entusiastas vítores al Ejército del mando del bizarro general Escobedo fueron el saludo de mil patriotas a la noticia del triunfo del 15 de mayo; 21 cañonazos se dejaron oír en la ciudadela, un repique a vuelo en la parroquia y el pabellón de la Patria se vio flamear en el Palacio de Gobierno y en el Municipal.

La música del Batallón Sedentario dejó oír sus dulces armonías en el Palacio de Gobierno, en donde el C. Gobernador en unión de un inmenso número de ciudadanos salió a un paseo popular, recorriendo la calle del Comercio, calle de Zaragoza y la plaza del mismo nombre, en donde, acompañado de algunas personas, se dirigió a felicitar a la esposa del general Escobedo con expresiones sumamente entusiastas y conmovedoras que explican sin duda cuánto él sabe apreciar los hechos del jefe, que vio arrastrar tantas fatigas en los días de martirio para los patriotas y de amarguras para la Patria.

Esos recuerdos de un pasado de glorias, por tantos sufrimientos, por la constancia y abnegación de nuestros defensores, se agolpaban a la memoria de nuestros circunstantes en ese momento en que se celebraba la victoria, en que un labrador y humilde hijo del pueblo de Galeana, había recibido la espada de un descendiente de reyes.

De la plaza de Zaragoza, se dirigió la comitiva por la calle del Puente Nuevo, en donde varios ciudadanos, y entre ellos el C. Gobernador, dirigieron entusiastas alocuciones, que fueron aplaudidas con el calor de la alegría.

Así se fueron recorriendo la Plaza del 5 de Mayo, la calle de Montemayor, la del Roble, la Plaza de Colón, la calle del Doctor Mier, la de Galeana, la de Hidalgo y, por fin, la del Teatro, entrando cerca de las doce del día al Palacio de Gobierno en donde se disolvió la comitiva.

En la noche se dio un baile popular en la Plaza de Zaragoza que duró hasta cerca de las cuatro de la mañana.

Los dos días siguientes, a las oraciones de la noche, se tocaron dianas y se tiraron 21 cañonazos y repicose por espacio de un cuarto de hora en todas las parroquias de la ciudad.

Por esos tres días se tuvo enarbolado en el Palacio de Gobierno y en el Municipal, el pabellón.

Creemos, pues, que el regocijo de Monterrey con la noticia de la toma de Querétaro y la solemnidad con que se ha festejado, obsequiará los deseos del héroe del 15 de mayo, el que recomienda que se celebre mucho, muchísimo aquella victoria, presagio de la paz y prosperidad de nuestra martirizada Patria, que al fin, con los reflejos de ese día, se ha levantado majestuoso, rindiéndosele un rey del antiguo mundo. Maximiliano, y destruyendo a los que se atrevieron a venderla. ¡Cuánto puede un puñado de hombres que pelea por su libertad!....

## XX

### FELICITACIÓN DE ESCOBEDO A SUS SOLDADOS. FUSILAMIENTO DE MAXIMILIANO. ENTRADA DE JUÁREZ A MÉXICO.

A los merecidos parabienes enviados por el presidente Juárez para los ejércitos victoriosos, unió el general Escobedo la siguiente proclama:

Mariano Escobedo, general de la República Mexicana en Jefe del Cuerpo de Ejército del Norte y mandando las tropas sobre Querétaro.

Soldados. A vuestro valor, constancia y sufrimientos debe la República uno de sus triunfos, el mayor que se ha obtenido en la larga lucha que la Nación ha sostenido con los invasores y sus cómplices. La ciudad de Querétaro, el más fuerte baluarte del Imperio, después de una heroica resistencia de dos meses, digna de mejor causa, ha sucumbido. Fernando Maximiliano, el titulado Emperador, Miramón, Mejía, Castillo y un sinnúmero de generales, jefes y oficiales con toda la guarnición, son nuestros prisioneros. Faltaría a mis deberes de soldado, y traicionaría mi conciencia de hombre libre, de mexicano leal, si callara vuestros heroicos hechos y vuestros más heroicos sacrificios. Con la fe del soldado que defiende la independencia, sin alimentos y muchas veces sin un solo cartucho, desafiabais la muerte combatiendo sin cejar, con numerosas tropas de traidores y extranjeros, provistas con toda clase de elementos de guerra, perfectamente fortificadas y mandadas por los mejores generales del antiguo ejército que por desgracia faltaron a sus deberes aliándose con los invasores, y sosteniendo hasta la última hora al extranjero, que otro extranjero, el emperador de los franceses, quiso colocar en un trono erigido con las bayonetas de sus soldados; pero estos ya no existen, sus restos han huido a Francia a ocultar su vergüenza, cargando con las maldiciones de todo un pueblo, y llevando la triste nueva de que más de una mitad de sus camaradas pagaron con su sangre los caprichos de su amo. COMPAÑEROS DE ARMAS: Nada importa que hombres ambiciosos, aspirantes de

mala ley, hayan querido disfrazar vuestros hechos; la veraz historia colocará a cada uno en el lugar que le corresponde y ni los enemigos de la República, ni los que quietos permanecieron en los lugares ocupados por los invasores, contemplando indiferentes su desgracia, se sobrepondrán a los que como vosotros habéis combatido sin tregua ni reposo por los sagrados principios de la Independencia y Libertad.

SOLDADOS: En nombre de la República y del Supremo Gobierno, os felicito con toda la efusión de mi alma, y consecuente con el programa que me he trazado, seguiremos hasta finalizar la paz y el orden, y con ello el porvenir de nuestra Patria.

¡Viva la República! ¡Viva la Independencia Nacional!

Cuartel General en la Purísima, frente a Querétaro,

Mayo 15 de 1867. MARIANO ESCOBEDO.

Desde ese mismo día de la toma de la plaza, empezó el general Escobedo a movilizar las fuerzas rumbo a México, en auxilio del general Díaz que operaba sobre la capital.

En espera de las disposiciones del gobierno sobre la suerte que deberían de correr los prisioneros, el 21 de mayo recibió orden para que, con arreglo a la ley de 25 de enero de 1862, se instruyera proceso a Maximiliano, Miramón y Mejía.

Las diligencias de este proceso, único en su género en la historia de México, han sido publicadas repetidas veces.

En estas páginas solo corresponde asentar que el general republicano se impuso la obligación de visitar dos veces por semana a los ilustres prisioneros, prodigándoles todo género de atenciones.

Fue en una de estas visitas donde el príncipe Maximiliano le pidió guardase silencio sobre los hechos que motivaron la toma de Querétaro, al menos hasta la muerte de la archiduquesa Carlota; y donde el general Escobedo accedió a estos deseos. Se interesó asimismo por la suerte de Mejía con quien cultivó sincera amistad, no obstante militar en bandos tan opuestos. Intentaba corresponder a quien le salvara la vida en la guerra de la Reforma; pero Mejía prefirió seguir la misma suerte de Maximiliano y solo dejó encomendado a Escobedo el cuidado de uno de sus hijos.

A las seis de la mañana del 19 de junio de 1867, formando el cuadro con una división de 4,000 hombres, fueron fusilados en el Cerro de las Campanas el emperador Maximiliano y los generales Miguel Miramón y Tomás Mejía.

El movimiento de la espada de un capitán nuevoleonés, fue la señal que acabó con la vida de los caudillos imperiales.<sup>4</sup>

El 21 de junio el general Díaz tomaba la ciudad de México.

Se celebraba este acontecimiento en San Luis Potosí, cuando llegó a dicha ciudad el general Escobedo, imponiendo al señor Juárez de los sucesos de la campaña. El día 24 entregó al presidente la espada de Maximiliano y dos días más tarde salía el Gobierno Nacional a la capital de la República.

El día 15 de julio, después de su peregrinación de cuatro años por el Norte, el Gobierno de la República quedaba reinstalado en el Palacio Nacional.

En nombre de la Patria agradecida –dijo Juárez en su manifiesto a la Nación– tributo el más alto reconocimiento a los buenos mexicanos que la han defendido, y a sus dignos caudillos. El triunfo de la Patria que ha sido el objeto de sus nobles aspiraciones será siempre su mayor título de gloria y el mejor premio a sus heroicos esfuerzos.

Mexicanos: Encaminemos ahora todos nuestros esfuerzos a obtener y consolidar los beneficios de la paz. Bajo sus auspicios será eficaz la protección de las leyes y de las autoridades, para los derechos de todos los habitantes de la República.

Que el pueblo y el Gobierno respeten los derechos de todos. Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz.

Hemos alcanzado el mayor bien que podíamos desear viendo consumada por segunda vez la defensa de nuestra Patria. Cooperemos todos para poder legarla a nuestros hijos en camino de prosperidad, amando siempre y sosteniendo siempre nuestra Independencia y Libertad. México, julio 15 de 1867. Benito Juárez.

---

<sup>4</sup> Capitán Simón Montemayor. Nació en la villa de Santiago, Nuevo León. Su espada la donó a Francisco Vizcaya, comerciante de Monterrey, en 1874. Hizo la donación ante el notario Ismael Pérez-Maldonado, la hoja de la espada fue marcada con una mitad de estrella de seis puntas, estampando la otra mitad en el documento notarial. El señor Vizcaya la obsequió a su hermano José, residente en Estrasburgo. En *La ilustración*, de Paris, de 3 de marzo de 1877, se publicó un grabado de la espada.

## XXI

### REGRESO DE LAS TROPAS FRONTERIZAS A SALTILLO Y MONTERREY. ESCOBEDO JEFE DE LA 3ª DIVISIÓN DEL EJÉRCITO. ERECCIÓN DE LA VILLA DE GENERAL ESCOBEDO.

Terminada la campaña contra el imperio las tropas victoriosas volvieron a sus lugares de origen. El pueblo les tributó las más entusiastas aclamaciones.

El viernes 23 de agosto de 1867 hacían su entrada a Saltillo. El recibimiento allí fue apoteótico. El licenciado García Carrillo en brillante discurso exaltó las virtudes cívicas de quienes “prefirieron los peligros de la guerra a las dulzuras del hogar”. Habló también el general Escobedo, quien

con su natural elocuencia –dice don Andrés S. Viesca– se refirió a Coahuila y a sus esfuerzos en la lucha nacional, haciendo grandes elogios de sus hijos y principalmente de los que formaron el 1er Ligero del Estado, cuya joven oficialidad ha sido un modelo de disciplina, valor y abnegación. Recordó que ocho meses antes había recibido de manos del C. Gobernador de Coahuila la bandera de aquel cuerpo, como su coronel, y dijo que aquel pabellón había flameado en varias batallas y presidido los decisivos e importantes combates en que la República venció al enemigo extranjero y sus aliados. Recordó también que las delicadas manos de algunas señoritas de esta capital habían bordado aquel estandarte, al derredor del cual se agrupaban los patriotas jóvenes que habían preferido las tempestades y sufrimientos de la guerra a las delicias de una paz ignominiosa; y concluyó depositando la corona que había recibido en la bandera del 1er Ligero, y entregando esta en manos del Tte. Coronel Ismael Salas.

En Monterrey también se hacían preparativos para recibir a los vencedores del imperio. El ayuntamiento, con acuerdo del ejecutivo del Estado, nombró una comisión compuesta por los señores Jesús Arreola y Ayala, Ramón Lafón, Fernando de la Garza, Ignacio Galindo, José M<sup>a</sup> Morelos y Luis González Treviño, quienes formularon el ceremonial.



Ya la Legislatura de Nuevo León había hecho honor al patricio de Galeana declarándole Hijo Distinguido del Estado por decreto de 5 de junio: idea que secundó el 26 del mismo mes la Cámara de Coahuila.

El 29 de agosto hizo su entrada a Monterrey el general Escobedo. Una salva de artillería hecha en la loma del Obispado contestada por otra que se situó en el exconvento de San Francisco y por un repique a vuelo en todas las iglesias de la ciudad, anunció su proximidad.

Comisiones unidas de empleados del Gobierno del Estado, del Cabildo y del pueblo, salieron hasta el Obispado a felicitar al ejército. Arcos, guirnaldas, colgaduras, ramas verdes y profusión de adornos engalanaban las calles de la entrada, que se verificó por la calle de México, plazuela de Degollado y calle del Comercio, hasta dar vuelta al sur por la de Zaragoza a la plaza de este nombre. Allí se había colocado, bajo los portales del Palacio Municipal, un templete que ocuparon las distintas comisiones de señoras y señoritas.

Precediendo al desfile las bandas de música enviadas por los municipios cercanos y en medio del desbordante regocijo del pueblo, pasó el ejército bajo los arcos triunfales que con alegorías alusivas se habían levantado en las plazas de La Llave, Colón y entrada a la Zaragoza.

A su paso frente a la tribuna de palacio, cada soldado recibía en nombre de la ciudad una patente de reconocimiento al valor y la constancia, simbolizados en los retratos de Juárez y Zaragoza, litografiados, y conteniendo al calce una salutación y dedicatoria conmemorativa.

Hubo fiestas e iluminaciones por tres días, paseos, bailes, serenatas, etc., y el día de la entrada fue servido en el Palacio de Gobierno un banquete de 120 cubiertos a los jefes y oficiales.

Restablecido el gobierno nacional en la capital de la República, se dictaron importantes disposiciones tendientes a restablecer el orden en el país.

Distribuido el Ejército Nacional en cinco divisiones, fue nombrado el general Escobedo como jefe de la 3ª, que la comprendieron los estados de San Luis Potosí, Guanajuato, Zacatecas, Tamaulipas, Coahuila y Nuevo León, con cuartel general en la capital potosina.

A Escobedo debe Nuevo León el haberse extendido en 1868 la red telegráfica que pasando por Monterrey se llevó hasta el puerto de Matamoros, obra que gestionó ante el Ministerio de Fomento y aun a erogaciones hechas de su propio peculio.

San Luis Potosí también le declaró Benemérito del Estado el 25 de noviembre de 67, y Nuevo León, no satisfecho con las demostraciones y homenajes tributados en su honor, decretó la erección de un nuevo municipio que llevara su nombre.

El 24 de febrero de 1868 la Legislatura elevó a categoría de Villa la antigua hacienda del Topo de los Ayalas, perteneciente entonces a San Nicolás de los Garza, señalándole por jurisdicción los ranchos de San Miguel y San Martín y la hacienda de don Mariano de la Garza.

## XXII

### ESCOBEDO GOBERNADOR DE SAN LUIS POTOSÍ. DISTURBIOS POLÍTICOS. MUERTE DE JUÁREZ.

La reinstalación del gobierno nacional en la capital de la República era toda una esperanza para México. El 8 de diciembre el IV Congreso declaró presidente a don Benito Juárez, y a Lerdo de Tejada presidente de la Suprema Corte de Justicia.

Pero poco duró la paz de la República. En Yucatán, Sinaloa, Tamaulipas y otras entidades hubo pronunciamientos contra el gobierno, resurgiendo la lucha.

En San Luis Potosí, donde desde 1868 se venía manteniendo una revolución local contra la administración del gobernador Bustamante, tomó el conflicto serias proporciones de sublevación contra el gobierno nacional. La asonada del 14 de diciembre de 1869, fue acaudillada por el general Francisco Aguirre.

Lárraga y Martínez, enviados a sofocar la rebelión, se adhirieron a su causa. El gobierno nombró a Escobedo jefe de las fuerzas que habrían de operar en esa campaña.

La capital potosina fue ocupada en enero de 1870, por los pronunciados que mandaban Aguirre y Martínez. Escobedo con una división de las tres armas marchó a someterlos y se apoderó de San Luis en la tarde del 14 de febrero. Mantuvo el orden en la población, restableció las autoridades legítimas y destacó en persecución de los rebeldes dos columnas al mando de Santiago Nieto y de Sóstenes Rocha. El primero trabó combate en el Puerto de la Cal haciéndoles regular número de prisioneros; y Rocha derrotó en la célebre acción de Lo de Ovejo a Martínez y a García de la Cadena cuando huían a Guadalajara.

Los acontecimientos políticos del estado tuvieron como origen la sustitución del licenciado Barragán por el señor Escandón y, a la renuncia de este, se nombró al licenciado Miguel M<sup>a</sup> Esparza, en tanto se efectuaban las elecciones.

Verificadas estas, recayó el triunfo en el general Escobedo a quien la Legislatura declaró gobernador en virtud del decreto número 46.

Esparza llamó ilegítima esta elección y aún pidió al Congreso de la Unión que acordara que el gobierno general le auxiliase con fuerzas, pero la Cámara declaró legítimo al gobierno de Escobedo.

El juez de distrito falló también contra la protesta de los diputados que durante el cómputo de votos no habían asistido a las sesiones.

Difíciles eran las circunstancias que se presentaban al general Escobedo en la iniciación de su gobierno. Estableció grandes economías para nivelar el presupuesto y amortizar una parte de la deuda pública, sin usar de la facultad que le concedió la Cámara para procurarse recursos.

Los pueblos de San Luis, conocidos hasta entonces del gobierno solo por las noticias estadísticas tuvieron su visita oficial en la que dictó importantes providencias para mejorar su situación. Auxilió las escuelas de Santa María del Río y villa de los Reyes; subvencionó las obras materiales de Tierra Nueva, Cerritos y Rayón; repartió útiles a las escuelas de Ciudad Valles, Tancanhuitz y Tamazunchale y dispuso que, sostenidos con fondos de sus respectivas demarcaciones, enviara alumnos cada pueblo al Instituto Científico de San Luis, incrementando con esto notablemente la instrucción superior.

Sus ideas de progreso hubieran tenido mayor campo de acción, a no haber sido por la abierta oposición que contra su gobierno iniciaron los diputados expulsados. Estos no solo entorpecían su administración de distintos modos, sino que, levantando en armas un grupo acaudillado por Francisco Narváez, el 3 de noviembre de 1871 firmaron en Río Verde un Plan desconociendo a su gobierno.

Este movimiento revolucionario coincidió con los que simultáneamente se hicieron en distintas regiones del país con motivo de las elecciones presidenciales.

Tres bandos políticos participaron en la contienda: Juárez, Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz.

Escobedo, Romero Rubio, Martínez de la Torre y otros apoyaron la candidatura de Lerdo.

Triunfante Juárez surgió el descontento. El general Díaz proclamó el Plan de la Noria secundado por sus adictos; no así por los lerdistas que reconocieron su legalidad.

Mariano Escobedo que, como uno de los principales jefes del partido lerdistas y en su calidad de gobernador de San Luis no podía inclinarse a uno u

otro bando, pidió una licencia indefinida y entregando el gobierno al general Jesús Díaz de León se retiró a vivir a su quinta del barrio de Tlaxcala.

Las sublevaciones ensangrentaron de nuevo al país. El gobierno, sometiendo a los pronunciados enviaba fuerzas a distintas regiones. A San Luis se mandó al general Diódoro Corella, quien lo declaró en estado de sitio en 27 de diciembre de 1871 y se hizo cargo del gobierno.

La retirada del general Escobedo dio lugar a encontradas interpretaciones de parte de Corella, y a la llegada del licenciado Luis Hernández y Manuel Muro, diputados al Congreso de la Unión, se dijo que venían a unírsele.

Estos elevaron una protesta en la que expresaron que el general Escobedo no hacía otra cosa que “seguir la política de su partido que rechaza toda revolución y trastorno a mano armada, y que busca el afianzamiento de la ley y la práctica de las instituciones, no por medios físicos sino por los morales que, si bien son algo dilatados en sus efectos, en cambio son los más eficaces y de resultados más seguros. El general Escobedo sigue esa política que es la de todo un partido; y creemos que es la adecuada a los intereses sociales, como también la única que puede encontrar apoyo en la opinión pública...”.

La anterior protesta motivó el destierro de sus firmantes y del general, que salió del estado a la hacienda de la Ventanilla, invitado por su propietario, sin aceptar volver a la capital potosina no obstante haberse levantado el destierro a influencias de Canto que protegió a Hernández y a Muro en villa de los Reyes.

Un acontecimiento inesperado vino a poner fin a este conflicto nacional.

El 18 de julio de 1872 murió el presidente Juárez.

Lerdo de Tejada asumió la primera magistratura del país y expidió una ley de amnistía para quienes habían tomado las armas.

Díaz, Treviño y demás jefes se sometieron al gobierno.

El 5 de agosto se levantó el estado de sitio en San Luis Potosí pasando, en tal virtud, el general Escobedo a hacerse cargo nuevamente del gobierno.

## XXIII

### ESCOBEDO GOBERNADOR DE SAN LUIS POTOSÍ. SU INFORME DE GOBIERNO.

De nuevo en el gobierno llamó el general Escobedo a sus inteligentes colaboradores Hernández y Muro, como secretario y oficial mayor, respectivamente.

Su labor como gobernante pone de manifiesto su capacidad y su acendrado amor al progreso.

No obstante, la comprometida situación del estado por la crisis económica del erario, supo sortear las dificultades.

Uno de sus primeros actos fue elevar el día 9 de octubre las Leyes de Reforma a la categoría de constitucionales. La Ley del Registro Civil, que encontraba continuas resistencias, tuvo particular atención estableciéndose oficinas en muchos de los pueblos que carecían de ellas; aseguró la paz pública agitada por los últimos movimientos políticos; implantó y reglamentó el Registro Público de la Propiedad; subvencionó los establecimientos de beneficencia y mejoró los paseos públicos.

En virtud del Decreto número 56, contrató con el ministro de Fomento la apertura del camino de San Luis a Tantoyuquita, formándose al efecto una compañía anónima con un capital social de cien mil pesos y procediéndose a iniciar la obra. Impulsó asimismo los trabajos del camino carretero a Escalerillas, invirtiendo su gobierno cerca de veinte mil pesos. Se abrieron durante su administración los caminos de San Luis a las adjuntas del río de Valles, por la sierra de Santa Catarina y Río Verde y el de carretas en el municipio de Catorce a la cabecera de la misma municipalidad.

Concluyó los puentes en las obras de Santa María del Río y de Tambaca; subvencionó con sumas mensuales al municipio de Rayón para la construcción del acueducto que llevara el agua potable del Puerto de los Azules al centro de la villa y concluyó el acueducto de Matehuala, iniciado durante el gobierno de Escandón.

Colaboró con el Ayuntamiento para la construcción del Parián e inició la apertura de dos pozos artesianos para el uso de la ciudad. Estableció, autorizado por el gobierno nacional, un ramal de la línea telegráfica del norte, partiendo de Mathuala a Catorce y promovió la instalación de la línea de San Luis a Tampico.

Destinó fuertes sumas para la construcción de la Penitenciaría y en atención a que el Ayuntamiento no disponía de fondos para la instalación de los talleres, de su propio peculio facilitó una considerable suma con que quedó allanada esta dificultad.

Pero la principal obra de su gobierno fue, sin duda alguna, la reparación y reforma completa del Instituto Científico y Literario, invirtió cerca de veinticinco mil pesos hasta dejar el edificio “de una elegante y hermosa perspectiva”. Estableció nuevas cátedras servidas por inteligentes profesores, completando el curso de latín, las carreras de ingeniería y leyes y dándose un gran paso a la medicina, “de suerte dice en su informe de gobierno— que la sociedad potosina recogerá en época no muy remota los óptimos frutos de la educación e inteligencia de sus hijos”.

La instrucción pública mereció especial atención. Durante su gobierno dictó el decreto número 43, de 14 de noviembre de 1872, que organizó la instrucción primaria superior, poniéndola a cargo de una Junta Inspectora con residencia en la capital y de otras subalternas en las municipalidades. Esta disposición tendía a difundir la instrucción y ponerla al alcance de todos y colocarla al nivel de los adelantos de la época.

Propuso además al Congreso la iniciativa para que decretara obligatoria la instrucción primaria en San Luis Potosí.

Antes del mencionado decreto había en el estado solo 48 escuelas de niños y 13 de niñas con una asistencia de 3,681 alumnos. Después de este fue notorio el adelanto. Se abrieron trece escuelas para hombres, diez para mujeres, dos normales para ambos sexos y una para adultos en la capital. El número de escuelas primarias se aumentó a 68, para niños y 22 para niñas en las municipalidades concurridas por 5,996 niños y 2,687 niñas.

La minería, la agricultura, la industria y el comercio, así como los ramos de Justicia, Guerra y Hacienda, tuvieron notable incremento.

Durante su administración participó el estado de San Luis en la XII Exposición de Aguascalientes, obteniendo mención honorífica.

Cuando a fines de 1873, solicitó licencia para ir a México, se dijo, a su regreso, que ocuparía un alto cargo en la Federación y que había sido nombrado jefe del

Ejército del Centro para sofocar la lucha de partido en Michoacán y Guanajuato; pero no fue así, porque su administración se prolongó algunos meses, al cabo de los cuales hizo dimisión a su cargo.

El 22 de junio de 1874, presentó a la Legislatura una amplia memoria de los actos de su administración.

Al separarme del elevado puesto con que fui honrado por el voto público de San Luis –expresó– llevo grabado en mi corazón un profundo agradecimiento por la confianza que en mí depositó, protestando con toda la energía de mi conciencia, en el seno de este sagrado recinto, que al aceptar el nombramiento de Gobernador Constitucional del Estado y ejercer las funciones propias de este encargo, no tuve otra mira que la de contribuir con mi pequeño contingente, al servicio de un pueblo heroico y benemérito, cuya prueba tangible la tenía desde el tiempo de la revolución de principios y la guerra de intervención, terminada con el sitio de Querétaro. Si ha habido algunas dificultades: si no se han realizado otras mejoras materiales o morales, debe atribuirse a los tropiezos que a cada paso se presentan a nuestro actual sistema político, que hasta hoy viene consolidándose entre nosotros, pero que con el transcurso del tiempo obtendrá un gran desarrollo, que dará como resultado preciso, los frutos que producen la inestabilidad de las instituciones y la paz, el bienestar y prosperidad del país.

Con efecto –agrega Escobedo en su informe– consta a la Legislatura, y el país no lo ignora que, durante el tiempo de mi administración, la marcha regular y tranquila de los negocios ha sido interrumpida por las conmociones políticas que han tenido por objeto subvertir el orden legal, ya en el Estado, ya en la República. Teatro algunas veces San Luis Potosí de esas conmociones violentas que han amenazado seriamente la paz y las instituciones, y casi siempre próximo al lugar donde aquellas han estallado, ha tenido que ver su territorio convertido en un campamento militar; y si bien el buen sentido público y la fuerza moral y material del gobierno han triunfado de las revoluciones a que me refiero, es preciso no olvidar que esas victorias, que más y más han consolidado el imperio de la Constitución y de la autoridad legítima, han sido demasiado costosas para el Estado que me confió sus destinos. Se ha derramado la sangre de sus hijos de esta parte integrante de la Federación; se han consumado todo género de sacrificios con el fin noble de restablecer la paz, es



cierto; pero también aparecen así demostradas las causas que impidieron a mi gobierno convertir en hechos prácticos todas las mejoras morales y materiales comenzadas o iniciadas.

Sin embargo, cabe al Gobierno de mi cargo la satisfacción de haber realizado algunas, de haber removido serios obstáculos que a cada paso se le presentaban, de haber luchado y vencido algunas veces embarazos que parecían insuperables, como que tenían su origen en los mismos peligros que surgen de las situaciones difíciles. A mi buena intención, ya que no a mi inteligencia, se aunó la cooperación ilustrada de los buenos del Estado, y a esto se debe que, en cada uno de los ramos de la administración se haya introducido alguna mejora, siendo algunas de ellas de grande resultado en un porvenir no remoto.

El gobierno puede aseverar que solo un ramo de nuestra riqueza pública se encuentra hoy menos productivo que en otras épocas y eso por causas que por fortuna conoce todo el país. A la desmoralización, a la miseria, a todos los males que abortaron entre nosotros las revoluciones hay que agregar un acontecimiento que honra a la República, pero que por lo pronto ha dado un golpe al Comercio de San Luis Potosí. La inauguración del Ferrocarril Mexicano, que justamente saludó con entusiasmo un país que ansía por el establecimiento de estas colosales mejoras, produjo, sin embargo, la inactividad de nuestro comercio, porque desde entonces el tráfico mercantil ha decaído en San Luis, que era una de las plazas más importantes, por la sencilla razón de no poder ya competir el Puerto de Tampico con el de Veracruz, y por consecuencia ni esta plaza con las de México y del segundo de los puertos mencionados. Naturalmente la realización de una mejora tan importante disminuyó nuestro comercio, y así puede explicarse satisfactoriamente el cambio que hemos experimentado en el de San Luis.

El Gobierno de mi cargo comprendió la causa del abatimiento de nuestro comercio, y procuró, hasta donde le fue posible, iniciar lo que creyó necesario para curar un mal evidente. No reconoce otro origen el Decreto de la Legislatura, que acordó subvencionar a la primera línea férrea que atraviesa el territorio del Estado no tiene otra tendencia la autorización que el Ejecutivo pidió y obtuvo para ponerse en contacto con la compañía denominada de "Los Catorce", o la primera que construye el ferrocarril interoceánico con el fin de aproximar la época en que el Estado que hoy gobierno escuche el silbido de la máquina poderosa que acorta las distancias. Creí entonces, y creo todavía, que si una me-

jora realizada lejos de San Luis, desniveló nuestro comercio, la realización de la misma mejora en nuestro Estado, volverá a nivelarlo. Entretanto, y para facilitar esta, para atenuar los males consiguientes a un comercio inactivo, el gobierno ha procurado con todo su entusiasmo, que se abran caminos, que se faciliten los comerciantes entre los pueblos del Estado, y principalmente entre estos y el puerto de Tampico. El Congreso conoce los esfuerzos que en este sentido ha hecho, y por lo mismo juzgará inútil extenderme más sobre el asunto.

Por lo demás, mis actos todos están a la vista de la Legislatura a la del pueblo mexicano y potosino. A todo se ha dado publicidad oportunamente; porque estoy persuadido de que un gobierno republicano debe desear, mejor que tener el fallo de uno y de otra, el fallo de la opinión pública. Puedo haber cometido errores, porque ningún hombre está exento de ellos, puedo haberme equivocado en la elección de los medios para reprimir unos males y evitar otros; pero yo espero que el pueblo de San Luis y de la Patria, atribuirá esos errores a las causas que crea que los engendraron, sin que llegue a dudar de la rectitud de mis intenciones, encaminadas siempre a cooperar al engrandecimiento de un Estado para mí tan querido. A esto se reduce mi ambición, y a desear que el Magistrado que me sustituya en el poder, sepa conducir al heroico pueblo mexicano por el sendero de la libertad, de la paz y del verdadero progreso moral y material.

## XXIV

### ESCOBEDO PRIMER PRESIDENTE DEL SENADO. REVOLUCIÓN DE TUXTEPEC. CAÍDA DEL PRESIDENTE LERDO. SALIDA DEL GABINETE A NUEVA YORK.

La renuncia que en abril anterior presentara el general Escobedo, le fue admitida por la Legislatura en virtud del decreto Núm. 54 con la condición de que continuara en el desempeño de su cargo como sustituto hasta hacerse nuevas elecciones.

Verificadas estas y declarado gobernador de San Luis Potosí el licenciado Pascual Hernández, el 22 de junio de 1874, a las 7 de la noche tomó posesión, previa formal entrega que le hizo el general Escobedo, quien en esa misma noche salió para la capital de la República.

Un mes más tarde, 23 de julio, recibía del general Rocha, por disposición del gobierno nacional, el mando de la 3ª División del Ejército, cuyas guarniciones fueron notablemente restablecidas, por las visitas que para ese efecto hizo frecuentemente a las plazas de Aguascalientes y Zacatecas.

Electo en 1875 senador por los estados de Querétaro y San Luis Potosí, fue primer presidente del Senado de la República, establecido en virtud de la elevación de las Leyes de Reforma al rango de constitucionales.

Anunciada la reelección de Lerdo de Tejada nuevamente se inquietó la nación.

Escobedo recibió órdenes de marchar a Michoacán con una división compuesta de dos columnas a combatir a los pronunciados Rodríguez y Meza, durando en esta campaña cerca de dos meses.

Entre tanto organizábase con toda actividad la revolución de Tuxtepec que acaudillaba el general Porfirio Díaz. El 10 de enero de 1876 se había firmado en Ojitlán, jurisdicción de Tuxtepec, Oaxaca, el Plan que proclamaba la no reelección, y que desconocía al gobierno del presidente Lerdo y a todos sus funcionarios.

Oaxaca, Puebla, Veracruz y otras entidades del sur se adhirieron a este movimiento; no así los de Jalisco, Tamaulipas y Nuevo León donde fue un completo fracaso.

Díaz entró por Tamaulipas. El 21 de marzo reformó el plan en Río Blanco, convocando a elecciones y depositando interinamente el poder en el presidente de la Suprema Corte de Justicia. Dos días después ocupaba el puerto de Matamoros y salía rumbo a Monterrey dispuesto a seguir por Saltillo a San Luis Potosí y de ahí a México.

El general Escobedo a la cabeza de cinco mil hombres se interpuso en su camino, pero, eludiendo Díaz su encuentro prosiguió a Nuevo León por distinto rumbo, pero fue completamente derrotado en Icamole por las fuerzas federales, que mandaban los generales Fuero, Guerra y Quiroga. Díaz se vio obligado a marchar a Oaxaca a unirse con las escasas fuerzas que, acaudilladas por Hernández, Sarmiento y Alatorre, operaban en aquella región sublevadas contra el gobierno.

En medio de este conflicto nacional se hicieron las elecciones. Declarado presidente Lerdo de Tejada el 26 de octubre, fue desconocido por el vicepresidente Iglesias que, titulándose presidente, abandonó su puesto y protegido por el gobernador Florencio Antillón pasó a Guanajuato donde fue reconocido por algunos caudillos porfiristas.

Lerdo organizó su gabinete, cuya cartera de Guerra puso en manos del general Escobedo.

La reducción del ejército que como medida de economía se había dispuesto por ese tiempo, fue causa de que, notablemente debilitado, no estuviera ya en condiciones de sofocar las fuerzas de Porfirio Díaz ni a las que apoyaban al gobierno de Iglesias en Guanajuato.

Sin embargo, fue organizada una potente división para combatirla este último en la región del bajío. Pero al mismo tiempo los tuxtepecanos efectuaban la concentración de sus tropas. Movilizándose Díaz hacia Huamantla, el 16 de noviembre presentó batalla a los federales en Tecocac, auxiliado por las fuerzas de González. Marchando este violentamente desde Apizaco, atacó la retaguardia obteniendo una completa victoria sobre las fuerzas del gobierno.

Sin recursos para continuar la lucha, en la noche del 20 de noviembre salió de la capital el presidente Lerdo de Tejada al puerto de Acapulco, donde, acompañado de sus ministros Romero Rubio, Baz, Tagle, Escobedo y otros de sus inmediatos colaboradores se embarcó a Nueva York.

Tres días después entraba el general Porfirio Díaz a la Ciudad de México y, fundado en el Plan proclamado en Tuxtepec, asumió la presidencia de la República.

## XXV

ESCOBEDO REVOLUCIONA EN LA FRONTERA.  
SU PRISIÓN EN CUATRO CIÉNEGAS.  
“EL GENERAL ESCOBEDO ES HOMBRE DE HONOR”.  
DEDÍCASE A LA VIDA DEL CAMPO.  
ENTREVISTA CON POLA SOBRE LA TRAICIÓN DE LÓPEZ.

La permanencia del general Escobedo al lado de Lerdo de Tejada en Nueva York se prolongó cerca de dos años.

Fiel partidario del inteligente estadista que acompañara a Juárez en su peregrinación, le reconocía como el alma misma de la defensa que el partido liberal había sostenido contra el imperio y continuaba por lo mismo en el extranjero trabajando por su reinstalación en la Presidencia de la República.

Aunque sofocados a cada impulso de rebelión quedaban todavía en México algunos grupos simpatizantes de Lerdo.

En mayo de 1878 pasó Escobedo a Galveston y de allí a San Antonio y, de acuerdo con Garza Ayala, Amador, Martínez, Salmas y otros jefes, acaudilló un movimiento revolucionario en las poblaciones de la frontera de Coahuila, logrando sostenerla por algunos meses.

Las fuerzas del gobierno, al mando de Treviño y Naranjo, desplegando toda su actividad, destruyeron bien pronto su intento. El coronel Ponciano Cisneros, obedeciendo oportunamente las disposiciones de estos dos jefes y sabiendo que Escobedo se encontraba en la hacienda de Dolores, forzó sus marchas logrando llegar a ese lugar, pero Escobedo había salido a Cuatro Ciénegas. En dicha población fue protegido por Jesús Carranza, cuya casa fue cateada por Cisneros días después y, encontrando en el patio los caballos del jefe revolucionario, Carranza fue detenido.

Sabido esto por Escobedo inmediatamente ofreció presentarse si se ponía en libertad a su generoso protector, cumpliendo fielmente su palabra al someterse a Cisneros el día 20 de julio, a las ocho de la mañana.

Cinco días después llegaba custodiado a Monterrey donde sus antiguos compañeros de armas Treviño y Naranjo, enemigos en política, pero leales y

caballerosos en la amistad, le prodigaron todo género de atenciones. Dos piezas del Palacio de Gobierno perfectamente amuebladas le sirvieron de prisión provisional. El 5 de agosto, restablecido de la enfermedad que por esos días le tuvo en cama y escoltado por Naranjo se puso en camino de la capital.

En este memorable viaje –nos dice el culto escritor nuevoleonés don Leopoldo Naranjo– el general Reyes, entonces capitán, era el jefe de la escolta de relevo que se incorporó en Matehuala hasta llegar a San Luis Potosí. Durante el trayecto, ya Escobedo en franco alivio pidió montar a caballo; se le concedió en el acto dándole la mejor cabalgadura adelantándose a la vanguardia varios kilómetros. El capitán Reyes, jefe de la escolta, da aviso al general Naranjo del incidente. El general Naranjo contesta de enterado, agregando: “El general Escobedo es hombre de honor”. En San Luis Potosí Escobedo se entera del incidente y la contestación de Naranjo y no olvida que Reyes dudó de su honor. Veinte años después, en 1898, cuando saludó al general Díaz en Monterrey, en la presentación a Reyes, recalca: General Escobedo, hombre de honor. Reyes contesta que nunca lo ha dudado. Sobra el comentario.

El 18 de septiembre, ya en la prisión militar de Santiago de Tlatelolco, se le instruye juicio, pero los licenciados Vidal Castañeda, Francisco Hernández, Emeterio de la Garza y Joaquín Alcalde poco hubieron de esforzarse para obtener la libertad del ilustre preso. Este la obtuvo bajo su palabra de honor el día 25 de octubre, “después de un pacto conciliatorio, caballeroso, de paz, de amistad, de honor y de concordia”.<sup>5</sup> Retirado a la vida privada fue llamado en 1881 por el secretario de Guerra Jerónimo Treviño, para formar parte de la Comisión Organizadora de los Códigos Militares. Más tarde (diciembre de 1882) fue nombrado presidente de la Suprema Corte de Justicia Militar.

Obtenida su carta de retiro del ejército, fijó su residencia en la ciudad de Tacubaya, pasando temporadas periódicamente en sus propiedades de San José del Salitre, a inmediaciones de Cuautitlán, o en Laguna de Chamacuero, (hoy Comonfort) Guanajuato.

El estado de Aguascalientes le nombró su representante en el Congreso de la Unión, y a su vez el gobierno lo designó interventor del Banco Nacional y repre-

---

<sup>5</sup> Leopoldo Naranjo. carta al autor.

sentante suyo en los Ferrocarriles; cargos que desempeñaba con relativa regularidad, porque sufriendo de anemia, estaba decaído. El periodista Ángel Pola, nos proporciona interesantes datos sobre esta época de su vida, tan poco conocida.

En sus haciendas –dice– se levanta casi con el día, monta a caballo, recorre sus siembras y dirige las labores agrícolas. No obstante estar retirado del ejército trasluce en sus menores actos su vida de mando. Bien puede decirse que la ordenanza ha venido a ser en él una segunda naturaleza. Habla con pausa y acentúa todo final de frase. Cuando quiere algo, parece que ordena; pero ya no, ni por asomo como cuando estaba en la plenitud de sus días rodeado de brillante estado mayor, el cual le veía como al mismo Marte.

Fue por esos tiempos (1887) cuando resurgió el discutido tema de la traición de Querétaro y en que, con tal motivo, no fueron pocas las polémicas que se suscitaron en los bandos periodísticos y particulares.

El mismo Ángel Pola decidió celebrar con el general Escobedo una entrevista que, dada a conocer después en los principales diarios del país, continuó siendo objeto de diversidad de opiniones. Como la voz autorizada del patriota de Galeana nos parece el documento más fehaciente sobre este pasaje de nuestra historia, transcribimos el texto de Pola quien nos hace además un admirable retrato del anciano caudillo.

Sale luego la venerable figura del general. Alto, enjuto de carnes, huesudo, color moreno, rostro oval, frente amplia y surcada de arrugas, impresas, tal vez las más por el carácter imperativo de su profesión; cejas un tanto pobladas y ligeramente curvas, ojos de mirada relevante a la vez que de dulzura, de energía; nariz afilada y recta; barba cana, espesa y dividida en porciones elegantes; labios delgados y el superior cubierto por un poblado bigote; orejas levantadas de muy amplio pabellón; saco de dril ruso, de faldas hasta las corvas; pantalón burdo de ancha franja, del mismo casimir, desprendida la costura lateral; sombrero aludo de palma; zapatos de suela y tacón fuertes, hundidas las manos en las bolsas.

Sus propiedades de Laguna de Chamacuero las tenía divididas en porciones que trabajaban sus medieros a quienes facilitaba bestias y herramienta. La instrucción

para los habitantes del lugar era obligatoria y gratuita; los trabajadores del campo le respetaban y servían con gusto por lo mucho que les quería. Él a todos llamaba hijos y los curaba y vestía como si en verdad lo fueran.

Su pieza de trabajo con ventana al jardín que él cultiva por ejercicio, es sencilla. No hay cedro, terciopelos ni caoba. Las paredes adornadas con declaraciones de benemérito, condecoraciones quitadas al enemigo, diplomas, mapas, despachos, retratos de los héroes;

Hidalgo, Juárez, Zaragoza, Lerdo de Tejada... En otra pieza una panoplia con armas antiguas; los fusiles con que se dio muerte a Maximiliano y otro de Miramón; dos pistolas que Mejía le dio al ser conducido a su prisión de la Cruz; dos espadas de puño de oro y dos bastones de puño de oro y pedrería, regalo de ciudades agradecidas...

Precedieron a la entrevista recuerdos de Juárez y Lerdo, de la batalla del 5 de Mayo y de la toma de Querétaro.

—Señor general, ¿hubo alguien que le ofreciese la plaza?

—El 10 de mayo un sargento Engle mandó pedirme permiso por conducto de una mujer, para hablarme en Calleja. En la noche se desprendió del punto intermedio entre San Francisco y la Cruz, y ofreció entregarme el punto indicado, sin más condición que darle lo necesario para volver a su país. Le ofrecí lo que deseaba a condición de que volviese a su punto, hasta entretanto se dispusiera lo conveniente.

—¿Fue esa, señor general, la única proposición que usted recibió?

—El día 12 recibí de San Francisco proposiciones del jefe de punto, sargento Miguel Colich, para pasarse, sin más condiciones que garantizarle la vida. Contesté accediendo a lo que deseaba y diciéndole que esperara. Cualesquiera de los puntos indicados hubiera sido bastante para ocupar a Querétaro, dejando aisladas la Cruz y las Campanas; pero pesaba en mi ánimo el ocupar por asalto la ciudad, porque si yo tenía diez mil hombres perfectamente armados, organizados y disciplinados, capaces de todo, quince mil habían estado presentándose en pequeñas fracciones, que ni su organización ni su disciplina daban bastante garantías para que, si al tomar una plaza por asalto, no quedara la ciudad reducida a la más absoluta destrucción. Esto me hacía



esperar que el enemigo o intentara abrirse paso por la condición a que había llegado o que se rindiera, y en ambos casos habría salvado una ciudad de males terribles que pesarían exclusivamente sobre el general en jefe.

—¿Y la entrevista que tuvo usted con el coronel Miguel López?

—El día 14 se había recibido aviso de que en la noche se intentaría una salida por San Gregorio; y recorriendo yo la línea de oriente de la plaza, un ayudante del coronel Julián Cervantes daba parte de que un jefe de la plaza deseaba hablarme. Lo recibí en la casa del señor Cervantes, siendo el que deseaba hablarme el coronel Miguel López, quien me manifestó que el Emperador, deseando evitar el derramamiento de sangre, había renunciado a la corona y que ofrecía, bajo su palabra de honor no volver al país por ningún motivo; que esperaba le permitiera salir de la plaza con algunos jefes y escoltado por un escuadrón de la Emperatriz hasta las inmediaciones de Tuxpan, donde se embarcaría.

Por toda contestación signifiqué a López que las órdenes de mi gobierno eran, o rendidos sin condición o batidos. Continuó instándome sobre la conveniencia de que se obligara a la guarnición a romper el sitio y salir, porque esto haría que se prorrogara la guerra del país de una manera indefinida y que en nombre de la paz y por el Archiduque, por quien cualquier sacrificio que hiciera lo consideraría pequeño, esperaba obrara con alguna magnanimidad, sin obligarlos a salir de la plaza por un ataque brusco, que quizá costaría mucha sangre. En contestación signifiqué a López que ya conocía de lo que eran capaces mis fuerzas; que deseaba la salida porque esto haría que nuestro triunfo fuera completo y sin que sufriera la población; que carecía en la plaza de toda clase de elementos; que la desmoralización era absoluta y que podría traerle, si deseaba, el coronel Paz y Puente y teniente coronel Ontiveros, que acababan de pasarse.

Con esto quedó terminada nuestra conferencia, en la que, volviendo a instar López hiciese cuanto me fuera posible por darle garantías al Archiduque, que no me pesaría; con algún disgusto le signifiqué que suspendiera de hablarme y me dijera qué lo autorizaba para venir a tomar el nombre del Archiduque, como su comisionado secreto. A esto me contestó que no traía más que la copia de su despacho y una carta que me presentó, y en la que le hablaba al Archiduque como a persona de su mayor confianza. Pasado esto, hice que lo volvieran a su línea con las formalidades de estilo.

—Señor general, ¿le pidió algo más el coronel López?

—Ni ascensos, ni garantías, ni dinero. Todo lo que me pidió era para el Emperador, y solo para el Emperador.

—¿Cómo, pues, se dice que entregó la plaza y que traicionó a Maximiliano?

—Tuve la creencia de que López hubiera salido a hablar conmigo por autorización del Archiduque, y esta se corroboró cuando, el 17 de mayo, hablando conmigo el Archiduque, en mi tienda de campaña en La Purísima, al significarle que algunas personas habían pedido permiso para hablarle, y entre estas el coronel López, y que si no les había dado permiso era porque deseaba preguntarle si deseaba recibirlas; me contestó que no tenía inconveniente en recibir a algunas personas, suplicándome permitiera al coronel López que lo viera. Signifiqué que muy especialmente me refería a López a quien no sabía si quería recibir por algunas versiones que había en la plaza, respecto de la lealtad de su persona. Me contestó solo: "A mí el coronel López no me ha faltado". Y las mismas palabras que López me dijo la noche del 14, me las repitió el Emperador en el cerro de las Campanas.

## XXVI

RESIDENCIA DEL GENERAL ESCOBEDO EN TACUBAYA.  
SU ENFERMEDAD.  
DISPOSICIÓN TESTAMENTARIA.  
VISITA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA.  
SU FALLECIMIENTO. SUS FUNERALES.  
BENEMÉRITO DE LA PATRIA.

Los años postreros del general Escobedo fueron de poca actividad. Agotadas sus energías apenas si hacía un corto ejercicio a pie por las inmediaciones de sus fincas de campo. La vida azarosa de la guerra, el peligro de cien combates y el fragor de la metralla habían respetado siempre su excelente constitución física. El peso de los años y las dolencias consecuentes a su pasado tormentoso, empezaban sin embargo a doblegar aquella naturaleza de roble. Fue por ello que, dejando su hacienda pasó a su residencia de Tacubaya a fin de que le atendieran los médicos de la capital.

El 15 de mayo de 1902, aniversario del triunfo de Querétaro, le había sido ofrecido por sus amigos y por los socios del Casino Nacional un banquete en el que se recordó aquella fecha. Tres días después se recluía en sus habitaciones atacado de un viejo padecimiento vesical. Su casa situada frente al "Árbol Bendito", en la "Ciudad de los Mártires", fue objeto de numerosas visitas.

El martes veinte se acentuó su gravedad. El diputado Garfias llevó la noticia a la Cámara y esta designó a los diputados nuevoleonenses Lorenzo Sepúlveda y Agustín Lozano para visitarle.

Esa misma noche, ante el notario José García Plaza, hizo algunas reformas a su testamento cerrado, hecho con anterioridad. Con la resignación y entereza que le permitía su lucidez, dictó además algunas instrucciones verbales a su hermano el presbitero don Pablo que le asistía en sus últimos momentos, a los demás miembros de su familia y a su ayudante el capitán Mariscal. Significó su deseo de que, a su fallecimiento, no se le diera sepultura en la Rotonda de los Hombres Ilustres, sino en la de los Héroes del 47, por haber sido aquella época la de su iniciación en la carrera de las armas.

Designando como depositario de su testamento al mismo diputado licenciado Luis G. Garfias, hacía en él algunos legados a instituciones benéficas y principalmente a la instrucción pública. Sus prendas históricas, uniformes, condecoraciones, armas, etc., los donó al Museo Nacional de Artillería, y su archivo al historiógrafo Fernando Iglesias Calderón.

Los doctores Jesús E. Valenzuela, Fernando Ortega y Ramón Agea, que desde un principio lo habían estado atendiendo, tenían alguna esperanza de salvarle debido a su temperamento resistente, pero esta desapareció cuando a las seis de la tarde declararon ser neumonía central.

Recibida en la Secretaría de Guerra la noticia de su gravedad, el general Bernardo Reyes pasó en su carruaje a visitarle y dispuso se avisara al presidente de la República quien también hizo dos visitas al ilustre enfermo. Durante algunas horas permaneció el general Díaz a su cabecera y por telégrafo y teléfono se estuvo informando después de su estado a cada momento.

A las 11 de la noche la enfermedad había entrado en su periodo crítico. Tres horas después, a las 2 de la mañana del jueves 22 de mayo de 1902, la nación se enlutaba con la muerte del vencedor de Querétaro.

Se hallaban con él en Tacubaya su hermano el presbítero don Pablo, sus hijas doña M<sup>a</sup> Guadalupe de Garduño y doña María de Serrato, su hijo Mariano y sus hijos políticos ingeniero Manuel Serrato y diputado Juan Garduño. Este último estuvo recibiendo las condolencias de las innumerables comisiones oficiales y particulares, así como de las distintas comisiones científicas y literarias. El general Díaz, personalmente dispuso la manera en que habrían de hacerse los honores póstumos.

Momentos después de su muerte los mismos doctores Valenzuela, Agea y Ortega embalsamaron el cadáver. Vestido con el uniforme de la Guardia Vieja, fue conducido de la cámara mortuoria a la sala principal de la casa que se llenó materialmente de ofrendas florales.

Una guardia de honor con bandera enlutada, compuesta de cuarenta hombres del 13° Batallón y asistida por doce jefes y oficiales a las órdenes del general de brigada Gregorio Ruíz, se situó frente a la casa del extinto.

La orden general extraordinaria de la Plaza, comunicada a las 5 de la tarde, prevenía tributársele honores de ministro de Guerra. Por su parte la Cámara de Diputados abrió las puertas de su recinto para servirle de capilla ardiente y efectuar en él la ceremonia oficial que precedería al sepelio.

A las ocho y media de la mañana del sábado 24, una brigada a las órdenes del general Mariano Ruíz y una batería de los Regimientos 2° y 4°, acompañaron el cadáver desde la casa mortuoria en Tacubaya hasta la Cámara de Diputados.

El acto celebrado en el palacio del Poder Legislativo fue imponente.

Estaban allí representaciones de la política y parlamento, de la banca, el comercio y la industria, así como multitud de estudiantes, particulares y pueblo que llenaban los palcos y galerías. A las nueve de la mañana llegaron los miembros de las Cámaras, altos jefes del Ejército, representantes de los estados y comisiones especiales del Senado, de la Suprema Corte de Justicia y de las escuelas de Medicina, Jurisprudencia, ingenieros y preparatoria, con sus banderas enlutadas.

La banda de zapadores batió marcha de honor mientras la música tocaba el Himno Nacional y la tropa presentaba armas. Momentos después, se presentaba en el salón la comitiva oficial.

En una plataforma cubierta de merino negro, colocada cerca del catafalco, tomó asiento el presidente de la República. A su derecha el ministro de Relaciones, señor Mariscal, y a su izquierda el presidente de la Cámara, licenciado Sánchez Mármol. Los ministros de Hacienda, Fomento, Guerra, Comunicaciones, Justicia y Gobernación, ocuparon los demás sitios.

Iniciada la ceremonia, el diputado José López Portillo pronunció en representación de la Cámara, una alocución que concluyó con un breve panegírico del desaparecido, cuya vida podía condensarse –según su expresión– en una sola frase: “Una constante consagración a la Patria”. “Su espíritu –dijo en seguida– fue el de un caballero andante que tuvo a la Libertad por señora de sus pensamientos...”.

El general Bernardo Reyes, ministro de la Guerra, habló a continuación en nombre del ejército. Con voz vibrante y profundamente conmovida, relató algunos pasajes de la vida del héroe de Santa Gertrudis, bajo cuyas órdenes le había tocado en suerte militar.

Por disposición del general Díaz, el diputado José M<sup>a</sup> Castellanos dio a conocer el orden que habría de seguir la comitiva fúnebre.

Afuera la multitud era enorme. La carroza esperaba ya en la esquina de las calles del Factor y la Canoa. A la salida del féretro rompieron el silencio las cornetas y tambores batiendo marchas de honor, en tanto que las tropas formadas en la calle de Vergara presentaban armas.

Tras el carro fúnebre, en primer término, iba una plataforma cubierta de paños negros conduciendo las ofrendas florales que eran más de trescientas. La guardia de honor marchaba enseguida y a continuación el carruaje del Presidente y sus secretarios de estado. Los magistrados y miembros de ambas cámaras ocupaban los cinco carruajes siguientes y cerraban el desfile los que conducían a los altos jefes militares, gobierno del Distrito, magistrados del Supremo Tribunal de Guerra, escuelas y particulares.

La gendarmería montada escoltó el cortejo que, tomando por las calles de Santa Clara, Tacuba y Empedradillo, continuó hasta llegar a la vía de Tacubaya donde se trasladó el féretro a una carroza eléctrica.

La ciudad entera veía conmovida el paso del valiente nuevoleonés a su última morada. Balcones y azoteas vestían negros crespones en señal de duelo.

A lo largo del camino, hasta la puerta del panteón de Dolores, se extendían las tropas que habrían de rendirle el postrer homenaje. A la entrada esperaba el general Francisco O. Arce con la división de su mando, que hacía valla hasta el lugar del sepulcro.

Colocado el ataúd sobre el improvisado túmulo, ocuparon los asistentes la triple hilera de sillas que llenaban la rotonda. La comitiva oficial ocupó los asientos dando comienzo un último homenaje al patricio de Galeana.

Ocupó la tribuna el licenciado Rafael Zayas Enríquez. En su discurso revivió muchos de los hechos meritisimos del guerrero, concluyendo con los siguientes conceptos: "Tal fue Escobedo. Mídalo la envidia con su raquítico metro; siempre resultará un titán. Fúndalo el odio en el crisol que quiera; siempre resultará en el fondo la lealtad, el patriotismo, la virtud y la heroicidad de su alma, desprendiéndose de la escoria de la materia humana".

El joven abogado Rodolfo Reyes, a nombre de la 2ª Reserva del Ejército, fue el último orador. Serían las doce y media del día cuando los restos mortales del noble hijo de Nuevo León, del anciano soldado de México, descendían a su tumba.

Al toque marcial de las cornetas las baterías hicieron quince disparos. Al mismo tiempo el Himno Patrio desgranaba sus notas.

Dividida la rotonda de los Hombres Ilustres en dos grandes círculos, subdivididos a su vez en cuatro tramos, correspondió al general Escobedo la fosa número 29. Junto a esta reposan los restos de Ponciano Arriaga, José Mª Mata, Donato Guerra, Felipe Berriozábal, Melchor Ocampo, Leona Vicario y Andrés Quintana Roo.

Muchas poblaciones en nuestro país llevan su nombre y son innumerables también las instituciones benéficas, centro de instrucción, salas de espectáculos, avenidas y paseos públicos que lo ostentan. Cinco estados y otras tantas municipalidades se honraron llamándole su hijo predilecto o ciudadano distinguido. El gobierno del presidente Francisco I. Madero, por decreto de 18 de diciembre de 1912, dispuso se escribiese su nombre con letras de oro en el salón de sesiones del Congreso de la Unión, declarándole, además, Benemérito de la Patria.

## HOJA DE SERVICIOS DEL GENERAL DE DIVISIÓN MARIANO ESCOBEDO

### SECRETARÍA DE GUERRA Y MARINA DEPARTAMENTO DEL CUERPO ESPECIAL DE ESTADO MAYOR, PLANA MAYOR DEL EJÉRCITO

Hoja de servicios del C. General de División Mariano Escobedo, su edad cincuenta y siete años, natural de Galeana del Estado de Nuevo León, su estado casado, sus servicios y circunstancias los que a continuación se expresan:

FECHA EN QUE OBTUVO LOS EMPLEOS Y TIEMPO QUE HA SERVIDO EN CADA UNO

#### EMPLEOS Y GRADOS

- 14 DE SEPTIEMBRE DE 1846. Alférez guardia nacional, por el General P. Ampudia, Comandante General y en Jefe de las Fuerzas del Norte; sirvió 5 años, 11 meses, 17 días.
- 31 DE AGOSTO DE 1852. Teniente de Caballería guardia nacional, por el Gobernador del Estado de Nuevo León, Agapito García, sirvió 1 año, 7 meses, 21 días.
- 22 DE ABRIL DE 1854. Capitán de Caballería guardia nacional, por el General P. Ampudia, Gobernador y Comandante General del Estado de Nuevo León.
- 26 DE JULIO DE 1855. Grado de Comandante de Escuadrón guardia nacional, por el General S. Vidaurri, Gobernador del Estado de Coahuila y Nuevo León, y en Jefe de las Fuerzas del Norte sirvió ambos empleos 1 año, 9 meses, 5 días.
- 27 DE ENERO DE 1856. Comandante de Escuadrón guardia nacional, por el General S. Vidaurri, Gobernador y Comandante Militar del Estado de Nuevo León y Coahuila.
- 21 DE FEBRERO DE 1856. Grado de Teniente Coronel de Caballería, por el mismo General S. Vidaurri; sirvió ambos empleos 2 años, 1 mes, 23 días.
- 20 DE MARZO DE 1858. Teniente Coronel de Caballería, por el General S. Vidaurri,



Gobernador y Comandante Militar del Estado de Nuevo León y Coahuila, y en Jefe de las Fuerzas del Norte.

21 DE JUNIO DE 1858. Grado de Coronel de Caballería, por el General S. Degollado; sirvió ambos empleos 4 meses, 25 días.

15 DE AGOSTO DE 1858. Coronel de Caballería guardia nacional, por el Gobernador y Comandante Militar del Estado de Nuevo León y Coahuila.

3 DE JULIO DE 1862. Coronel de Caballería auxiliar, por el Presidente Benito Juárez, en revalidación y con la antigüedad de 15 de agosto de 1858.

25 DE ABRIL DE 1863. Grado de General de Brigada, por el General J. González Ortega, en Jefe de Ejército de Oriente; los tres empleos los sirvió 7 años, 3 meses, 15 días.

30 DE NOVIEMBRE DE 1865. General de Brigada efectivo, por el Presidente Benito Juárez, 11 meses, 2 días.

2 DE NOVIEMBRE DE 1866. General de División, por el mismo Presidente.

29 DE JUNIO DE 1868. General de División, por el mismo Presidente, en revalidación y con la antigüedad de 2 de noviembre de 1866, en que se le confirió este empleo, 18 años, 23 días.

ABONO DE TIEMPO DOBLE CONFORME AL DECRETO DE 2 DE DICIEMBRE DE 1878, 5 años, 6 meses, 13 días.

Total de servicios prestados a la Patria hasta el 25 de noviembre de 1884 en que se cerró esta hoja, 43 años, 8 meses, 24 días. De esta fecha hasta el 22 de mayo de 1902, en que paga su tributo a la Madre Naturaleza, ha servido en la Plana Mayor del Ejército, 16 años, 5 meses, 27 días.

Total de servicios prestados a la Patria por el incorruptible y bravo general don Mariano Escobedo 60 años, 4 meses, 20 días.

#### CUERPOS EN QUE HA SERVIDO Y CLASIFICACIÓN DE TIEMPO

EN EL ESTADO MAYOR DEL CORONEL JOSÉ LÓPEZ URAGA; de 14 de septiembre a 20 de octubre de 1846, 1 mes, 6 días.

EN LA 1ª COMPAÑÍA DE GALEANA, GUARDIA NACIONAL; de 21 de octubre de 1846 a 10 de enero de 1848, 1 año, 2 meses, 20 días.

EN LA COMPAÑÍA ACTIVA DE GALEANA; de 11 de enero de 1848 a 31 de agosto de 1852, 4 años, 7 meses, 21 días.

DE 2º JEFE DEL CANTÓN DE GALEANA; de 1º de septiembre de 1852 a 22 de abril de 1854, 1 año, 7 meses, 21 días.

CON EL MANDO DE LAS PARTIDAS DE FUERZAS DE GALEANA, ITURBIDE Y RAYÓN, DENOMINADAS 5º CANTÓN; de 23 de abril de 1854 a 26 de julio de 1855, 1 año, 3 meses, 4 días.

CON EL MANDO DE LOS ESCUADRONES 4º Y 5º DEL EJÉRCITO DEL NORTE; de 27 de julio de 1855 a 27 de enero de 1856, 6 meses, 1 día.

CON EL MANDO DEL 3ER. REGIMIENTO DE RIFLEROS DEL NORTE; de 28 de enero de 1856 a 21 de marzo de 1857, 1 año, 1 mes, 24 días.

CON EL MANDO DEL 20. REGIMIENTO DE RIFLEROS Y DE UNA BRIGADA COMPUESTA DEL 3er BATALLÓN DE AGUASCALIENTES, LANCEROS DE SAN LUIS, 2º REGIMIENTO DE RIFLEROS Y MEDIA BATERÍA; de 22 de marzo de 1857 a 14 de agosto de 1858, 1 año, 4 meses, 23 días.

DE COMANDANTE MILITAR DEL SALTILLO Y EN LAS FUERZAS DE NUEVO LEÓN Y COAHUILA; de 15 de agosto de 1858 a 1º de septiembre de 1859, 1 año, 17 días.

CON EL MANDO DE LA LEGIÓN DEL NORTE Y DIFERENTES MANDOS DE VARIAS BRIGADAS; de 2 de septiembre de 1859 a 25 de septiembre de 1863, 4 años, 24 días.

DE MAYOR GENERAL Y JEFE DE DIFERENTES BRIGADAS; de 26 de septiembre de 1863 a 25 de marzo de 1865, 1 año, 6 meses.

DE GOBERNADOR Y COMANDANTE MILITAR DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN, JEFE DE LAS FUERZAS DE ESTE ESTADO Y DE LAS DE COAHUILA, TAMAULIPAS, SAN LUIS POTOSÍ, CHIHUAHUA, DURANGO, ZACATECAS Y AGUASCALIENTES; de 26 de marzo de 1865 a 1º de marzo de 1867, 1 año, 11 meses, 6 días.

DE GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES, FORMADO DE LOS CUERPOS DE EJÉRCITO DE OCCIDENTE, CENTRO, NORTE Y TRES BRIGADAS DE ORIENTE; de 2 de marzo a 10 de septiembre de 1867, 6 meses, 9 días.

CON EL MANDO DE LA 3ª DIVISIÓN DEL EJÉRCITO; de 11 de septiembre de 1867 a 3 de julio de 1870, 2 años 9 meses, 23 días.

EN CUARTEL; de 4 de julio de 1870 a 22 de julio de 1874, 4 años, 19 días.

CON EL MANDO DE LA 3ª DIVISIÓN DEL EJÉRCITO; de 23 de julio de 1874 a 30 de agosto de 1876, 2 años, 1 mes, 8 días.

DE SECRETARIO DE GUERRA Y MARINA; de 31 de agosto de 1876 a 20 de noviembre del mismo año, 2 meses, 20 días. Se le abona de 21 de noviembre de 1876 a 9 de

noviembre de 1880, según disposición económica de esta Secretaría fecha 29 de octubre de 1881, 3 años, 11 meses, 19 días.

EN COMISIÓN, COMO MIEMBRO DE LA JUNTA PARA REFORMAR LA ORDENANZA GENERAL DEL EJÉRCITO; de 10 de noviembre de 1880 a 29 de diciembre de 1882, 2 años, 1 mes, 20 días.

DE PRESIDENTE DE LA SUPREMA CORTE DE JUSTICIA MILITAR; de 30 de diciembre de 1882 a la fecha en que se cierra esta hoja, 1 año, 10 meses, 26 días.

ABONO DE TIEMPO DOBLE, CONFORME AL DECRETO DE 2 DE DICIEMBRE DE 1878, 5 años, 6 meses, 26 días.

Total de servicios hasta 25 de noviembre de 1884, 43 años, 8 meses, 24 días.

#### CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO

##### AÑO DE 1846

EN LA CAMPAÑA CONTRA LA INVASIÓN AMERICANA.

EN LA DEFENSA DE LA PLAZA DE MONTERREY, en los días 21, 22 y 23 de septiembre, a las órdenes del General Pedro Ampudia, contra los americanos mandados por el General Taylor.

EN EL COMBATE EN EL CAÑÓN DE SANTA ROSA, el día 20 de diciembre, a las órdenes del Comandante F. Martínez Salazar, contra trescientos americanos mandados por el Coronel Nay.

EN LA CAPTURA DE TREINTA Y SIETE AMERICANOS, hecha en Galeana, de los cortados de la retaguardia el día anterior.

##### AÑO DE 1847

EN LA CAMPAÑA CONTRA LA INVASIÓN AMERICANA.

EN LA TOMA DE LA PLAZA "ENCARNACIÓN GUZMÁN", el 20 de enero, a las órdenes del General Francisco Ávalos, de la Brigada Miñón, contra los americanos mandados por Worth, Land y Gaine, donde se le hicieron ciento veinte prisioneros, incluso los jefes y oficiales.

EN EL COMBATE EN EL CAÑÓN DE PALOMAS, el 26 de enero, a las órdenes del General Valentín Cruz, de la Brigada Miñón, contra los americanos mandados por Heady, en el que se le aprehendieron noventa americanos.

EN LA BATALLA DE LA ANGOSTURA, los días 22 y 23 de febrero, a las órdenes del General Santa Anna, contra los americanos mandados por el General Taylor.

AÑO DE 1848

EN LA CAMPAÑA CONTRA LOS INDIOS BÁRBAROS.

EN EL COMBATE DEL CAPULÍN, a las órdenes del Comandante Pedro Cortés, contra los indios bárbaros, el 15 de mayo.

EN EL COMBATE DEL CAÑÓN DE HUACHICHILI, el 8 de diciembre a las órdenes del Comandante Pedro Cortés, contra los indios bárbaros.

AÑO DE 1849

EN LA CAMPAÑA CONTRA LOS INDIOS BÁRBAROS.

EN EL COMBATE DEL CAÑÓN DE SOLÍS, el 10 de mayo, a las órdenes del Comandante Pedro Cortés, contra los indios bárbaros.

EN EL COMBATE DE LA HEDIONDILLA, el 5 de diciembre, a las órdenes del Comandante Pedro Cortés, contra los indios bárbaros.

AÑO DE 1850

EN EL COMBATE DE SOLÍS, el 21 de junio, a las órdenes del Teniente Coronel Aramberri, contra los indios bárbaros.

AÑO DE 1852

EN EL COMBATE DE LAS CALABAZAS, el 5 de octubre, a las órdenes del Comandante D. Mauricio Medellín, contra los indios bárbaros.

AÑO DE 1853

EN EL COMBATE DE SANTA RITA, contra los indios bárbaros.

AÑO DE 1855

EN LA CAMPAÑA DEL PLAN DE AYUTLA.

EN LA PERSECUCIÓN DEL SALADO A LOS MAIRANES, el 3 de mayo, al Gobernador y Comandante Militar de Coahuila, Valentín Cruz, por orden del Gobernador y Comandante Militar de Nuevo León, Santiago Vidaurri.

EN LA ACCIÓN DE SALTILLO, el 23 de julio, a las órdenes del General Santiago Vidaurri, contra fuerzas al mando del general Francisco Güitián.

EN EL COMBATE DE MORTERILLOS, en agosto, a las órdenes del coronel Juan Zuazua contra fuerzas al mando del general Anastasio Parrodi.

EN LOS COMBATES, EN LOS TRES DÍAS SUBSECUENTES, en que el Comandante Escobedo, con el mando de los Escuadrones 4º y 5º, contenía la marcha del General Parrodi, entretanto el Coronel Zuazua ocupaba la plaza de San Luis Potosí, haciendo capitular a D. Antonio de Haro y Tamariz.

AÑO DE 1856

EN LA CAMPAÑA CONTRA LOS INDIOS BÁRBAROS.

EN EL ALCANCE, EN EL LLANO DE BUENOS DÍAS, el 27 de enero con las compañías de Galeana, Iturbide y Rayón, a una fuerte partida de indios.

EN EL COMBATE Y DISPERSIÓN, EN EL CAÑÓN DE SAN LUCAS, el 19 de febrero, a una fuerte partida de indios.

EN EL ALCANCE Y TENAZ PERSECUCIÓN, EN SAN ANTONIO DE LAS ALAZANAS, el 21 de febrero, de una partida de más de cien Mezcaleros y Comanches, dispersos en San Lucas, en la que el Comandante Escobedo, no teniendo ya más de cuarenta hombres los derrotó después de un reñidísimo combate; dejándoles en el campo más de treinta muertos y haciéndoles tres prisioneros.

EN EL COMBATE DE VILLAGRÁN, el 3 de marzo, a las órdenes del Coronel Zayas, contra las fuerzas de Tamaulipas, al mando de Aregullín.

EN EL COMBATE DE POTRERILLOS, el 24 de marzo, contra las fuerzas mandadas por los Generales Juan J. de la Garza y Pedro Hinojosa.

EN EL COMBATE, EN EL RÍO DE LA MECA, el 22 de abril, contra fracciones de la fuerza de los mismos generales.

EN EL COMBATE DE SANTA ENGRACIA, el 11 de mayo, a las órdenes del General Zaragoza, contra fuerzas de los mismos.

EN EL COMBATE DE LA MESA DEL SALERO, el 27 de junio, contra fuerzas de los mismos.

EN EL COMBATE EN EL RÍO DE LA PARIDA, el 22 de octubre, contra fuerzas de los mismos.

EN EL COMBATE EN EL RÍO DE LOS CABEZONES, el 1º de noviembre, contra ídem.

EN EL COMBATE EN EL RÍO DE RAMOS, el 3 de noviembre, contra fuerzas de los mismos.

EN LA ACCIÓN DE LOMA LARGA, en el mismo mes, mandando en Jefe de las fuerzas contra los mismos.

EN LA DEFENSA DE LA CIUDADELA DE MONTERREY, en noviembre, atacada por las fuerzas de los mismos generales Garza e Hinojosa, los que fueron derrotados, y hecho prisionero el segundo.

EN EL AVANCE DE LAS FUERZAS A LA RINCONADA, y tratado de la Cuesta de los Muertos, por los Generales Rosas Landa y Vidaurri, con lo que quedó concluida la guerra por el "Estatuto Orgánico".

#### AÑO DE 1857

EN EL ATAQUE Y TOMA DE LA PLAZA DE SAN LUIS POTOSÍ, los días 18 y 19 de febrero, a las órdenes del General Santiago Vidaurri, contra las fuerzas de los Generales Calvo y Alfaro. Con la toma de esta plaza y la acción de Tunas Blancas, dada por el General Parrodi, en la que salió herido el General Osollo, concluyó esta campaña.

EN EL GOLPE DE ESTADO DEL PRESIDENTE COMONFORT, principió la desastrosa guerra de tres años. Al moverse el Ejército del Norte se le dio la vanguardia al Teniente Coronel Escobedo, con cien hombres del Escuadrón de Galeana, con los que avanzó a la Hacienda de Solís en observación de una Brigada de quinientos hombres con que se había movido de San Luis Potosí el General Valentín Cruz, tomando la iniciativa; y a una jornada de la Hacienda de Solís, dio aviso Escobedo al Coronel Zayas, que estaba en Matehuala, pidiéndole auxilio y ofreciéndole batirse hasta que el auxilio llegara. El General Cruz, abreviando su marcha, atacó a Escobedo, y después de un reñidísimo combate de nueve horas, fue completamente derrotado Cruz, quedando prisionero con su segundo y ciento treinta hombres de tropa, y Escobedo herido.

SE INCORPORÓ AL GENERAL ZUAZUA, que mandaba el Ejército de Moctezuma, quien puso a sus órdenes tres escuadrones para que expedicionara por las inmediaciones de San Luis Potosí, sosteniendo un combate en la Hacienda de La Pila, contra el 3º de Caballería, mandado por el General Moret, a quien obligó a reconcentrarse hasta la plaza.

#### AÑO DE 1858

EN LA ACCIÓN DE CARRETAS (PUERTO), el 17 de abril, a las órdenes del General Zuazua, contra las fuerzas al mando del General Miramón y en donde se le encomendó la derecha de la línea.

EN LA TOMA DE LA PLAZA DE ZACATECAS, el 26 de abril, como Teniente Coronel del 2º Regimiento a las órdenes del General Zuazua y defendida por el General Manero, quien fue hecho prisionero y fusilado.

EN AUXILIO DEL EJÉRCITO DEL NORTE, al mando del General S. Degollado, quien debía atacar la plaza de Guadalajara el 8 de mayo, como Jefe del 2º Regimiento, a

las órdenes del Coronel Miguel Blanco, Jefe de una Brigada compuesta de Lanceros de San Luis, 2º Regimiento Ligero de Aguascalientes y media batería mínima.

EN EL ATAQUE Y TOMA DE LA PLAZA DE SAN JUAN DE LOS LLANOS, el 25 de mayo, defendida por el Coronel Calvillo; la que en una hora fue asaltada y tomada por su Regimiento, quedando el camino expedito.

EN EL SITIO DE LA PLAZA DE GUADALAJARA, el 24 de junio, a las órdenes del General Santos Degollado, y defendida por el General Blancarte.

EN LA ACCIÓN DE ATENQUIQUE, el 2 de julio, a las órdenes del mismo General Degollado, contra fuerzas mandadas por el General Miguel Miramón, donde se le encomendó el centro de la línea, la que rechazó con grandes pérdidas del enemigo, quedando herido y su caballo muerto, por lo que se le hizo una mención honorífica en la orden general y el ascenso a Coronel efectivo.

SE FORMÓ LA BRIGADA A LAS ÓRDENES DEL GENERAL SILVERIO NÚÑEZ, que avanzó inmediatamente sobre Guadalajara, teniendo el mando de la Caballería el Coronel Escobedo, el 6 de julio, con la que libró un combate por orden de su jefe en Santa Anita, el 9 del mismo mes, contra dos mil hombres que salieron de Guadalajara a las órdenes del General Casanova conservando sus posiciones, no obstante haber tenido más de cien bajas entre muertos y heridos de su fuerza.

EN EL ATAQUE DE LA PLAZA DE MÉXICO, el 14 de octubre, en el que se le dio orden de entrar por San Cosme hasta ocupar la garita, y no habiendo tomado las demás columnas los puntos que les habían designado, les protegió la retirada. En este combate le sirvieron como ayudantes los Tenientes Coroneles Juan Espejo, Antonio Ramírez y Felipe Berriozábal.

EN EL ATAQUE DE HUICHILAQUE, el 19 de octubre, a la columna del General Piña, conteniéndola con su regimiento, hasta retirarse en buen orden de división.

SE LE ENCOMENDÓ EL PASO DE JUANACATLÁN, el 1º de diciembre, el que conservó hasta los días 12 y 13 que forzó el General Miramón el paso de Poncillán, derrotando las Brigadas Coronado y Pinzón; se le dio orden por el General en Jefe Santos Degollado, para que con su Regimiento de Rifleros, contuvieran al enemigo hasta reorganizar las fuerzas. En la orden general de esta noche, dada en San Antonio, se hizo una mención honorífica de su persona y regimiento.

EN EL ASALTO Y TOMA DE LA PLAZA DE IRAPUATO, el 30 de diciembre, a las órdenes de los Generales Coronado y Blanco y defendida por el Coronel Treviño, con cuatrocientos infantes, cien caballos y el pueblo; se le dio orden de hacer un

reconocimiento y asaltar la plaza; lo que verificó con dos columnas, una a las órdenes del Coronel Cordero y otra a las suyas; después de media hora de fuego no sin tener grandes y sensibles pérdidas.

AÑO DE 1859

EN EL COMBATE ENTRE AGOSTADERO Y CIÉNEGA GRANDE, el 24 de enero, con su Regimiento, contra la fuerza de los coroneles Antonio Taboada y Joaquín Miramón. CON UNA DIVISIÓN DE CABALLERÍA DE TRES MIL HOMBRES DE NUEVO LEÓN, COAHUILA, ZACATECAS Y GUANAJUATO, se le dio orden en León para marchar y atacar al General Tomás Mejía que estaba en Silao; quien fue batido en retirada desde esa población hasta Irapuato, donde se le incorporó al General Woll.

EN EL COMBATE DE IRAPUATO HASTA LAS INMEDIACIONES DE SILAO, el cual sostuvo con las caballerías hasta recibir órdenes de retirarse a Guanajuato.

COMO HONOR MERECIDO A LOS SOLDADOS DE QUE ESTABAN FORMADO EL REGIMIENTO, SE HACE ESTA MENCIÓN: Habiendo sacado en Guanajuato el General Jesús González Ortega trescientos mil pesos, de los cuales se habían repartido algo, se hizo avanzar toda la fuerza y se le dio orden para que tomara trescientos hombres de los de más confianza de su regimiento, y con ellos permaneciera en Marfil; a las ocho de la noche recibió orden de avanzar a Guanajuato, donde se le entregaron doscientos ochenta talegas, para que cada soldado tomara un saco y al día siguiente los entregara en San Felipe, lo que verificó sin haber tenido una sola baja ni haber perdido un solo peso.

POR ENFERMEDAD DEL GENERAL EN JEFE DE LA DIVISIÓN DEL NORTE, en abril, quedaron las brigadas de Infantería a las órdenes del General Zaragoza, las de Caballería a las del General Escobedo y la de Artillería a la del Coronel Garza Ayala; y todos bajo el mando del General en Jefe del Ejército, Santos Degollado. El General Santiago Vidaurri, desconociendo a éste, dio orden a los Jefes de la Frontera para que se separaran con sus fuerzas y se fueran a Monterrey; esta orden la comunicaron al General Degollado los tres jefes mencionados y se acordó que fuera el Coronel Escobedo, en comisión con comunicaciones de todos a ver a Vidaurri, quien no solo no desistió de la primera orden dada, sino aun mandó comisionados que hablaran con los subalternos para que se desbandaran y regresaran a la Frontera, y el Coronel Escobedo quedó preso hasta que Aramberry y Zaragoza batieron a Vidaurri, conforme a las órdenes del cuartel general.



AÑO DE 1860

ORGANIZÓ EN SAN LUIS POTOSÍ LA LEGIÓN DEL NORTE, de que fue Coronel.

EN EL ASALTO DE LAS POSICIONES DE LA MERCED, Caja de Agua y San Sebastián, San Luis Potosí, el 14 de octubre el que con trescientos hombres hizo retirar a más de dos mil hombres que las defendían, a las órdenes de Agreda.

EN EL ALCANCE Y DERROTA EN LA HACIENDA DE LA PILA, el 15 de octubre, a las fuerzas de Agreda, en la que cuatrocientos hombres le derrotó completamente, haciéndole más de cuatrocientos prisioneros.

EN LA DERROTA DE ALVERÍAS, el 24 de octubre, en que con ciento cincuenta Rifleros de la Legión del Norte, derrotó a quinientos a las órdenes de Taboada y Agreda.

AÑO DE 1861

EN LA DEFENSA DE LA PLAZA DE RÍO VERDE, de enero, en la que no teniendo más que trescientos hombres y habiendo sido atacado por más de dos mil a las órdenes de los Generales Mejía, Olguera y Gayón, perdió cuatro quintas partes de su fuerza, quedó prisionero con nueve Oficiales y ochenta soldados.

SE PRESENTÓ EN MÉXICO EN FEBRERO, después de haberse fugado de su prisión, en la Sierra de Querétaro.

EN LA PERSECUCIÓN Y DERROTA DE CALPULALPAN (TLAXCALA), en febrero, de las fuerzas de Cobos y Trujeque con una columna de trescientos hombres de la Brigada de Sotavento, doscientos Cazadores de Morelia y trescientos carabineros.

EN LA DEFENSA DE LA PLAZA DE SAN LUIS POTOSÍ, en febrero, en la que rechazó al Ex-General Márquez que lo atacaba, no obstante haberse pasado al enemigo la mayor parte del 3º. de Caballería.

EN EL COMBATE DE LA VENTA DEL AIRE, el 3 de marzo, contra las fuerzas del Ex-General Márquez.

EN EL COMBATE DE TLACOTEPEC, el 28 de marzo, contra las fuerzas del mismo Ex-General.

EN EL COMBATE DE ACATLÁN, el 8 de abril, contra las mismas fuerzas.

AÑO DE 1862

EN LA ACCIÓN DE LAS CUMBRES DE ACULTZINGO, el 28 de abril, con el mando de la derecha de la línea contra el ejército francés.

EN LA BATALLA DEL 5 DE MAYO, en Puebla, mandando la reserva de Santa Inés, "La Compañía" y garita de Amozoc, contra el mismo ejército.

AÑO DE 1863

EN LA DEFENSA DE LA PLAZA DE PUEBLA, de marzo a mayo, con el mando de la primera Brigada, de la División de Reserva, compuesta de los Batallones 1º de San Luis, 1º de Aguascalientes y 1º de Chiapas.

NOMBRADO MAYOR GENERAL DE LAS CABALLERÍAS AL RETIRARSE EL EJÉRCITO DE MÉXICO A TOLUCA, batió a Buitrón despejando el trayecto del Monte de las Cruces.

CON EL MANDO DE UNA BRIGADA DE CABALLERÍA, compuesta de los Cuerpos Legión del Norte, Lanceros de San Luis y Carabineros, marchó de San Luis, a ponerse a las órdenes del General Porfirio Díaz, para volver a formar el Ejército de oriente.

PARA PROTEGER DEL ATAQUE A LA PLAZA DE TAXCO, avanzó con su Brigada, previa orden, sobre Iguala, para evitar que viniera algún auxilio.

CON UNA COLUMNA DE SEISCIENTOS HOMBRES DE CABALLERÍA HIZO UNA EXPEDICIÓN, amagando las fuerzas de Acatlán, derrotando las que había en Petlacingo, dispersando el auxilio que iba a Tepeji, ocupando esta población por San Juan Ixcaquistla y amagando a Tehuacán contramarchó a su Cuartel General en Huajuapán, recogiendo más de trescientas armas y algunos hombres.

EN EL COMBATE DE CHILA, donde rechazó e hizo retroceder hasta su campamento a una columna de húsares franceses y fuerzas de Flon.

EN LA OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE LAREDO.

EN EL TIROTEO EN IGLESIAS, en el que con cincuenta hombres hizo la captura del Comandante Ríos.

EN EL ATAQUE DE LA PLAZA DE PIEDRAS NEGRAS.

EN LA DERROTA DE TABASCHISKI, en Gigedo.

EN EL ATAQUE Y TOMA DE LA PLAZA DE PARRAS.

EN EL ATAQUE Y TOMA DE LA PLAZA DE SALTILLO y derrota del Coronel Barragán.

EN LA PERSECUCIÓN DE SALTILLO A MONTERREY DE FLORENTINO LÓPEZ.

EN LOS COMBATES DE OJO CALIENTE, RINCONADA, LOS MUERTOS Y EL ALTO.

EN LA OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE MONTERREY.

AÑO DE 1865

EN EL COMBATE DE LA ANGOSTURA, el 2 de junio, contra el ejército francés.

EN EL COMBATE DE MATEHUALA, el 12 de junio, contra el ejército francés.

EN EL COMBATE Y OCUPACIÓN DE CATORCE, el 13 de junio, contra el ejército francés.

EN EL REÑIDO COMBATE DE OJO CALIENTE, el 22 de junio, contra el ejército francés.

EN EL REÑIDO COMBATE DE GUASCAMÁN, el 22 de junio, contra el mismo ejército.

EN EL COMBATE DE POZOS, en la misma fecha y contra el mismo ejército francés.  
EN EL REÑIDO COMBATE DE CATARINAS, el 23 de junio, contra el ejército francés.  
EN EL ÍDEM ÍDEM, EN SAN ISIDRO, el 25 de ídem, ídem el ídem ídem.  
EN EL ÍDEM ÍDEM, EN ACUÑA, el 27 de julio, ídem, ídem el ídem ídem.  
EN EL ÍDEM ÍDEM, EN SOLEDAD, el 28 de ídem, ídem el ídem ídem.  
EN EL ÍDEM ÍDEM EN LOS REYES, el 29 de ídem, ídem el ídem ídem.  
EN EL ÍDEM ÍDEM Y DERROTA EN EL PASO DE LAS CABRAS el 16 de agosto, a las fuerzas del Coronel Tinajero.  
EN EL SITIO DE LA PLAZA DE MATAMOROS, de octubre a 18 de noviembre.  
EN EL REÑIDO COMBATE EN EL PUEBLO DE GUADALUPE, el 24 de noviembre, donde fue rechazado el imperialista Quiroga.  
EN EL ATAQUE Y TOMA DE LA PLAZA DE MONTERREY, el 25 de noviembre y derrota de los franceses.  
EN EL REÑIDO COMBATE EN LAS CALLES DE MONTERREY, el 26 de noviembre, y derrota de los franceses.  
EN EL COMBATE DE LA MESA DE GARRAPATAS, el 6 de diciembre, contra los franceses.  
EN EL COMBATE DE SAN FRANCISCO, el 21 de diciembre contra los franceses e imperialistas.  
EN EL COMBATE EN MARÍN.  
EN EL COMBATE EN PALOMAS, a inmediaciones de Saltillo, el 21 de diciembre, contra los franceses.

#### AÑO DE 1866

EN EL COMBATE EN EL SALTILLO, el 4 de enero, contra los franceses.  
EN EL COMBATE EN LA MESA DE GARRAPATAS, el 7 de febrero, contra los franceses.  
EN EL REÑIDO Y GLORIOSO COMBATE DE SANTA ISABEL, el 1º de marzo, triunfo completo sobre los franceses.  
EN EL COMBATE DE MATEHUALA, el 21 de marzo, contra los franceses e imperialistas.  
EN EL COMBATE Y OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE CATORCE, el 23 de abril, contra franceses e imperialistas.  
EN LA ACCIÓN DEL VALLE DE LA PURÍSIMA, el 14 de mayo, en el que derrotó a la fuerza de Dupin.  
EN EL ATAQUE DE LA PLAZA DEL SALTILLO, el 22 de mayo.  
EN EL COMBATE DEL CAÑÓN DE SANTA ROSA, el 23 de mayo.  
EN EL COMBATE A INMEDIACIONES DE MONTERREY el 23 de mayo.

EN EL COMBATE EN LAS FUENTES, el 23 de mayo.  
EN EL REÑIDO COMBATE DE MONTEMORELOS, del que resultó la persecución de Jeanningros, hasta Huajuco, los días 23, 24 y 25 de mayo.  
EN LA ACCIÓN DE PAPAGALLOS, el 9 de junio, contra los franceses.  
En EL COMBATE EN LA MANTECA, el 10 de junio, contra los franceses.  
EN EL COMBATE A INMEDIACIONES DEL SALTILLO, el 11 de junio contra los franceses.  
EN EL COMBATE A INMEDIACIONES DE CERRALVO, el 12 de junio, contra los franceses.  
EN EL ATAQUE A LA PLAZA DE CERRALVO, el 13 de junio, contra los franceses.  
EN EL TIROTEO DE CERRALVO, el 14 de junio, contra los franceses.  
EN EL TIROTEO EN LAS MESAS DE SANTA GERTRUDIS, el 15 de junio, sobre la División Olvera, franceses, austriacos y belgas.  
EN LA REÑIDA Y GLORIOSA ACCIÓN DE SANTA GERTRUDIS, el 16 de junio, contra los franceses, austriacos, belgas e imperialistas, de la que resultó el triunfo completo de las fuerzas republicanas.  
EN LOS COMBATES EN VARIOS PUNTOS, los días 17, 18, 19, 20 y 21 de junio, contra la columna de franceses e imperialistas, mandada por Jeanningros, hasta encerrarla en Monterrey.  
EN LA OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE MATAMOROS, el 27 de junio.  
EN LA OCUPACIÓN DE MONTERREY.  
EN LA OCUPACIÓN DEL SALTILLO.  
EN EL COMBATE EN EL CEDRAL.  
EN EL COMBATE A INMEDIACIONES DE MATEHUALA.  
EN EL COMBATE EN LA HACIENDA DE BOCAS.  
EN EL COMBATE A INMEDIACIONES DE LA PLAZA DE MATAMOROS, el 27 de noviembre.  
EN LA OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE MATAMOROS, el 30 de noviembre.  
EN LA OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE SAN LUIS POTOSÍ.  
EN LA OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE DURANGO.  
EN LA OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE ZACATECAS.  
EN LA OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE AGUASCALIENTES.  
EN COMBATE EN VARIOS PUNTOS.

#### AÑO DE 1867

EN LA OCUPACIÓN DE LA PLAZA DE GUANAJUATO, el 27 de enero.  
EN LA BATALLA DE SAN JACINTO, el 1º de febrero.  
EN EL COMBATE EN LA HACIENDA DE LA QUEMADA, en 3 de ídem.

EN EL COMBATE EN LA GARITA DE SAN PABLO, frente a Querétaro, el 12 de marzo.

EN EL RECONOCIMIENTO GENERAL SOBRE LA PLAZA Y OCUPACIÓN A VIVA FUERZA DEL CERRO DE SAN GREGORIO, el 14 del mismo.

EN LA OCUPACIÓN DE LA MISMA PLAZA, el 15 de mayo, prisión del Archiduque, sus Generales, Jefes, Oficiales y tropa.

#### AÑO DE 1868

CON CATORCE COMBATES Y SESENTA DÍAS DE CAMPAÑA, en la sierra de Querétaro, y cuatro columnas a las órdenes de los Coroneles José Montesinos, Julio Cervantes, Jesús A. Flores y Manuel S. Rivera, contra los pronunciados Macario Gálvez, Zarazúa y los Velázquez, quedó terminada la campaña con la muerte de estos últimos.

CON SESENTA Y CUATRO COMBATES, CINCO MESES DE CAMPAÑA en Tamaulipas, y cinco columnas al mando de los Coroneles M. Palacios, J. Montesinos, D. Corella, J. López y J. N. Cortina concluyó la campaña de Tamaulipas, contra los pronunciados Canales, Cuesta y Vargas, habiendo muerto el segundo y sometido los demás.

#### AÑOS DE 1869 Y DE 1870

CON TRES ACCIONES, NOVENTA Y DOS COMBATES Y SEIS MESES DE CAMPAÑA, la concluyó con dos Divisiones, contra los pronunciados H. Huerta, J. García de la Cadena, Pedro Martínez y Francisco Aguirre.

#### AÑO DE 1875

CON DOSCIENTOS ONCE COMBATES Y SESENTA DÍAS DE CAMPAÑA, en el Estado de Michoacán, con una División dividida en dos columnas la concluyó contra los pronunciados Rodríguez, Meza y socios, habiendo muerto los principales jefes.

#### AÑO DE 1876

CON DOS BATALLAS Y NOVENTA Y SEIS COMBATES HIZO LA CAMPAÑA en los Estados Centro y Norte contra la revolución de Tuxtepec, hasta el 2 de agosto, en que fue llamado a desempeñar la Secretaría de Guerra y Marina.

COISIONES QUE HA DESEMPEÑADO Y SERVICIOS  
MERITORIOS QUE HA CONTRAÍDO

EN 1° DE SEPTIEMBRE DE 1852, fue nombrado 2° Jefe del Cantón de Galeana.

EN 23 DE ABRIL DE 1854, tomó el mando de los partidos de fuerza existentes en el 5° Cantón del Estado de Nuevo León.

EN 27 DE JULIO DE 1855, tomó el mando de los Escuadrones 4° y 5° del Ejército del Norte.

EN 15 DE AGOSTO DE 1858 fue nombrado Comandante Militar del Saltillo.

DE 2 DE SEPTIEMBRE DE 1859 A 25 DE SEPTIEMBRE DE 1868, tuvo los mandos siguientes: el de las fuerzas del Estado de San Luis Potosí, el de la fuerza de la Federación y las del mismo Estado, el de una Brigada de Sotavento, compuesta de los Batallones Cazadores de Morelia y Carabineros, el de una Brigada compuesta de los Batallones 1° y 3° de San Luis y de los Cuerpos de Caballería Lanceros y Legión del Norte; el de una Brigada compuesta de los Batallones San Luis 1° y 3° y 1° de Aguascalientes y 1° de Chiapas.

FUE MAYOR GENERAL DE LA CABALLERÍA DEL EJÉRCITO DEL NORTE y Jefe de una Brigada de la misma arma, compuesta de los cuerpos Carabineros, Legión del Norte y Lanceros de San Luis.

FUE JEFE DE UNA BRIGADA DE CABALLERÍA, compuesta de los Cuerpos Legión del Norte, Lanceros de San Luis y 1° de Oaxaca.

FUE JEFE DE LA DIVISIÓN DE OBSERVACIÓN DEL EJÉRCITO DE ORIENTE, en Huajuapán de León.

FUE JEFE DE LOS PATRIOTAS DE LOS ESTADOS DE COAHUILA, Nuevo León y Tamaulipas, que sirvieron para formar el Ejército del Norte.

EL 26 DE MARZO DE 1865, fue nombrado por Decreto del Supremo Gobierno, Gobernador y Comandante Militar del Estado de Nuevo León y Jefe de las fuerzas de este Estado y del de Coahuila.

FUE JEFE DE LAS FUERZAS DE LOS ESTADOS DE COAHUILA, Nuevo León, San Luis Potosí y Tamaulipas, con facultad de nombrar Gobernadores, Jefes Militares, Autoridades en estos Estados y en los que fueran ocupando.

FUE JEFE DE LAS FUERZAS DE LOS ESTADOS DE CHIHUAHUA, Durango, Zacatecas, Aguascalientes, San Luis Potosí, Tamaulipas, Nuevo León y Coahuila, con cuyas fuerzas se formó el Ejército del Norte.

EN 1º DE MARZO DE 1867, fue nombrado General en Jefe del Ejército de Operaciones, el que se formó de los Cuerpos del Ejército del Centro, Occidente, Norte y tres Brigadas del de Oriente.

EN EL MISMO AÑO fue electo Diputado del Congreso de la Unión por el Estado de Coahuila.

EN 11 DE SEPTIEMBRE DEL MISMO AÑO, fue nombrado General en Jefe de la 3ª División del Ejército.

EN EL AÑO DE 1868, siendo Jefe de la 3ª División, tomó el mando de la de Operaciones para combatir la Revolución de Sierra Gorda hasta su pacificación.

EN EL AÑO DE 1868, fue electo Gobernador de San Luis Potosí.

EN EL AÑO DE 1869, siendo Jefe de la 3ª División, tomó el mando de la de Operaciones para combatir la revolución de Tamaulipas, hasta su pacificación.

EN EL AÑO DE 1870, tomó el mando de las Divisiones de Operaciones, para combatir la revolución en los Estados de Zacatecas y San Luis Potosí.

EN EL MISMO AÑO fue electo Diputado al Congreso de la Unión por el Estado de Chiapas.

EN EL AÑO DE 1872, fue electo Gobernador del Estado de San Luis Potosí.

EN 23 DE JULIO DE 1874, volvió a tomar el mando de la 3ª División del Ejército.

EN EL AÑO DE 1875, fue electo Senador al primer Senado, por los Estados de Querétaro y San Luis Potosí, del cual fue el primer Presidente al instalarse.

EL 26 DE NOVIEMBRE fue nombrado General en Jefe para combatir la revolución en el Estado de Michoacán.

EN EL AÑO DE 1876 fue nombrado General en Jefe para combatir la revolución en los Estados del Centro y Norte.

EN 31 DE AGOSTO DE 1876, fue nombrado Secretario de Guerra y Marina.

EN 9 DE DICIEMBRE DE 1880, fue nombrado miembro de la Comisión nombrada para el estudio y reforma de la antigua Ordenanza del Ejército.

EN 30 DE DICIEMBRE DE 1882, fue nombrado Presidente de la Suprema Corte de Justicia Militar.

#### PREMIOS QUE HA OBTENIDO POR ACCIONES MILITARES

LA MEDALLA DE HONOR, creada por Decreto de 11 de noviembre de 1846, por haber combatido en defensa de la integridad del territorio nacional.

LA CRUZ DE HONOR, creada por Decreto de 10 de abril de 1847, por la batalla de La Angostura.

OBTUVO EL GRADO DE TENIENTE CORONEL DE CABALLERÍA por haber derrotado con 40 hombres a 120 comanches de San Antonio de las Alazanas, en 21 de febrero de 1856.

OBTUVO EL EMPLEO DE CORONEL DE CABALLERÍA, por la acción de Atenquique, el 2 de junio de 1858.

DIPLOMA CREADO POR DECRETO DE 28 DE ENERO DE 1861 y Circular de 23 de febrero del mismo año, para los que combatieron en favor de la guerra de Reforma.

LA MEDALLA POR LA ACCIÓN DE LAS CUMBRES DE ACULTZINGO, el 28 de abril de 1862, y la de la batalla del 5 de Mayo del mismo año, creada por decreto de 21 de mayo de 1862.

OBTUVO EL GRADO DE GENERAL DE BRIGADA, por el ataque del fuerte de Santa Inés, en el Sitio de Puebla, en 1863.

LA CRUZ, POR DICHO SITIO, creada por Decreto de 14 de junio de 1863.

POR EL GOBIERNO DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN, fue declarado hijo distinguido del Estado en 5 de junio de 1867.

POR EL GOBIERNO DEL ESTADO DE COAHUILA, fue declarado hijo distinguido, en 26 de junio de 1867.

LA CRUZ DE 1ª CLASE, creada por Decreto de 5 de agosto de 1867.

LA LEGISLATURA DE SAN LUIS POTOSÍ, lo declaró Benemérito del Estado, en 25 de noviembre de 1867.

LA LEGISLATURA DEL ESTADO DE CHIAPAS, lo declaró Benemérito del Estado en 21 de febrero de 1868.

FUE NOMBRADO SOCIO HONORARIO Y CORRESPONSAL de la Compañía Lancasteriana en 11 de mayo de 1869.

LA LEGISLATURA DEL ESTADO DE PUEBLA, lo declaró Hijo del Estado, en 15 de septiembre de 1869.

EL AYUNTAMIENTO DE LINARES lo declaró Hijo Distinguido en 15 de septiembre de 1869.

FUE NOMBRADO SOCIO HONORARIO DE LA SOCIEDAD DE HISTORIA NATURAL, el 12 de septiembre de 1872.

LA LEGISLATURA DEL ESTADO DE ZACATECAS, lo declaró Ciudadano Distinguido del Estado, el 3 de octubre de 1873.



FUE NOMBRADO SOCIO HONORARIO Y CORRESPONSAL DE LA SOCIEDAD MINERA MEXICANA, en 14 de abril de 1874.

FUE NOMBRADO SOCIO DE GRAN CÍRCULO DE OBREROS, en 16 de septiembre de 1877. EL AYUNTAMIENTO DE URUAPAN lo declaró Hijo Distinguido del Partido, en 2 de febrero de 1881.

EL AYUNTAMIENTO DE SAN MIGUEL DE ALLENDE lo declaró Ciudadano Distinguido del Municipio, en 18 de mayo de 1883.

LAS CRUCES DE CONSTANCIA DE 3ª, 2ª, Y 1ª, CLASE, que previenen los artículos 1728, 1720 y 1713 de la Ordenanza General del Ejército.

#### CASTIGOS QUE SE LE HAN IMPUESTO

NINGUNO

#### LICENCIAS QUE HA USADO

EN 30 DE JUNIO DE 1869, se le concedieron cuatro meses con goce de haber.

EN 15 DE DICIEMBRE DEL MISMO AÑO se le concedieron cuatro meses más con goce de haber.

Quedo satisfecho de los servicios que se me anotan.

El General de Brigada Ignacio Revueltas,  
Oficial Mayor de la Secretaría de Guerra y Marina.

CERTIFICO: Que la hoja de servicios que antecede, cerrada hasta el 25 de noviembre de 1884 y compuesta de diez fojas, selladas con el sello de esta Secretaría y rubricadas por mí, ha sido formada al C. General de División Mariano Escobedo, en vista de los documentos que existen en su expediente.

México, 11 de julio de 1885.– I. Revueltas.

Téngase por válida la presente hoja de servicios. El Secretario de Guerra y Marina.– Pedro Hinojosa.

Confrontada por el Jefe del Departamento del Cuerpo Especial del Estado Mayor.– México, 11 de julio de 1885.– Francisco Troncoso.

## INFORME

AL SUPREMO GOBIERNO SOBRE LA OCUPACIÓN DE QUERÉTARO  
1887.– REPÚBLICA MEXICANA.

General de División retirado.

Señor Presidente:

Los acontecimientos pasados hace veinte años en Querétaro ha venido a removerlos en la actualidad la aparición de un folleto escrito en francés y publicado en Roma por el señor Víctor Darán y cuya publicación tiene por título: El General Miguel Miramón. En ella, entre otros episodios de nuestras guerras intestinas se narran las operaciones emprendidas sobre la plaza de Querétaro por el ejército republicano. Estando la relación a que me contraigo bajo un color enteramente inexacto, y sobre todo, en lo que se refiere al motivo que originó aquella misma ocupación, dio lugar a que el coronel imperialista Miguel López publicara en uno de los diarios de esta capital una carta, en la cual me pedía que con toda sinceridad expresara la verdad histórica relativa a estos sucesos.

La prensa reaccionaria de México toma del libro mencionado lo que más puede afectar a la historia de nuestra lucha con el llamado Imperio. Se esfuerza, con una obstinación vehemente y del todo extraña hoy, a que divulgue la parte secreta de aquel desenlace, y que relaciona con la supuesta traición de López y la toma de la plaza de Querétaro, pretendiendo que a efecto de la intervención directa que este jefe imperialista tomara en ello, traicionando a su soberano y vendiendo a peso de oro su consigna, la plaza cayera en poder del ejército mexicano.

Consideraciones personales posteriores a aquella ocupación, y las cuales voy a revelar, han hecho que guarde un profundo silencio sobre aquellos acontecimientos. Al ofrecer entonces callar, sabía perfectamente que con mi conducta no sufriría el prestigio y lustre de la patria; ni tampoco el honor del ejército que estuvo a mis órdenes en aquella gloriosa época, ni mucho menos la causa por la que combatiera. La cuestión se reducía únicamente a dos personalidades: la mía que yo conscientemente juzgara de poca importancia, después de despojarme de la alta investidura militar,

a que me habían llevado las circunstancias especiales del país, y la del coronel imperialista Miguel López, intermediario, en efecto, entre el Archiduque y yo, en la conferencia tenida para la solución de un problema en que se interesaba el porvenir de México, el prestigio de un príncipe extranjero, y mi particular honor como soldado y como mexicano, único título de cuya adquisición me siento orgulloso.

Pienso hoy que estuve engañado respecto de mi persona, porque la calumnia, la envidia o el rencor de la facción vencida, se ensañan contra mí, no obstante ocultar mi humilde nombre un debido y conveniente aislamiento.

Duro es para mí tener que recurrir al pasado para dar satisfacciones a la curiosidad de muchos, y tal vez a la mala fe de algunos.

Descorro a mi pesar el velo que oculta sucesos de importancia desconocidos del país, y que por lo mismo han sido mal juzgados. Tal vez sirvan mis revelaciones para poner con ellas un infranqueable valladar a la desvergüenza y osadía de los que, teniendo por qué callar, pretenden mancillar mi honor sin comprender que, al iniciarlo, tienen que sufrir o la desilusión más completa o el desengaño por una concepción antipatriótica y bastarda.

Por espacio de veinte años se me ha puesto como blanco a la calumnia; las épocas se han sucedido en que mi nombre ha sido insultado y puesta en duda la parte que por derecho, y solo como mexicano, me corresponde en el triunfo de la patria.

Multitud de extranjeros de todas nacionalidades, presintiendo que algo oculto tenía el funesto fin de Maximiliano, han venido con insistencia a inquirir de mí la verdad, y hasta ahora nada había dejado traslucir del ofrecimiento hecho por un soldado victorioso a un príncipe sentenciado a muerte.

Pero hoy que uno de mis compañeros de armas asienta hechos que en su calidad de jefe subalterno no le era posible conocer; hoy que se tolera la expresión de la duda en la cuestión militar de Querétaro, adornándola con injurias y versiones deshonrosas; hoy que se me obliga a revelar la conferencia tenida con López, comisionado en jefe del Archiduque, lo hago, no para ceder al encono de los periódicos reaccionarios ni al de los inquisidores de un hecho que presumen será vergonzoso al partido republicano, sino para satisfacción mía, depositando el secreto con predilección en poder del Supremo Gobierno de la República, a fin de que se conserve en los Archivos de la Nación este documento histórico que pueda robustecer la fe de nuestros ideales políticos, cuando algún día, en las severas páginas de la historia de nuestra patria, quede consignada con toda imparcialidad

la gigantesca lucha que sostuviera México contra Francia, contra el Imperio que ella importara con sus bayonetas, y contra los desgraciados que olvidaran sus deberes, para servir primero de guías al invasor y después de elemento espurio para el sostenimiento de una intrusa monarquía.

El coronel imperialista Miguel López, aunque infidente para con la patria, ni traicionó al Archiduque Maximiliano de Austria, ni vendió por dinero su puesto de combate.

Las circunstancias por que atravesaba nuestra Patria desde 1862 a 1867, vinieron a colocarme en la elevada posición de general en jefe del Cuerpo del Ejército del Norte y después, sin quererlo, sin pretenderlo y todavía más, renunciándolo, como general en jefe del ejército de operaciones sobre Querétaro. En esa capital, como es sabido, se encontraban los principales elementos de guerra del llamado Imperio Mexicano, con los mejores generales y jefes imperialistas, valerosos y de conocimientos militares. Allí estaban Miramón, Márquez, Mejía, Castillo, Méndez, Arellano y otros más de conocido prestigio.

Entramos en lucha con ellos. Por alguna vez, y aisladamente, les fue propicia la victoria, pero de efímeros resultados, porque en seguida aquélla se tornaba en desastre, forzados a volver a sus parapetos con menos moral de la que les alentaba para llevar a cabo sus impetuosas salidas y caer sobre un puesto de la línea de sitio.

Siempre a los triunfos de los imperialistas, arrancados a determinadas tropas de las que sitiaban a Querétaro, venía en seguida la derrota; de tal suerte que, después de la operación ofensiva contra los sitiadores el 27 de abril de 1867 sobre las colinas del Cimatarío, en que fueron a la vez vencedores y vencidos los soldados del Archiduque, sus posteriores ataques y empeños fueron más flojos y sin ningún éxito, porque aquellas tropas ya no resistían al fuego del adversario.

La suerte de los sitiados estaba ya definida; no tenían más recurso que rendirse a discreción o resolverse a rechazar un asalto sin ninguna probabilidad de lograrlo, que yo había querido y deseaba evitar a todo trance; porque era mi sentir que no debía exponer a la población al rigor y a las desastrosas consecuencias de una ocupación llevada a cabo a fuego y sangre, y con los consiguientes de una tropa victoriosa y ávida de venganzas.

El ejército del príncipe alemán, encerrado en Querétaro, carecía de víveres; las municiones de guerra eran de mala calidad, y lo más lamentable para él, ya no tenían sus tropas esa cohesión que da la moral y la disciplina militares.

Después del 27 de abril, ya mencionado, todas las noches que precedieron a la toma de la plaza, bandas de desertores de la clase de tropa, y algunos jefes

y oficiales, se presentaban a nuestras obras de aporche, solicitando, antes que clemencia y consideración, alimento para restablecer sus decaídas fuerzas vitales. Por estos infelices, por las solicitudes que los soldados extranjeros, enganchados en aquellas fuerzas, me enviaban, pidiendo garantías y ofreciendo los puestos que guarnecían, los cuales en verdad no eran de gran importancia, y por las noticias de los agentes que tenía en la plaza, conocía perfectamente el estado de desmoralización y anarquía en que se encontraban los defensores de la monarquía en Querétaro.

Si antes de que hubiera salido Márquez de aquella plaza para México, ya había surgido la división y recelosa conducta entre los principales jefes imperialistas, después que practicó su movimiento con las caballerías del Archiduque, la unidad de mando quedó proscrita entre los sitiados. Precursora del desastre esta falta a los preceptos más importantes de la ciencia de la guerra, vinieron a acibarar aquella situación la miseria, la extenuación de las tropas por tantas fatigas, el desaliento consiguiente, después de sus valerosos esfuerzos no tenían más resultados que sangrientos reveses, y sobre todo, como lo he expresado, la ninguna buena inteligencia que había ya entre los jefes que mandaban los puestos, con los generales, comandantes de brigadas o divisiones, y la poca confianza que tenían en la energía del Archiduque, y este para con aquéllos.

Todo me indicaba, y con justicia, el próximo y violento fin de aquella situación tan tirante. Ella me hacía poner en constante actividad, redoblando más y más la vigilancia en la línea de sitio para hacer de todo punto imposible la comunicación con los sitiados por la parte de afuera y viceversa.

Estas disposiciones tenían el doble objeto de aislarlos completamente para hacer más violenta su condición, y también para que no recibieran noticias de la derrota de Márquez, porque presumía, y con fundamento, que al verse sin esperanza del importante auxilio que aquél debía proporcionarles, auxilio con tantas angustias y con tanto anhelo esperado, la desesperación que causara este desastre les hubiera sugerido la firme resolución de hacer un esfuerzo para romper el sitio, lo que me habría contrariado en extremo, porque entonces no tenían las tropas de mi mando la dotación de municiones de infantería en cartuchera para sostener media hora de fuego, y la artillería no contaba en sus cofres más que con seis o siete tiros por pieza.

El violento estado en que me hallaba, sobre todo en los últimos días del sitio, por la falta de municiones, varió después de derrotado Márquez en San Lorenzo por el Cuerpo de Ejército de Oriente, a cuya acción concurrieron activamente los cinco

mil caballos que, a las órdenes del general Amado Guadarrama, desprendí en observación de los movimientos de Márquez. Esta caballería regresó a su campamento de Querétaro hasta después que se abrigaron en la Capital de la República los restos de las tropas imperialistas que pudieron salvarse de aquella derrota.

Además el teniente coronel Agustín Lozano, a quien había enviado con comisión especial cerca del general Díaz, Jefe del Ejército de Oriente, ya mencionado, volvía al cuartel general del ejército de operaciones, conduciendo doscientas cajas de municiones de infantería, que aquel general remitía, y las cuales fueron distribuidas inmediatamente.

Con la plena confianza en el valor de las tropas que eran a mis órdenes, acechaba con ansiedad la salida del enemigo, de que ya tenía conocimiento se preparaba a emprender, para resolver en una batalla campal la suerte de los dos ejércitos, el republicano y el imperialista.

Tenía seguridad en el resultado: porque en época anterior a las operaciones sobre Querétaro, y cuando los imperialistas estaban en toda su moral y altivez, habían sido batidos siempre por los soldados que inmediatamente eran a mis órdenes, con menos efectivo y con menos elementos de guerra que los otros, en combates de importancia, que determinaron la condición en que se encontraba en la plaza el Archiduque Maximiliano.

Después del 12 de mayo, en que llegaron al parque general las municiones de que he hecho mérito, solo dos empeños de alguna consideración hubo entre los sitiados y sitiadores, pero de consecuencias desastrosas para los primeros.

El día 14 recorría yo la línea de sitio. A las siete de la noche, un ayudante del coronel Julio M. Cervantes vino a comunicarme de orden de su jefe, que un individuo procedente de la plaza, y que se encontraba en el puesto republicano, deseaba hablar conmigo; en el acto me dirigí al punto indicado, en donde me presentó el coronel Cervantes al coronel imperialista Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz. Éste me manifestó que había salido de la plaza con una comisión secreta que debía llenar cerca de mí, si yo lo permitía. Al principio creí que el citado López era uno de tantos desertores que abandonaban la ciudad para salvarse, y que su misión secreta no era más que un ardid de que se valía para hacer más interesante las noticias que tal vez iba a comunicarme del estado en que se encontraban los sitiados; sin embargo, accedí a hablar reservadamente con el coronel imperialista Miguel López, apartándose a distancia el coronel Cervantes y los ayudantes de mi Estado Mayor que me acompañaban. Entonces brevemente me comunicó

que el Emperador le había encargado de la comisión de procurar una conferencia conmigo, y que al concedérsele me significara de su parte que, deseando ya evitar a todo trance que se continuara por su causa, derramando la sangre mexicana, pretendía abandonar la plaza, para lo cual pedía únicamente se le permitiera salir con las personas de su servicio y custodiado por un Escuadrón del Regimiento de la Emperatriz, hasta Tuxpan o Veracruz, en cuyos puertos debía esperarle un buque que lo llevaría a Europa, asegurándome que en México, al emprender su marcha a Querétaro, había depositado, en poder de su primer Ministro, su abdicación.

Para satisfacción suya, y para que estuviera yo en la inteligencia de que sus proposiciones eran de entera buena fe, me manifestó el coronel López que su Soberano comprometía, para entonces y para siempre, su palabra de honor de que, al salir del país, no volvería a pisar el territorio mexicano; dándome, además, en garantía de su propósito, cuantas seguridades se le pidieran, estando decidido a obsequiarlas.

Mi contestación a López fue precisa y decisiva, concretándome a manifestarle que pusiera en conocimiento del Archiduque que las órdenes que tenía del Supremo Gobierno Mexicano eran terminantes para no aceptar otro arreglo que no fuera la rendición de la plaza, sin condiciones. En seguida, el coronel me manifestó que su Emperador había previsto de antemano la resolución a sus anteriores proposiciones. Siguiendo el curso de la conferencia establecida, me expresó de parte de su Soberano, que eran bien conocidos por mí los jefes militares que estaban a su lado, por su prestigio, valor y pericia; e igualmente la buena organización y disciplina de las tropas que defendían la plaza, con las cuales podía ir a cualquiera hora, forzar el sitio y prolongar los horrores de la guerra por mucho tiempo; que en verdad esto era sumamente grave y un irreparable mal para México, al cual no quería exponerlo, siendo esta la razón por que deseaba salir del país.

Juzgando yo demasiado altivas las frases vertidas por el coronel imperialista López, a nombre de su Soberano, le contesté que nada de lo que me refería era desconocido para mí, pero que tenía exacto conocimiento del estado en que se encontraban los defensores de Querétaro; que estaba enterado de los preparativos que hacían en la plaza para efectuar una vigorosa salida, en la que estaba basada su salvación; que esas columnas, formadas ya, esperaban solamente el momento en que se les diera la orden de pasar las trincheras y chocar contra los republicanos; que esto era para mí sumamente satisfactorio; de tal suerte que, para facilitarles su movimiento, tenía pensado dejarles paso abierto en cualquiera punto de la línea de contravalación por donde se presentaran; bien entendido que después que

hubieran salido todos, caería sobre ellos con los doce mil caballos del Ejército, victoriosos una parte en San Jacinto y la otra en San Lorenzo, y cuya formidable caballería dejaría el campo de batalla convertido en un lago de sangre imperialista. El comisionado del Archiduque volvió a reanudar la conferencia que yo creía terminada, diciéndome que el Emperador le había dado instrucciones para dejar terminado el asunto que se le había encomendado, de todas maneras, en caso de encontrar resistencia obstinada por mi parte. Enseguida me reveló, de parte de su Emperador, que ya no podía ni quería continuar más la defensa de la plaza, cuyos esfuerzos los conceptuaba enteramente inútiles; que en efecto, estaban formadas las columnas que debían forzar la línea de sitio; que deseaba detener esta imprudente operación, pero que no tenía seguridad de que se obsequiaran sus órdenes por los jefes que, obstinados en llevarla a cabo, ya no obedecían a nadie; pero no obstante lo expuesto, se iba a aventurar a dar las órdenes para que se suspendiera la salida: obedecieran o no, me comunicaba que a las tres de la mañana dispondría que las fuerzas que defendían el panteón de la Cruz se reconcentraran en el convento del mismo; que hiciera yo un esfuerzo cualquiera para apoderarme de ese punto en donde se entregaría prisionero sin condición.

Era preciso dudar del que se llamaba agente del Archiduque. No podían entrar en mi ánimo semejantes proposiciones del príncipe, después de sus enérgicas y varoniles determinaciones de Orizaba, pocos meses antes.

Así con toda franqueza lo expresé al mensajero del Archiduque, quien inmediatamente me manifestó que debía desechar toda sospecha hacia su persona y su cometido; que no hacía más que cumplir estrictamente las órdenes de su Emperador, por quien no evitaría sacrificio, esperando que mis determinaciones lo salvarían de la situación en que se encontraba.

López se retiró a la plaza, llevando la noticia al Archiduque de que a las tres de la mañana ocuparía la Cruz, hubiera o no resistencia.

Tomé desde luego a mi cargo la responsabilidad de los acontecimientos que iban a surgir. Con toda oportunidad envié orden a los jefes de línea y puntos, que estuvieran listos para emprender una operación sobre la plaza. En el momento pasé a ver al General Francisco M. Vélez, y le comuniqué a él únicamente la conferencia tenida con el comisionado del Archiduque en lo concerniente a la comisión que debía desempeñar.

Le di a conocer mi resolución de aprovecharme inmediatamente de la debilidad y aturdimiento en que se hallaba el príncipe alemán para llevar a cabo la



operación propuesta por él de ocupar la Cruz. En esta virtud, desde luego puse a las órdenes del general Vélez a los batallones "Supremos Poderes" mandado por el general Pedro Yépez, y el de "Nuevo León" cuyo jefe accidental era el teniente coronel Carlos Margáin, por estar herido su coronel Miguel Palacios, debiendo acompañarle el general Feliciano Chavarría, mi ayudante teniente coronel Agustín Lozano, con dos ayudantes más de mi Estado Mayor, para que me comunicaran todo incidente que fuera preciso que yo conociera y para que si necesitaba la cooperación de las fuerzas que guarnecían los puestos inmediatos al del enemigo, que debía ocupar, pudiera llevarlas con oportunidad el teniente coronel Lozano.

Personalmente acompañé al general Vélez con su columna hasta la línea avanzada de sitio, indicándole detalladamente los puntos por donde debía emprender la operación que se le encomendaba, esperando que la ejecutaría con arrojo, apoderándose del convento de la Cruz a la hora prefijada. Di las instrucciones al general Vélez para que si, al tomar esta posición del enemigo, se encontraba en ella el Archiduque Maximiliano, lo hiciera prisionero de guerra, tratándole con las consideraciones debidas. Advertí, además al mismo general que era de temerse una traición, y bajo tal influencia debía normar su movimiento a fin de no caer en un lazo, tal vez bien premeditado.

Preparado para toda eventualidad, di orden al coronel Julio M. Cervantes para que, cubriendo su línea con el "Batallón de Cazadores", estuviera listo para hacer el movimiento que se le indicara con los batallones 4º, 5º, y 6º, de su brigada. A los generales Francisco Naranjo y Amado A. Guadarrama, para que la caballería, que era a sus órdenes, estuviera lista, brida en mano, para moverse a la primera orden.

La operación se practicó a la hora prescrita por el general Francisco Vélez, a entera satisfacción mía; pero el parte de la ocupación de la Cruz se hizo, a mi juicio, dilatar, e impaciente por no haberlo recibido, me adelanté personalmente hacia la Cruz, y al entrar al panteón recibí del teniente coronel Lozano el parte de estar ocupado aquel punto enemigo.

Mandé orden al general Vélez para que si creía conveniente avanzara hasta un punto más al centro de la ciudad; a los generales Naranjo y Guadarrama para que con la caballería se movieran amenazando el cerro de las Campanas; al coronel Julio M. Cervantes, nombrado con anterioridad comandante militar del Estado, para que con su columna avanzara por San Sebastián, amagando al citado cerro de las Campanas; al general Sóstenes Rocha, para que con su columna concurriera al punto donde fuera necesaria su cooperación.

La noticia de la toma de la Cruz por los ejércitos republicanos cundió entre los sitiados causándoles un pánico horroroso: omito ciertos y determinados detalles que, aunque de importancia, no son del caso en esta exposición.

Parte de aquellas tropas, quizá sin atender la voz de mando de sus jefes y oficiales, se desbandaban presentándose en masas desordenadas en la línea de sitio; y el resto, en confusión, mezcladas la infantería y caballería con la artillería y sus trenes, se dirigía en tropel hacia el cerro de las Campanas, en donde se encontraban ya los generales Mejía y Castillo, y el Archiduque que a pie se había salido de la Cruz al ser ocupada, según se me había comunicado.

Al amanecer el día 15, las fuerzas republicanas que guarnecían las alturas del Cimatario, descendieron de la colina y asaltaron la Casa Blanca, todavía defendida tenazmente por los imperialistas. De igual suerte las que guarnecían los puntos frente a la Alameda, Calleja, Garita de México, Pathé y la extensa línea de San Gregorio y San Sebastián. En seguida dispuse que en los puntos tomados permaneciera el ejército sin que entrara en la plaza ningún cuerpo, porque así lo tenía ordenado, con excepción de la columna mandada por el general Vélez, que había avanzado hasta ocupar el convento de San Francisco, y la brigada que mandaba el coronel Julio M. Cervantes, que había recibido orden para que ocupara la plaza y se dedicara exclusivamente a dar garantías a las familias e intereses, evitando con todo afán hasta el más ligero desorden, para lo cual se le autorizaba, en caso necesario, a que empleara las medidas represivas que creyera convenientes.

A las seis de la mañana quedó ocupada la línea exterior de las defensas de Querétaro, que momentos antes estaban guarnecidas por los imperialistas.

El Archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo entregó su espada, que en nombre de la República recibía el general en jefe del ejército de operaciones, y todos los generales, jefes, oficiales y tropa que defendían a Querétaro, quedaron hechos prisioneros de guerra y puestos a disposición del Supremo Gobierno para que dispusiera de su suerte.

Preocupándome los acontecimientos del sitio de México, aunque el éxito no fuera de ninguna manera dudoso, desde el día siguiente de la ocupación de Querétaro empecé a desprender fuerzas con dirección a la capital de la República, para reforzar al general Díaz, en jefe del ejército sitiador; de tal suerte que, para el día 19 de mayo habían marchado ya catorce mil soldados de las tres armas a las órdenes de los generales Ramón Corona, Nicolás Régules, Vicente Riva Palacio,

Francisco Vélez y Francisco Naranjo, con la bien equipada y mejor armada caballería del Cuerpo del Ejército del Norte.

El día 18 de mayo recibí parte del jefe que custodiaba los prisioneros en la Cruz, que el Archiduque deseaba hablar conmigo. Impidiéndome salir fuera de mi tienda la enfermedad que sufría, mandé mi coche para que viniera en él Maximiliano, y bajo la custodia de los coroneles Juan C. Doria y Ricardo Villanueva.

Habló conmigo el príncipe prisionero; me expresó el deseo que tenía de ir a San Luis Potosí, si se le permitía, y hablar allí con el señor Presidente Juárez, a quien tenía secretos que revelar y que importaban mucho al porvenir del país. Yo le manifesté que no tenía autorización para conceder ese permiso, pero que en obsequio de él, telegrafiaría al Supremo Gobierno, pidiéndole instrucciones sobre el particular; que él por su parte podía dirigirse al Presidente de la República directamente, remitiéndome su mensaje al cuartel general, para que por este conducto fuera despachado.

El Archiduque se manifestó contrariado por la contestación que yo diera; pero luego con insinuante modo me manifestó que agradecería que el señor Juárez conociera sus deseos.

En seguida, me preguntó si le sería permitido al Coronel López que lo viera para hablar con él; yo le manifesté que no había para ello inconveniente alguno, que tanto López como cualquiera otra persona podía verlo, previo aviso del cuartel general.

Empezaba a comprender que el coronel imperialista Miguel López no me había engañado en la conferencia tenida conmigo, no obstante no haberse entregado prisionero el Archiduque en la Cruz, conforme lo había ofrecido.

El día 24 se me presentó López pidiendo permiso para hablar conmigo reservadamente; convine en ello, y al efecto alejé de mi lado a mis ayudantes y quedé solo con aquel individuo. Éste me manifestó que el Emperador le había recomendado que se acercase a mí para suplicarme guardara el más impenetrable secreto sobre la conferencia tenida conmigo la noche del 14 como su comisionado, porque quería salvar su prestigio y condición en México y en Europa, los cuales se perjudicarían si se divulgaran los puntos de aquella conferencia y sus resultados. Contesté al enviado del Archiduque que para mí era del todo indiferente guardar o no la reserva que se me pedía; que ni en uno ni en otro caso quedaba afectado mi honor ni el de mi causa; que a él sí le afectaría directamente mi silencio, porque era bien sabido ya que le acriminaban sus compañeros como desleal al Archiduque, al cual había vendido miserablemente. Mas como yo dudara también de la legalidad de

esa petición, porque no tenía una prueba para creerle, no quería celebrar con él ningún compromiso por juzgarlo impropio y fuera de mi carácter.

López respondió con toda indiferencia que le afectaba poco el fallo anticipado que se había dado a su conducta: que él callaría, porque era para él un deber ceder en todo a los deseos del Emperador, a quien debía mucho y no podía ser ingrato con él. Añadió que estaba provisto de un documento que lo lavaba de cualquiera mancha de que pudiera inculpársele, y que para darme una satisfacción solamente por las dudas que hubiese manifestado yo, me enseñaba el documento expresado, consistente en una carta que le dirigía el Archiduque, y cuya autenticidad me pareció indudable. Tomé una copia de ella, cuyo contenido textual es el siguiente:

Mi querido coronel López.— Os recomendamos guardar profundo sigilo sobre la comisión que para el general Escobedo os encargamos, pues si se divulga quedará mancillado nuestro honor. Vuestro afectísimo.— Maximiliano.

En seguida López me preguntó si por fin tenía embarazo en conservar ese secreto, puesto que en nada me perjudicaba. Contesté que me reservaba yo la divulgación de él para cuando lo creyera conveniente, y sin comprometerme a un tiempo determinado. López concluyó por pedirme un pasaporte para México o Puebla, por tener que arreglar algunos negocios de familia, así como una carta de recomendación para el general en jefe del Cuerpo del Ejército de Oriente: le mandé extender el pasaporte y la carta, por creer que debía desempeñar algún encargo especial del Archiduque.

El 22 recibí del Supremo Gobierno las órdenes para que fueran juzgados por la ley del 25 de enero de 1862 los generales Miguel Miramón, Tomás Mejía y el Archiduque Maximiliano de Habsburgo.

Del convento de la Cruz había hecho pasar a los prisioneros al de Teresitas, por ser el local más amplio. Después pasé al convento de Capuchinos a los tres citados prisioneros, por estar el local inmediato a mi alojamiento, y, además, por tener las condiciones de seguridad y las comodidades requeridas.

El día 28 les hice una visita particular para saber qué necesidades tenían que yo pudiera satisfacer, y me impuse la obligación de verlos en su prisión dos veces por semana.

Durante mi permanencia en el cuarto destinado al Archiduque, entró en conversación conmigo sobre su posición asaz desgraciada, y fue deslizándose hasta

preguntarme si sabía yo cómo trataría el gobierno republicano a los defensores de Querétaro. Contesté que conocía la ley por que se me ordenaba fuesen juzgados, y que particularmente no había recibido ningunas instrucciones; que esto me hacía comprender que el Supremo Gobierno estaba resuelto a hacerla cumplir.

Vi conmovirse al Archiduque, pero de momento volvió a tomar el aspecto contristado que se notó en él desde la toma de la plaza: realmente sufría moral y físicamente; como si no se hubiese fijado en mi contestación, continuó diciéndome que me debía muchas consideraciones, y que éstas eran más apreciables, supuesto que se dirigían a un hombre en la plenitud de la desgracia; pero que esperaba de mí todavía más: que le concediera un favor señalado; que las obligaciones que este favor me imponían, para mí no eran de consecuencias, pero que el concedérselas quedaría aliviado del peso que gravitaba sobre su conciencia; porque a pesar de poseer ideas liberales, siempre se inclinaba el recuerdo respetuoso que tenía por sus ilustres antepasados. Me manifestó sereno que tal vez sería condenado a muerte, y temía el fallo de la historia al ocuparse un día de su efímero y escolloso reinado. Me preguntó si me había hablado ya el coronel López. Con mi afirmativa, siguió diciéndome que no se encontraba con bastante fuerza de ánimo para soportar el reproche que le harían sus compañeros de desgracia, si tuvieran conocimiento de la conferencia habida entre mí y López por orden de él, y que por lo mismo, y no apelando a otro mérito que el de su situación, me suplicaba guardara secreto sobre aquella conferencia, lo que no era ni difícil ni deshonoroso para mí. Le manifesté que él aparecía como una víctima de la traición de López a su persona, cuyo infame acto era señalado ya con todos los horrores de una deslealtad execrable; pero que yo no tenía interés en revelar nada de lo pasado; pero en verdad más bien que dirigirse a mí, debía hacerlo con López, que era la persona que quedaba moralmente lastimada en estos acontecimientos.

El príncipe contestó que López no hablaría mientras se callara: que el plazo que me ponía para que no dijera el resultado final de la conferencia, era cortísimo, hasta que dejara de existir la princesa Carlota, cuya vida se apagaría al conocer la ejecución de su esposo. Como último recurso a las súplicas del Archiduque, le expuse que me parecía materialmente imposible guardar ese secreto aunque López callara; porque sus defensores, sus generales, sus ministros extranjeros o la princesa de Salm-Salm, que empleaba cuantos medios estaban a su alcance para salvarlo, no dejarían de hacer uso de las versiones que corrían respecto de la traición de López y su incalificable conducta hacia él como su jefe y protector. A pesar

de esto, volvió el Archiduque a insistir para que guardara aquel secreto requerido, significándome que la princesa de Salm-Salm tenía prevención, no tan solo para no expresar nada en este sentido, sino también para prevenir a las personas que por él se interesasen, que en ninguna de sus gestiones se mezclara cualquiera frase que pudiera referirse a la deslealtad del coronel López, asegurándome que todas estas personas cumplirían exactamente no tocando en lo absoluto al coronel citado.

La condición que guardaba el príncipe, con su salud quebrantada, preso y juzgándose próximo a ser sentenciado a muerte; su deseo de conservar todavía, aun después de su muerte, un nombre sin reproche, me conmovió, y cediendo a un sentimiento de consideración por aquel desgraciado reo, le ofrecí que guardaría su secreto mientras las circunstancias no me obligaran a levantar el velo con que hasta ahora he cubierto los precedentes que violentaron la toma de la plaza de Querétaro el 15 de mayo de 1867.

A las siete de la mañana del 19 de junio de 1867, los generales don Miguel Miramón, don Tomás Mejía y el Archiduque de Austria Fernando Maximiliano de Habsburgo, fueron pasados por las armas, conforme a los mandatos de la Ley.

Señor Presidente: la larga exposición de los hechos que acabo de narrar, tomándolos del Diario de Operaciones del cuartel general del ejército de operaciones, es la verdad histórica, que deposito en manos del Supremo Magistrado de la Nación, para los fines que crea más convenientes.

México, julio 8 de 1887. El general de División retirado.

M. ESCOBEDO.



## BIBLIOGRAFÍA

### ARCHIVOS

- Archivo General de Notarías del Distrito Federal. Protocolos del licenciado José García Plaza. 1902.
- Archivo General de la Nación. México. Ramo Imperio.
- Archivo General del Estado de Nuevo León. Correspondencia oficial e impresos de 1846 a 1902.
- Archivo Municipal de Monterrey. Actas de Cabildo de 1861 a 1867 y de 1875 a 1902. –Protocolos de 1625 a 1750.

### PERIÓDICOS

- Diario Oficial*. México, D.F. (1863 a 1902).
- El Imparcial*. México, D.F.
- El País*. México, D.F.
- Periódico Oficial de Nuevo León* (1846 a 1902).
- La voz de Nuevo León*. Monterrey. (1888-1902).

### LIBROS

- ARIAS, Juan de Dios. *Reseña histórica del Ejército del Norte*. México. 1867.
- BALBONTÍN, Manuel. *La defensa de Monterrey*. México. 1883.
- BLASIO, José Luis. *Maximiliano íntimo*. México. 1904.
- BRAVO UGARTE, José. *Historia de México*. México, Jus. 1944.
- COSSÍO, David Alberto. *Historia de Nuevo León*. Compendio. Monterrey. 1927.
- DÁVILA, Hermenegildo. *Biografía del Dr. José Eleuterio González*. Monterrey. 1888.



- ESCOBEDO, Mariano. *Memoria presentada a la Legislatura de San Luis Potosí*. San Luis Potosí. 1874.
- GARCÍA CUBAS, Antonio. *Diccionario de Historia y Geografía*. México. 1892.
- GÓMEZ, Manuel Z. "Crónica de la entrada del Ejército del Norte a Linares", en *Periódico Oficial de Nuevo León*. 26 de septiembre de 1866.
- GONZALES, Héctor. *Siglo y medio de cultura nuevoleonesa*. Botas. 1944.
- GUZMÁN, León. *Cuatro palabras sobre el asesinato de Juan Zuazua*. Monterrey. 1860.
- JUÁREZ, Benito. *Manifiesto justificativo de los castigos nacionales de Querétaro*. 3ª ed. Monterrey. 1887.
- MARTÍNEZ RENDÓN, Miguel D. *Biografía del Gral. Escobedo*. Monterrey. 1918.
- MURO, Manuel. *Historia de San Luis Potosí*. Tomo III. San Luis Potosí. 1910.
- PAZ, Irineo. *Algunas campañas*. México, SEP. 1944.
- PÉREZ-MALDONADO, Carlos. *Condecoraciones mexicanas y su historia*. Monterrey, 1942.
- POLA, Ángel. *Los traidores juzgados por sí mismos*. México. 1900.
- PRUNEDA, Pedro. *Historia de la guerra de México desde 1861*. Madrid. 1867.
- RIVERA, Agustín. *Anales mexicanos. La Reforma y el Imperio*. México, 1902.
- ROCHA, Sóstenes. *El sitio de Querétaro*. México. 1947. (Archivo Histórico Militar Mexicano. No. 3).
- ROEL, Santiago. *Nuevo León. Apuntes históricos*. Monterrey, 1938.
- \_\_\_ *Correspondencia Juárez-Vidaurre*. Monterrey, 1946.
- TRONCOSO, Francisco de P. *Diario del sitio de Puebla*. México, 1890.



Se imprimieron 1000 ejemplares durante febrero de 2019, en los talleres de  
Litográfica Ingramex S.A. de C.V. con domicilio en  
Calle Centeno 162, Colonia Granjas Esmeralda,  
Delegación Iztapalapa,  
CP 09810, Ciudad de México.  
El cuidado editorial estuvo a cargo del Fondo Editorial de Nuevo León.







de la Biblioteca Británica en Londres. Su participación en la Enciclopedia de México y en *Visión histórica de la frontera norte* son ejemplo de los resultados de estas investigaciones.

Publicó más de cuarenta obras académicas e historiográficas, entre las que destacan *Breve Historia de Nuevo León*, *Diccionario Biográfico de Nuevo León*, *Mariano Escobedo el glorioso soldado de la República* y los catálogos y síntesis de los protocolos del Archivo Municipal de Monterrey. Entre los estudios de documentos históricos raros o desconocidos sobresale *Historia de Nuevo León con noticias sobre Coahuila, Tamaulipas, Texas y Nuevo México*.

Israel Cavazos recibió a lo largo de su carrera, múltiples premios y reconocimientos. Entre otros, la Academia Nacional de Historia y Geografía le otorgó las Palmas Académicas, la Medalla Diego de Montemayor del Ayuntamiento de Monterrey, la Medalla al Mérito Cívico del Gobierno de Nuevo León y una placa al mérito como investigador del Ayuntamiento de Ezcaray, en España. Fomento Cultural Banamex le otorgó a él y a su esposa el Premio Atanasio G. Saravia por la publicación de los Protocolos de Monterrey y el ITESM reconoció su labor como investigador. En 1992, el Ayuntamiento de Monterrey lo nombró Cronista de la Ciudad. Fue ganador del Premio Nacional de Ciencias y Artes en el área de Historia, Ciencias Sociales y Filosofía en 1995. En 2009 fue condecorado con la Insignia de la Orden de Isabel la Católica, en grado de Encomienda, que le otorgó el Gobierno del Reino de España. Y, en 2017, fue declarado Benemérito de Nuevo León por el Congreso del Estado.

La Colección Israel Cavazos Garza, que busca ofrecer a los lectores la oportunidad de conocer una parte fundamental de la historia de nuestra región. El comité editorial de la colección reúne a la familia del autor, la Universidad Autónoma de Nuevo León, la Fundación Doctor Ildefonso Vázquez Santos y el Fondo Editorial de Nuevo León con el fin de publicar la obra que el insigne historiador y bibliógrafo realizó sobre el noreste de México.

En Mariano Escobedo: el glorioso soldado de la República Israel Cavazos narra con precisión las hazañas de quien dedicó su vida a la defensa de la patria. Desde su juventud cuando respondió al llamado a defender la ciudad de Monterrey de la invasión norteamericana, hasta su retiro en 1884 cuando se cerró su hoja de servicios y, posteriormente, en la plana mayor del Ejército como general de División retirado hasta su muerte en 1902. Don Israel Cavazos ofrece al lector la transcripción de valiosos documentos que complementan el relato de sus acciones más destacadas: su gloriosa acción en Santa Gertrudis que llevó al completo triunfo de la República sobre el enemigo francés, su culminación en la toma de Querétaro, los diversos cargos que Escobedo ostentó como diputado, senador, gobernador, secretario de Guerra y Marina y presidente de la Suprema Corte de Justicia Militar.

Invitamos a los lectores a acercarse a esta obra imprescindible para descubrir un periodo histórico poco explorado en el noreste de México.